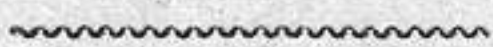


AÑO 9.º

NUM. 97.

LA

ESPAÑA MODERNA



Director: JOSE LAZARO

ENERO 1897

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO,

Calle de Blasco de Garay, núm. 9.

Teléfono 3.145.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

EL SALUDO DE LAS BRUJAS

AL QUE LEYERE

Dado que has de leer estas páginas acaso para tí, está de más la advertencia; para los que no leen, pero malician, no hay advertencia que baste. Con todo eso, quiero declarar en la primera página que esta novela ni tiene clave, ni secreto, ni retrata á persona alta ni baja de este mundo, ni se inspira en hechos verdaderos antiguos ó contemporáneos. Es inventada de cabo á rabo; se refiere en parte á comarcas imaginarias, y si encerrase alguna enseñanza (no me atrevo á afirmar que la encierre), será porque no hay ficción que no se parezca de cerca ó de lejos á la verdad, aunque nunca pueda igualarla en interés y en dramática fuerza.

PRIMERA PARTE

¡Salud, Macbeth! Tú serás rey.
(Shakespeare.)

I

LOS ENVIADOS

La campanilla de la puerta repicó de un modo tan respetuoso y delicado, que parecía un homenaje al dueño de la casa; y el criado, al abrir la mampara de cristal, mostró sorpresa, una sorpresa discreta de servidor inteligente, al oír que preguntaban:

—¿Es buena hora para que Su Alteza se digne recibirnos?

El que formulaba la pregunta era un señor mayor, de noble continente, vestido con exquisita pulcritud, algo á lo joven; el movimiento que hizo al alzar un tanto el reluciente sombrero pronunciando las palabras *Su Alteza*, descubrió una faz de cutis rosado y fino como el de una señorita y cercada por hermosa cabellera blanca peinada en trova, terminando el rostro una barba puntiaguda no menos suave y argentina que el cabello. Detrás de esta simpática figura asomaba otra bien diferente: la de un hombre como de treinta años, moreno, rebajuelo, grueso ya, afeitado, de ojos sagaces y ardientes y dentadura brillante, de traje desaliñado, de mal cortada ropa, sin guantes, y mostrando unas uñas reñidas con el cepillo y el pulidor.

El criado, sin responder á la pregunta, se desvió, abriendo paso á los visitantes; y precediéndoles por el recibimiento, alzó un tapiz y les introdujo en una salita, donde ardía buen fuego de leña, al cual se llegó vivamente el mal pergeñado, levantando el ancho pie para calentar la suela de la bota. Una ojeada severa de su respetable compañero no le impidió continuar exponiendo á la llama los dos pies por turno, y á la vez examinar curiosamente el aposento.—El capricho y la originalidad de un artista refinado se revelaban en él. Proscritos los mezquinos cachibaches que llaman *bibelots*, y también los pingos de trapería vieja, que si los apaleasen despedirían nubes de polvo rancio, no se veía en las paredes, cubiertas de seda amarilla ligeramente palmeada de plata, más que dos retratos y un cuadro: cierto que los retratos llevaban la firma de Bonnat, y el cuadro era una soberbia *Herodias* de Luini, reputada superior á la de Florencia. La chimenea, de bronce, lucía cinceladuras admirables, y hasta las rosetas de plata que sujetaban los pabellones de los muebles, estilo Imperio, eran primorosas de forma y de labor. Daba pena ver hincarse en el respaldo de uno de aquellos sillones en forma de nave las garras sospechosas del mal trajeado, y el de la cabellera nivea le miró otra vez, como si dijese: “Vamos, haga usted favor de no manchar la tela.....” Sólo consiguió provocar un imperceptible movimiento de hombros, entre desdeñoso y humorístico.

Los retratos atraían la atención del desaliñado. Parecía que uno de ellos representaba á cierto conocidísimo personaje nada

menos que al augusto Felipe Rodolfo I..... No vestía, en el retrato, el brillante uniforme de coronel de húsares, ni lucía placas cordones y bandas, ni ostentaba signo alguno de su elevada condición: burguesa levita negra, abierta sobre blanco chaleco, modelaba el tronco y acusaba su forma peculiar, [el pecho arqueado, los caídos hombros, el cuello un poco rígido, la apostura no exenta de altivez que caracterizaba al soberano de Dacia. Sorprendente era el parecido de la cabeza, copiada tal cual debió de ser allá en verdes años: el rostro pálido, de óvalo suave, de facciones casi afeminadas, de boca diminuta, sombreada por un bigotillo rubio ceniza, de ojos de un azul de agua con reflejos grises; y, únicos rasgos enérgicos y viriles, la nariz bien delineada, de anchas ventanas, y en la garganta muy saliente la nuez. Sin embargo, el que contemplaba la pintura, volviéndose hacia el señor mayor, murmuró con extrañeza:

—Duque, este no es el Rey.

—¡Por Dios! Si está hablando S. M..... Como que así le recuerdo, así, cuando yo era capitán de Guardias.....

—Pero, ¡por el diablo! no ve usted que este retrato viste á la última moda? ¿No se fija usted en el peinado, en la corbata? ¿Cree usted que Bonnat retrataba allá por los años 50?

El tono descortés de esta observación tiñó con dos placas purpúreas las mejillas del anciano; [disimulando la mortificación, se acercó al retrato, caló en la nariz unos quevedos de roca y oro, se echó algún tanto atrás, y al fin dijo con pueril alegría, rayana en ternura:

—Es verdad..... ¡Qué tontos somos! ¡Si es el príncipe!.....

—No, yo no he sido tonto.....—recalcó con impertinencia el mal perjeñado.—Este retrato sólo podía ser de Felipe María..... La casualidad y la naturaleza nos sirven como si las sobornásemos..... Una semejanza tan extraordinaria nos allana la mitad del camino.

—La emoción que siento han de sentirla todos los buenos,—balbució el duque, que sonreía sin querer, como sucede á las personas que rebosan júbilo.

Su compañero, entre tanto, curioseaba el retrato de mujer, y lo miraba analizándolo implacablemente. El pincel realista de Bonnat había reproducido en el lienzo, sin triquiñuelas adulatoras, no sólo la decadencia de la que fué un tiempo rara beldad, sino

el estrago que causan los padecimientos al minar una organización robusta. Era uno de esos retratos encargados por la piedad filial, que ve acercarse la muerte y quiere perpetuar una dolorosa imagen. La dama frisaría en los cuarenta y pico, y sin duda por vestirla con traje que no pasase de moda, el retratista la había envuelto en amplio abrigo de nutria, sobre el cual se destacaba la cabeza pequeña, coronada de rizos todavía muy negros, un peinado que revelaba estudio y artificios de tocador. A pesar del abatimiento físico que se leía en los largos y aterciopelados ojos del retrato, era viva y sensual la roja boca, y mórbidos los hombros de marfil, que descubrían el abrigo caído y el corpiño escotado; la mano, de torneados dedos, jugaba con una rosa, y sobre el pico del escote descansaba rica piocha de esmeraldas y brillantes.

—Aquí tiene usted, duque, á una mujer que ha debido pasar las de Caín,—indicó el facha con maligna ironía.—Esta era ambiciosa, y desde que las circunstancias tomaron cierto giro, apostaré que soñaba todas las noches que ceñía corona y arrastraba manto real. A ésta la mató el expediente de nulidad..... Mire usted, mire usted cómo se nota la ictericia; ¡qué mejillas, qué sienes! ¡qué arrugas en la frente! Y lo que es guapa, debió de ser guapa en sus tiempos la bailarina.

Hablaba sin volverse ni mirar atrás, señalando con el dedo al retrato, manoseándolo casi; de pronto sintió una presión como de tenazas en el brazo derecho, y oyó la voz del duque, sofocada por la cólera:

—Cállese usted, Miraya..... Esas reflexiones, si se quieren hacer, se hacen luego, dentro del coche..... ¿Ha perdido usted la noción del sitio en que estamos? Me parece que siento ruido detrás de la mampara..... Su Alteza puede oír, y ¡aunque no oiga!

Un gesto del imprudente á quien el duque había llamado Miraya, fué la única respuesta á la acertada observación; y dejándose caer en el sofá, cruzando las piernas, guardó silencio, mientras uno de sus juanetudos pies danzaba, descubriendo sin recato el grosero material y el plebeyo betún del calzado, la dudosa limpieza de la ropa interior. El duque, suspirando, levantó los ojos al techo, como si la lámpara de plata cincelada, entre cuyas hojas de acanto se escondían los feos tulipanes de la luz eléctrica, le interesase mucho.

Y así transcurrieron algunos minutos, en que sólo se escuchó el chisporroteo agradable de los troncos.

De pronto, en medio de aquel silencio, y sin turbarlo, pues ni la mampara al abrirse ni la persona al entrar produjeron ningún ruido perceptible, aparecióse un hombre, ante quien el duque, que había permanecido de pie, se apresuró á inclinarse tan profundamente como si quisiese hincarse de rodillas. La posición que no llegó á adoptar el anciano, la tomó en cambio Miraya, repentinamente sobrecogido, y tanto, que se vió palidecer su tez morena, y la palma de las manos se le empapó de frío trasudor. Pugnaba el duque por besar la diestra del recién venido, sin lograrlo, pues éste sólo consintió una presión ligera. Corrió á levantar á Miraya, y en voz bien modulada, y de gentil compás,

—Háganme el favor de tomar asiento, señores, — exclamó señalando al sofá.—Sospechaba que vendrían ustedes pronto..... Me lo había anunciado Yalomitsa, única persona *de allá* á quien veo algunas veces; no puedo olvidar que el pobre fué amigo de mi madre, y la acompañó..... hasta sus últimos momentos.

—Señor.....—tartamudeó el duque, inquieto del giro que desde las primeras palabras tomaba la plática;—precisamente por eso, porque sabíamos que Gregorio Yalomitsa tenía el honor de ver con frecuencia á vuestra Alteza.....

—¿A mi Alteza?—interrumpió con festivo alarde el joven, pues lo era, como de unos veintiséis á veintiocho años, y en todo igual al retrato que al pronto habían creído del Rey.—Hágame el favor, señor duque..... ¿porque supongo que hablo con el duque de Moldau?

—Señor, —respondió el duque levantándose solemnemente,—desde los tiempos de Ulrico el Rojo, los duques de Moldau, mis ascendientes, llevaron la espada y el escudo de los príncipes de Dacia en el campo de batalla y en las ceremonias palatinas.

Otra vez hizo demostración de besamanos; pero tampoco se la consintieron.

—Me es muy grato tener ocasión de conocer á una persona tan digna de respeto, tan consecuente, tan venerable. Sé que es usted un cumplido caballero, no sólo por su linaje, sino por las prendas de su carácter, lo cual vale más todavía. Apriéteme la mano, señor duque..... Y sírvase no darme tratamiento; se lo suplico.

—Señor, si vuestra Alteza quiere hacer dichoso á un viejo enca-
necido al servicio de vuestro padre, y también de vuestro augusto
abuelo..... no sólo me permitirá que le hable como es debido.....
sino que.....

Rápidamente, antes que el joven pudiese impedirlo, los labios
del duque se le adhirieron á la diestra, y la besaron con codicia,
con ardor, con fiebre entusiasta. Felipe María sintió que se rubori-
zaba, lo cual le contrarió: era la del ósculo de acatamiento que le
daban por primera vez una impresión semi angustiosa, y al mismo
tiempo fuerte, atractiva, como la del juego y la del peligro.

—Miraya,—prosiguió el duque volviéndose hacia su compañero,
—me conmueve tanto ver á su Alteza, que no acertaré á decirle el
objeto de nuestra visita. Por otra parte, á usted le toca desarrollar
elocuentemente nuestro mensaje, y espero que se lucirá usted una
vez más, en ocasión tan señalada.

—¿El señor Sebasti Miraya?—preguntó Felipe en tono deferen-
te y halagüeño.

No contestó el interpelado, en quien la emoción, si bien nacida
de distinto origen que la del duque, no era menos profunda. Por pri-
mera vez en su vida se encontraba mano á mano, él, Sebastián Mi-
raya, hijo natural de una lavandera, pilluelo de la calle, oscuro tipó-
grafo después, literato de ocasión, periodista de combate, con una
persona de sangre real, con un príncipe; en la esperanza de Mira-
ya, un rey. ¿Dónde quedaban la frescura la insolencia de minutos
antes? Comprendió que en tal momento, si hablaba, se perdía, y
enmudeció, limitándose á sonreír, mientras con vigorosa tensión de
amor propio dominaba aquella turbación humillante.

—He leído en el propio idioma en que se escribieron varios ar-
tículos del Sr. Miraya, y me han parecido maravillas de estilo y de
intención. No tienen en París muchos periodistas como usted.....
¿Sus ideas de usted son muy avanzadas, muy revolucionarias? ¿No
es usted el portavoz de los republicanos representativos?

—¡No señor! — apresuróse á exclamar Miraya, cogiendo el hilo,
y algo desconcertado aún.— Vuestra Alteza se refiere á mis tiem-
pos de inexperiencia..... Eso pasó. Soy un convertido. He recibido
desengaños crueles del partido en que milité; he comprendido la
libertad de un modo menos estrecho, menos formulista, y no cuen-
ta hoy en Dacia la causa de la monarquía servidor más leal. Al se-

ñor duque le consta, y mis nuevas y ya firmísimas convicciones son las que me han traído á la presencia de Vuestra Majestad.....

Enérgico fruncimiento de cejas é impaciente tos del duque llamó la atención á Miraya.

—Me adelanto un poco á los acontecimientos, duque, — advirtió el periodista demostrando haber recobrado toda su presencia de espíritu.

—Les escucho á ustedes, — advirtió con dignidad Felipe María, como indicando que deseaba no alargar la entrevista con digresiones. Miraya alzó los ojos, salientes y separados, de orador, y los clavó en Felipe.

—Señor, venimos encargados de un mensaje, y entre los dos representamos, las fuerzas vivas y la opinión honrada de nuestro país. El duque de Moldau, el veterano ilustre, el magnate sin miedo ni tacha, personifica el elemento tradicional; yo, hijo del pueblo, las nuevas aspiraciones, las corrientes europeas. Un eminente político, el exministro Stereadi, que desde hace algún tiempo vigila consultando el horizonte, y lo ve preñado de obscuras nubes y de gravísimos problemas, me ha conferido sus poderes: su sueño dorado sería venir en persona..... mas la traición vela también: si saliese de Dacia, al volver encontraría cerrada la puerta; ni á escribir se atreve, porque se interceptarían sus cartas. El es grande y visible, yo pequeño y obscuro; mis hábitos vagabundos y cosmopolitas me traen con frecuencia á París; mi venida, aun coincidiendo con la del señor duque de Moldau, á nadie llama la atención en Dacia; porque si he modificado mi orden de ideas, convencido de que mi patria ha menester el régimen tutelar de la monarquía, hasta para plantear..... con seguridad las nuevas libertades, por ahora no he comunicado al público mis impresiones, y en Vlasta siguen creyéndome republicano representativo; ¡así se engañen siempre los enemigos de vuestra Alteza! Créenme hostil á la política de Stereadi, jefe del partido liberal monárquico; nadie sospechará que en nombre de Stereadi precisamente, me ofrezco en cuerpo y alma á nuestro salvador, al emblema del porvenir, al príncipe Felipe María de Leonato, legítimo heredero del trono de Dacia.

—¡Dios le conserve largos años! — exclamó enfáticamente el duque, irguiéndose y volviendo á sentarse á un suplicante ademán de Felipe.

—Puede usted continuar, señor de Miraya, — articuló el que llamaban príncipe, inclinando la cabeza como si aprobase.

— Séame lícito expresarme igual que si vuestra Alteza ignorase completamente el estado actual de los ánimos en Dacia: es fácil que lo conozca mejor que nosotros.....

—Se equivoca usted—declaró apaciblemente el joven.—Si se trata de hechos pasados, claro es que he leído la historia del país donde nació mi padre; pero si se refiere usted á cosas contemporáneas..... no me he enterado. Leo los periódicos de allá raras veces; no les presto atención. Cuando viene Yalomitsa charlamos de música, evocamos memorias tristes ó alegres..... De Dacia, ni esto.

—Pues conviene que sepa vuestra Alteza, ante todo, que el Rey está gravemente enfermo; tal vez no le quede un año de vida.

Una conmoción profunda, eléctrica, estremeció á Felipe. La noticia, así, escueta, brutal, había dado en el blanco.

—El público no lo sospecha—añadió el periodista observando con interés la alteración de Felipe,—pero el médico de cámara, que guarda la consigna del secreto más riguroso, no ha sido tan reservado con el ilustre Stereadi..... Aunque la prensa republicana al principio insinuaba veladamente algo, queriendo alarmar, Stereadi tomó medidas para abozalar á los perros ladradores. No conviene que la noticia cunda. Se trata de un padecimiento interno, que tiene un desarrollo previsto, una marcha fija, y que en determinado período, se burla de los esfuerzos de la ciencia. Así es que el trono de Dacia vacará bien pronto, y si la desgracia nos coge desprevenidos, sin solución preparada, sin candidato nacional, Dacia correrá á la catástrofe, al abismo. No importaría la algarada republicana, ni siquiera el reguero de pólvora socialista; no somos un país fabril, somos agricultores, y sin la proximidad de Alemania, hasta el nombre del socialismo ignoraríamos. Otro es el peligro, otro y más terrible: la dictadura militar, la proclamación del gran duque Aurelio, vuestro tío, y..... la absorción de Dacia por Rusia!

Hizo una pausa Miraya, esperando el efecto de estas últimas frases, pronunciadas con dramática entonación; y como Felipe se limitase á oír atentamente y callar, prosiguió, cambiando de tono:

—Las tropas están muy trabajadas por el gran duque. Es un soldado; es el vencedor del turco y del albanés, y goza de un prestigio cimentado en la fuerza, y, preciso es decirlo, en la falta de es-

crúpulos con que procede. De corazón, es ruso más que dacio; su triunfo, para nosotros, equivale á la pérdida de la nacionalidad. Por eso acudimos á vuestra Alteza. Mientras vuestra Alteza nos olvida, el corazón de Dacia late aquí..... No ve tan sólo Dacia en vuestra Alteza al continuador de una dinastía: ve la independencia, que importa más. ¿Todavía se sorprende vuestra Alteza de que, monárquicos de abolengo ó monárquicos por convencimiento, le besemos la mano en señal de adhesión?

Hablando así, animándose gradualmente y llegando á expresar con calor el sentimiento, Miraya arrebató á su vez la diestra del príncipe y consiguió rozarla con los labios. Bruscamente, echándose atrás, Felipe exclamó, perdido el aplomo:

—Basta, basta, señores, por vida suya..... Les ruego que prescindan de ciertas fórmulas, que, se lo juro, me molestan, y que además son innecesarias para que ultimemos este asunto. ¿Vienen ustedes, por lo que veo, á ofrecerme la corona de Dacia?

—En nombre de los dos partidos serios de gobierno, el liberal y el *antiguo* ó tradicional, mancomunados y juramentados—afirmó Miraya.

—Y..... el Rey..... ¿sabe algo de esto?—preguntó con mal disimulada ansiedad Felipe.

—El Rey—murmuró el duque bajando la voz,—¡el Rey lo sabe!

—¿Lo aprueba?

—Completamente—exclamó Miraya á su vez;—sólo pone una condición: que el testamento donde reconozca á vuestra Alteza por hijo y heredero no se haga público hasta después de su muerte. Vuestra Alteza adivina..... El Rey teme las violencias del gran duque, y también el..... el disgusto..... hasta cierto punto natural..... de..... de Su Majestad la Reina..... La mujer, señor, es celosa..... hasta de lo pasado, de lo que ya no existe..... y..... la Reina, al fin, ha de ver en vuestra Alteza..... Basta. Por lo demás, se ha trabajado día y noche con el Rey para que se decidiese al reconocimiento legal..... el ilustre Stereadi no levantó mano, y el arzobispo de Vlasta, correligionario del señor duque, no ha contribuido poco á este resultado feliz..... que tenemos la honra de comunicar á vuestra Alteza, solicitando una palabra que llevaremos á Dacia como un talismán!

II

EL HIJO

Por corto espacio calló Felipe María, recogién dose, en actitud del que medita y delibera. Después, como embelesado, fijos los ojos en la alfombra, exclamó:

—¡Conque me ofrecen la corona de Dacia!.... Es preciso confesar que la suerte tiene caprichos bien extraños. ¡Lejos estaba yo de esperar semejante oferta!

—Dios—dijo gravemente el duque de Moldau—se complace en ocultarnos el porvenir. Vuestra Alteza ha pasado en la desgracia sus años juveniles: era una escuela donde se educaba, á fin de que la prosperidad le encontrase preparado, ceñidos los riñones y revestido el corazón de fortaleza.

—Ni he vivido en la desgracia, señor duque, ni puede esperar de mí bienes ni males el país donde reina mi padre. Aprecio muy de veras la lealtad que impulsa á la comunión política que usted dirige..... y usted, señor Miraya, hágase intérprete con el eminente repúblico Stereadi de mi sincera gratitud. Quedo reconocido, pero díganles ustedes que rehuso, no sólo ahora, sino para lo venidero, y que renuncio, no á mis derechos—los derechos no pueden renunciarse,—sino á toda pretensión ó aspiración al trono de Dacia. Jamás—¿lo han oído ustedes bien?,—jamás aceptaré ese puesto y ese honor.

Al oír palabras tan categóricas, el duque palideció; Miraya se demudó un instante, y Felipe María sintió que era preciso alegar razones, porque negativa fundada, negativa excusada; en tono más afable, se dió prisa á añadir:

—Las circunstancias, señores, han hecho de mí un hijo de mi siglo. No sé cómo pensaría si me hubiesen criado y educado desde niño para reinar; es posible que se hubiese formado en mí una segunda naturaleza, y que esa naturaleza me impulsase á ocupar mi sitio y á entrar en mi papel sin esfuerzo. Pero he vivido ajeno á es-

peranzas ambiciosas, y he abrazado las doctrinas de una filosofía egoísta..... ó llámenle ustedes como quieran. Libre, he aprendido á conocer el precio de la libertad; apartado de la política, he sentido sus amarguras. ¿Qué quieren ustedes? Soy un vividor..... ó si lo prefieren, un epicúreo..... no grosero. En mi estado actual me juzgo uno de los hombres más felices que comen pan á manteles. Ya me hará usted objeciones, señor duque; no me niego á escucharlas, pero antes déjeme usted que le pinte el cuadro de mi existencia. Soy joven, tengo salud, y poseo un caudal no despreciable. Nada valdría todo ello, si me faltasen ciertas aficiones escogidas, que no sólo ayudan á matar las horas, sino que entretienen la imaginación dulcemente, excitándola de un modo grato. Me refiero á esa curiosidad ilustrada que, sin llegar á ser ¡Dios nos libre! vocación científica, ni artística, basta para convertirnos en espectadores inteligentes del gran espectáculo. Tales aficiones serían hasta un martirio para mí, si me viese obligado por cualquier motivo á ahogarlas, vegetando en un rincón, en uno de esos países muertos donde ni se piensa ni se crea, donde los días se deslizan iguales y la gente se enmohece..... Pero vivo en París en invierno, y viajo parte del verano y del otoño; todavía no he recorrido sino una parte mínima del mundo, así es que me aguardan muchas sorpresas; el libro tiene cientos de hojas sin cortar. Un rico sin imaginación, es un atleta ciego; un pobre con imaginación, es un paralítico dotado de inútil segunda vista; ni me creo ciego, ni soy paralítico; me pertenezco, y no me resuelvo á entregarme. Con franqueza, señor de Miraya: ¿qué haría usted en mi lugar? Lo propio que yo.

Interpelado directamente Miraya, vaciló un segundo: era demasiado intelectual, á pesar de su ruda corteza, para no sentir el encanto del cuadro que bosquejaba el príncipe. Por fin encontró salida:

—Los elevados sentimientos de vuestra Alteza responderán por mí. No sabría objetar; sólo le ruego que lea en su alma..... y allí encontrará la refutación victoriosa de lo que no me atrevo á llamar sofismas. Si fuésemos plantas, nos bastaría el deleite de vegetar bebiendo el rocío, absorbiendo el sol, cubriéndonos de hoja y de flor en primavera..... Pero las mismas plantas, señor, dan su fruto, y al dar fruto adquieren el derecho á la vida. No suponga vuestra Alteza que al venir aquí creimos convidarle á una excursión de

recreo, á una cacería, á un alegre banquete, á una ópera. Diré más: sabíamos que nuestra proposición, si vuestra Alteza la aceptase, le impondría sacrificios que hasta hoy no ha conocido, y le revelaría deberes que no sospechaba. Y me atrevo á añadir que el haber venido sabiendo todo esto, es una prueba de nuestra alta estimación. Si respetábamos en vuestra Alteza al príncipe heredero de Dacia, también apreciábamos al hombre capaz de cumplir una función que hoy puede llamarse providencial.

El botón de fuego llegó á lo vivo. Felipe María se mordió el labio inferior, pálido y turgente.

—¿Y quién le dice á usted—contestó no sin vehemencia—que yo no soy ese hombre capaz de resolución y de sacrificio? No suponga usted, por lo que le he mostrado de ella, que conoce mi alma. Me he retratado superficial y gozador, quizás porque me desdeñaba de dar otras explicaciones, no estando obligado tampoco á darlas. Ha abierto usted heridas que van á sangrar, y lo siento..... Acuérdense de que no es mía la culpa.

—Dígnese vuestra Alteza perdonarme si me he excedido—murmuró hipócritamente Miraya, que sonrió guiñando de soslayo al duque, el cual, lleno de desconsuelo, cruzaba las manos sin acertar á decir cosa alguna.

—No tengo qué perdonarle á usted..... porque usted no puede interpretar mi situación, y creo que únicamente siendo yo mismo la comprendería. Sin embargo, de sobra conocen ustedes mi historia..... Y sobre todo, la de mi madre. ¿Verdad, duque?

—Señor.....—articuló el duque humilde y noblemente—así que vuestra Alteza ocupe el trono, mándeme encarcelar y procesar si lo merezco..... Cuando Felipe Rodulfo I me consultó cuestiones muy graves y muy delicadas..... ¡yo no he de negarlo! ¡yo no reniego de mis actos nunca! opiné que el soberano de Dacia no podía declarar públicamente su enlace con una señora..... con una señora..... particular..... que no era de estirpe regia. Mi dictamen fué que el matrimonio permaneciese secreto, hasta el fallecimiento de la madre de vuestra Alteza; y sigo creyendo que así convenía. Si á vuestra Alteza le contaron que intervine en lo de la nulidad del matrimonio, han mentido; como caballero, como militar, lo desmiento terminantemente. Es más: lo de la nulidad, siempre lo consideré inicuo..... aunque se hizo por medios legales, como suelen hacerse las picardías. Moralmente,

señor, válido era el enlace de vuestro padre. A no creerlo así, no hubiese venido á ofrecer á vuestra Alteza la corona.

Esta vez Felipe María tendió al duque la mano con amistosa cordialidad.

—La gran verdad que acaba usted de proclamar—dijo no sin esfuerzo—es precisamente una de las poderosas razones que me hacen rehusar la oferta. Si olvidase los agravios de mi madre, me tendría por el más miserable de los hombres. ¡Mi madre! Yo no he conocido otra protección sino la suya. Me hablan ustedes de un Rey de Dacia, que es mi padre. ¿Los padres acarician á sus hijos?..... No recuerdo que me haya besado el Rey de Dacia. Mi madre sí: he calentado mil veces la cara en su pecho; he conciliado el sueño en su regazo; sus brazos me acogieron amorosamente. Si tengo alguna educación, es porque mi madre me buscó profesores; si no estragué en el vicio mis veinte años, es porque mi madre supo preservarme con su cariño. En mis enfermedades, ella me asistía; en mis soledades, ella me consolaba..... No; mi familia, es mi madre. Hasta las comodidades materiales que me rodean, la hacienda que disfruto, y que hace de mí un privilegiado de la vida, la debo al trabajo de mi madre..... ¡A las piruetas de la bailarina, señor duque!

Chispeaban, con fosfóricos destellos, los cambiantes ojos de Felipe María, tan pronto grises como azulinos. La cólera le sacudía, y sus nervios se desataban, sin que ya pudiese dominarlos.

—Sí, señor; de la bailarina....—añadió viendo que el duque, avergonzado, bajaba la cabeza y que Miraya fijaba la vista obstinadamente en la *Herodías*—otra bailarina real.—¡Mi madre, la Flaviani, (no lo oculto, y hasta me envanezco de ello!) bailó en todas partes.... no sólo antes de haber llamado la atención al que había de ser Rey de Dacia, sino después de haberse creído mucho tiempo su esposa; y después, naturalmente, tuvo mejores contratas..... ¡Es un grano de anís ver bailar á la esposa de un Rey! A las piruetas posteriores á la corona..... ¡me lo ha contado varias veces! debemos la lucida renta que poseo.... Gracias á esas piruetas, al venir á brindarme la corona no me encuentran ustedes en alguna bohardilla royéndome los codos de hambre.....

—Señor—imploró el duque ahogándose literalmente—comprendo las quejas de vuestra Alteza..... me explico sus resentimientos..... pero me consta, y le empeño mi palabra, que se hicieron reiteradas

tentativas para que la señora Flaviani aceptase una decorosa pensión.....

—¿Y la aceptó?—interrogó Felipe con ironía.

—Desgraciadamente.....

—¡Ah!..... Prefirió bailar, y yo lo hubiese preferido también. No todo se paga con dinero. Sí, señores; la madre del príncipe heredero volvió á calzar los zapatitos de raso y á vestir el tonelete de gasa, y á ser la *Wili* y la *Gisela*..... Si me coronan ustedes, llevaré esos zapatitos en la mano. Los conservo como una reliquia.

—Señor—intervino el duque á cada paso más angustiado, y pidiendo auxilio con los ojos á Miraya, que se hacía el muerto—no lleve á mal vuestra Alteza que le recuerde algunos pormenores importantes..... Oigame sin enojo. Cuando Felipe Rodulfo I se unió á la señora Flaviani, no era rey, no era ni príncipe heredero de Dacia: su hermano, Alfredo III, monarca reinante, tenía dos hijos, hermosos y fuertes; nadie podía prever la catástrofe, la difteria pegada al mayor por el pequeño en una caricia, la muerte de ambos, y poco después la de su padre, despedido por un potro fogoso contra un tronco de árbol, donde se le quedaron pegados los sesos. Esta serie de fatalidades llamó al trono á vuestro padre, que ni estaba en Dacia siquiera: desde hacía años viajaba por Europa y usaba como le parecía de su libertad. Recayeron en él los deberes más sagrados..... se vió pastor de pueblos..... y no tuvo más remedio que prescindir del cariño á su esposa. ¡Del respeto, señor, no prescindió nunca!.....

—Del respeto..... ¿y la dejó bailar delante de todos, expuesta á los silbidos?—exclamó el príncipe, cuyas delicadas facciones se contrajeron, cuyos ojos fulguraron, cuya voz se enronqueció.—Respeto..... ¿y anuló el matrimonio, y rebajó á la que le había entregado su alma al rango de concubina? Respeto..... ¿y la condenó á presenciar desde los bastidores de un teatro cómo otra mujer ocupaba su puesto en el hogar y en el trono? A cada año que pasaba, duque, á cada año que pasaba sin que los reyes de Dacia tuviesen sucesión, me decía mi madre al oído: “¡Hijo mío, hay providencia!, ¡Si creo firmemente en Dios, duque, es porque su justicia hizo estéril el segundo matrimonio de Felipe Rodulfo!

—Acaso, señor—aprobó el duque—haya sido designio del cielo, y efecto, más que de la justicia, de la previsión divina, el no dar hi-

jos á sus Majestades. Vuestra Alteza existía, y es bastante para nuestra dicha y nuestro amor.

—No se trata de mí—exclamó Felipe, excitándose con sus propias palabras—se trata de mi madre, señor duque..... ¡Si sólo á mí hubiesen ofendido, chico pleito sería! Lo que no se borra tan fácilmente de la memoria de un hombre, son los padecimientos de una madre. Si yo no pensase ya en ellos, merecería habérselos causado. Y les advierto que era animosa; que no se quejaba nunca; pero he comprendido muy bien que la mató la pena y la humillación inmerecida; y, sobre todo, la idea de que yo, nacido de un matrimonio tan legítimo como otro cualquiera, pasase por bastardo. En su justo orgullo, me ordenó no usar más nombre que el de Flaviani, para demostrar que, al menos, no me avergonzaba de él. ¡Flaviani!—repitió Felipe con una carcajada seca y sardónica—¿quién sabe si este apellido es más ilustre, más antiguo que el de los soberanos de Dacia? Mi madre, que era romana, descendería de algún patricio de la familia de los Flavios..... Me complazco en creerlo así—insistió con la misma risa cruel.—¡Ya que mi padre ha pensado en mí..... para combinaciones políticas..... díganle de parte de su hijo, que todo, todo lo podría olvidar Felipe María..... menos una idea..... horrible: la de que, á no ser por las intrigas y las ambiciones, aún tendría madre hoy!

Dijo esto conmovido, con lágrimas de rabia y temblor de cabeza; y levantándose de repente, pegó el rostro á los vidrios de la ventana, desde la cual se veía perfectamente la flecha de la iglesia gótica donde habían cantado el funeral á la bailarina, de donde había salido el hijo para acompañar hasta el cementerio el cadáver de la madre..... Un dolor vivo, fresco, sano, mezcla de piedad y de indignación, le cortaba el aliento; se sentía grande, y padecía.

El duque de Moldau, caída la cabeza sobre el pecho, no encontraba argumentos ni razones: ¡era natural que Felipe María contestase así! Tan agobiado estaba, que no se movió del sillón al levantarse su príncipe: de pronto recordó y se incorporó automáticamente, confuso por haber infringido las leyes de la etiqueta. Miraya, siempre mudo, casi sonreía; sus ojos sólo se apartaban de la bella *Herodías* para descender á contar las incrustaciones del pavimento.

—Es cuanto tengo que responder á la honrosa proposición de ustedes—afirmó de improviso Felipe volviéndose á los enviados.—

Despachado ya este asunto, me dispensarían un gran placer quedándose conmigo á almorzar, sin cumplido, á lo que Dios depare. Están ustedes en casa de un amigo, de Felipe María Flaviani, que tiene en las venas sangre dacia.

—Estamos en casa de nuestro príncipe heredero—respondió Miraya concisamente.—Si él nos honra sentándonos á su mesa....

—Como príncipe heredero, no les puedo convidar—declaró Felipe con sequedad exagerada.

Los enviados, que permanecían de pie, guardaron silencio. Estos momentos en que se interrumpe el diálogo desenlazan las audiencias reales. Cortesano respetuoso hasta el fin, el duque lanzó á Miraya una ojeada expresiva, y, andando de costado, buscó la puerta, desde la cual los dos mensajeros se volvieron para inclinarse, en reverencia profundísima, contestada por Felipe con otra más leve; al final de la entrevista, el hijo del soberano desmentía, sin querer, sus protestas de renuncia al trono: se despedía como se despiden los monarcas.

Asaz mohinos bajaron los enviados la corta escalera; el duque tropezó en el último peldaño, y le sostuvo el periodista. El lacayo abrió la portezuela del *trois quarts*, y el duque cayó en el mullido asiento como caería en la cama para morir. La antes atusada trova pendía en lacios mechones; la dentadura postiza se entrechocaba en la boca consumida y severa; las secas manos temblaban dentro de los guantes perla bien ceñidos. Miraya, entrando sin cumplimientos y sentándose al lado del gran señor, preguntó apenas el coche se puso en marcha:

—Duque, ¿no tendrá usted un habano?

—¡Ya va usted á apestarme!—gritó el viejo, perdiendo la paciencia.

—Por no apestarle á usted, le ruego que me dé un cigarro posible—respondió con flema Miraya.—Si saco mi tabacazo..... me arroja usted por la ventanilla.

Al abrir la petaca de plata, oxidada y martillada, con cifra y corona ducal de diamantes, Miraya se echó á reir.

—¡Suprima por Dios esa cara de..... de mochuelo melancólico! ¿Descorazonarse usted, usted, que representa el partido constante por excelencia, el que cree tener de su parte á Dios, y por consiguiente no puede desesperar?

—Hemos fracasado, Miraya—suspiró el magnate.—Tendremos á Aurelio IV, y á la vuelta de pocos años, Dacia sufrirá la suerte de Polonia: será borrada del mapa, desaparecerá hasta su nombre y su recuerdo..... Mi consuelo es que para entonces no viviré; mi pena, que no haya sido estéril mi esposa, como lo fué la Reina. ¡Siento dejar fundada una familia que no ha de tener patria....!

Miraya, chupando el puro ya encendido, se encogió de hombros.

—¿De modo que, según eso, el partido *antiguo* ó tradicional se retira de la coalición?

—El liberal, ó mejor dicho, Stereadi, será quien primero rendirá pleitesía á Aurelio IV; y encontrará mil razones especiosas para aceptar el protectorado de Rusia y la mengua de nuestro país.

—Stereadi, ya que ustedes se echan atrás, seguirá el plan por cuenta propia.

—¿Eh? ¿Cómo?—interrogó alarmado el duque.

—Y coronará en Vlasta á nuestro joven Rey Felipe María..... Ya lo creo. ¿Pero es posible, señor duque, que aun sea usted tan cándido? ¿De manera que ha tomado por lo serio la negativa del príncipe? Pues yo la tenía tragada. Era visto que se produciría esta explosión sentimental. Respiró—¿y cómo quería usted que no respirase?—por la herida del amor propio, del rencor y la furia celosa, del veneno que la madre estuvo destilando tantos años en el alma del hijo. Ya desahogó, y ahora empiezan á trabajar otros sentimientos, muy lógicos también..... muy humanos..... Los tengo descontados, como tenía descontado el exabrupto de hoy.

A medida que Miraya se expresaba así, el rostro del duque se coloreaba otra vez de fino matiz sonrosado, y sus arrugas parecían borrarse.

—¿Está usted seguro?—tartamudeó gozoso.—¿El príncipe aceptará?

—Lo juraría. Sólo que ustedes..... no ven tres sobre un asno. Lléveme el diablo si no danza en este negocio, además de la bailarina difunta, otra mujer vivita y más peligrosa por consiguiente..... Cuando el barco no sigue la corriente, ancla tenemos..... El príncipe está *anclado*.....

La satisfacción del duque le rezumaba por los poros. ¿Cómo no se le habían ocurrido á él tales cosas?

—Hay *fémmina*, vaya si la hay..... La descubriré.....! ¿Sabe usted lo que nos perjudica mucho? Que su Alteza *malgré lui* tenga dinero largo..... ¡Si le hubiésemos cogido en época de trueno.....! Con todo, duque, podemos organizar sin demora el partido *felipista*. Vuélvase usted á Vlasta; trabaje á los demás *antiguos*; prepare la opinión. Yo me quedo en París: que me envíe fondos Stereadi..... ¡y que no se ande con tacañerías!

—Por lo pronto, yo le adelantaré á usted una cantidad.....

—Venga de ahí—exclamó Miraya crudamente.

—¿Subirá usted ahora á mi cuarto, en el hotel?

—¡Ay, querido duque! Increíble parece que no viva usted más advertido. En su hotel no debo yo sentar la planta. Y tampoco usted debe ir al hotel en este coche, que está alquilado á nombre de un amigo mío, un brasileño. Bájese en la plaza de la Concordia, y tome allí un simón. ¿Cree usted que el futuro Aurelio IV no nos ha puesto ya espías? ¿Sabe usted á quien he visto anteayer, en un café del bulevar? A Nordis, ¿entiende usted? Al mismo Nordis. ¿Qué hace en París? Por recreo no viajará ese pájaro.....

—¡Nordis aquí!—repitió pensativo el duque.

—En persona. De modo que..... prudencia. Nos veremos en el gabinete particular del restaurant *Britannia*, calle de San Honorato. Se entra por un sitio muy reservado..... el *pasaje*, que parece *ad hoc* para tapujos. Estoy allí esta noche, á las siete. Ahora, me bajo. No se olvide usted de despachar el coche antes de llegar al hotel..... Me llevo otros dos puros.

El periodista abrió la portezuela y salió rápidamente, sin que el coche parase. El duque le siguió con la vista, antes de que se lo bebiese la muchedumbre. Después sacó el perfumado pañuelo y lo agitó, para disipar el humo y el ambiente de Miraya. Y murmuró:

—¡Talento, lo tiene! ¡Pero qué ordinariez! Da asco.

III

GREGORIO YALOMITSA

Felipe María, al verse solo, rompió á pasear agitadamente por el estrecho ámbito de la sala, fijando de tiempo en tiempo los ojos en el retrato de su madre. Después se detuvo ante la chimenea, y tendió las manos á la llama que moría en los troncos desmoronados. Una voz mesurada anunció que estaba servido el almuerzo. Recordó: no tenía apetito, aunque debía de pasar bastante de la hora acostumbrada. Al punto en que se sentaba á la mesa y destapaba el bol de plata que contenía el consumado, inclinóse hacia su amo el servidor, y dijo, en ese acento que lleva sordina, el tono del respeto exagerado de la domesticidad contemporánea:

—¿Deberé dar al señor en lo sucesivo su tratamiento de Alteza?.....

Felipe se turbó. Parecía que el ayuda de cámara había leído en su pensamiento. Precisamente estaba rumiando el efecto singular que produce oirse llamar *Alteza* por más de una hora..... “El periodista me trató de *Majestad*.....” Y era involuntario: el eco de aquellas dos palabras “Vuestra *Majestad*.....” resonaba siempre en su oído, como vuelve porfiadamente el ritornelo de una melodía de las que *se pegan*..... Con vehemencia, cual si rechazase una agresión, entre el vaho del consumado que le envolvía el rostro, lanzó estas palabras:

—No; ¿de dónde sacas?..... ¡Guárdate de ponerme en ridículo!

Al punto mismo sonó la campanilla de la puerta á rebato, y poco después se precipitó en el comedor un hombre que gesticulaba, abriendo los brazos y mostrando querer abrazar á Felipe. Tanta familiaridad, habitual sin duda, debió de molestar, en aquel momento, al que era objeto de ella; avanzó las manos como para defenderse, señaló la silla y el cubierto puesto al recién entrado, y dijo en tono agrídulce:

—Vamos, Gregorio, para que llegues tú un día en tiempo oportuno de almorzar, preciso ha sido que me retrasase yo..... Ea, siéntate..... y almuerza con sentido común, en orden, una vez siquiera en tu perra vida.

Sentóse Gregorio sin más ceremonias, y mientras el criado, impasible, le presentaba otro bol, lleno de un caldo concentrado capaz de resucitar á un muerto, suplicó en voz resquebrajada y ronca:

—Adolfo, hijo, un dedito de cognac..... un dedito puesto en pie..... Necesito calentarme el alma..... Traigo en ella el frío de la muerte..... ¡Acabo de ver á las aves de mal agüero! Iban dos, acurrucadas en un coche.....

Miróle sorprendido Felipe, mientras Yalomitsa, desdeñando el caldo sustancioso, contemplaba con deleite, al través de la diáfana copa, el color de venturina del rancio cognac, un cognac de naufragio, el contenido de una barrica viejísima, arrojada por el mar á las playas de Bretaña—oro y fuego líquidos.— La luz, entrando por alta vidriera, que caía á un jardín despojado por el invierno, se combinaba con los reflejos movedizos de la chimenea, y los ayudaba á hacer resaltar el tipo extraño de Gregorio Yalomitsa. Era pequeño de estatura, con enorme cabezón; enorme no tanto por las dimensiones del cráneo, como por una melena leonina, especie de zalea, que se esparcía indómita á uno y otro lado del rostro. De un negro azul, no rizada ni crespa, pero de mechones caprichosos, elásticos y enroscados como sierpes, parecía la de Yalomitsa la cabellera de Medusa. La cara, de un moreno anaranjado, que alumbraban dos grandes ojos oblicuos, de blanquísima córnea y sombría pupila, semejava una moneda de cobre caída entre el plumaje de un cuervo. La nariz era chata, salientes los pómulos, el bigote péndulo: una fisonomía de esas que los antropólogos llaman *mongoloides*. El vestir de Yalomitsa no revelaba pobreza, sino extravagancia y abandono; un gabán nuevo, forrado de pieles, hecho para otro cuerpo, descubría un chaleco de terciopelo verde, roto y falto de dos botones; un pantalón azul, de rico paño inglés, se escondía en unas botas altas, arrugadas, de vaca, salpicadas de barro. La corbata era de lazo, de color rabioso, flotante; de reloj y cadena, ni señal.

—¡Maldito!—murmuró, sonriendo á pesar suyo Felipe, á quien solía divertir la peregrina facha de su amigo.—Me estás dando fin e

la barrica del cognac, y es único: ninguna bodega de París se honra con otro igual.

—Tampoco nadie aprecia en París el mérito de este cognac como yo—respondió el bohemio, trasegando á su estómago otra copa.—Así que me lo echo al colete, me nacen dentro flores..... ¡Flores y estrellas del cielo! No te vuelvas avaro, Lipe..... ó creeré que te han pegado la lepra esos que he visto subir al coche.

Felipe frunció las cejas. Le sonaba á indiscreción tal modo de hablar. Con ojeada severa recordó á su amigo que los criados podían oír; Gregorio cambió de conversación instantáneamente.

—Ayer—dijo—pasé toda la tarde en el taller de Viodal. ¿Tampoco gusta esta tocata?—añadió, observando una contracción involuntaria en la frente de Felipe.—Antes eras del corro de admiradores del genio..... ¿Cuántos días hace que no pones allí los pies?

—Iré..... tal vez hoy mismo—contestó fríamente Felipe.

—¡Bravo! A ver si á Rosario se le alegran los ojos..... Viodal lleva muy adelantado su cuadro para el salón..... y ha emprendido otro, que aún no es más que un boceto: *La Samaritana*.....

—Ese no le conocía—declaró con displicencia Felipe.—Veo que le da por los asuntos evangélicos..... ¿Quién le ha servido de modelo para *La Samaritana*?

—Rosario, naturalmente..... ¡Qué postura..... y qué sentimiento el de la cabeza! ¡Un poema! El otro cuadro, sin embargo, es más estudiado, más razonado, más intenso..... Gana todos los días. Al pronto no entendía yo la psicología del asunto..... porque la tiene..... ¡y estúpida! Es el momento de clavar á Cristo en la cruz; sólo que los sayones, en vez de soldados romanos ó tagarotes judíos, son gente de hoy, generales, políticos, banqueros, ¿comprendes?, de los que codeamos por ahí, en los teatros y en los salones....., y vestidos como tú....., y las caras, en vez de la expresión que tienen en sociedad, presentan la de su alma vista por dentro..... Almas que nos enseñan el forro..... ¡Vaya un forro más horrible! No es como el de este gabán que me ha regalado mi amigo Flaviani..... ¡Oh, gran Flaviani, mi Providencia! Dame la mano..... ¿Qué es eso? ¿La tiendes de mala gana? Parece que la siento tiesa, fría.....

—Es que el día es de prueba—contestó impaciente Felipe—y además, tú has traído frío de la calle.....

—Si vieses—continuó Yalomitsa, engullendo distraídamente hue-

vos revueltos con trufas—¡qué gestos, qué muecas, qué miradas! Hay un tío viejo, idéntico al barón Weider, que le tira á Cristo del brazo para que se lo puedan clavar á la cruz..... ¡Qué tío! Dan ganas de crucificarle á él..... ¡Más antipático!

Como empezase el bohemio á hablar de arte, no se le acababa tan pronto la cuerda. Ni sabía lo que tragaba, engolfado en su entusiasta descripción. Tomó la ampolleta comparando la factura de Viodal y la de otros pintores impresionistas, luministas, *borronistas* y puntillistas, á los cuales puso como hoja de peregil, Calificó á Viodal de “socialista satírico,; sus cuadros siempre exponían en la picota á las altas clases, especialmente á la plutocracia ó burguesía adinerada.

—A fe que se va poniendo pesado con ese tema—observó Felipe, dejándose en el plato un jugoso *rumpsteack*.

El bohemio protestó:

—¡Al contrario! Viodal sube. Su nombre ya era respetado en Europa: ahora le encargan de los Estados Unidos dos grandes lienzos para el local de la *Working Association* (Unión del trabajo).

—Pues yo te aseguro—afirmó secamente Felipe—que Viodal cansa: y es que pinta con el cerebro. Vengan los que pintan con la inspiración y con la maestría adquirida, como Bonnat. ¿Que tiene *ideas*? ¡Sabe Dios si son tuyas! El cuadro del Salón, sé donde lo pescó Viodal..... Cerca de Madrid, en el Escorial, hay un Bosco muy raro, Cristo cargado con la cruz: Cristo es el mismo pintor, y los sayones que le van empujando, sus acreedores, sus usureros, sus judíos, sus ingleses..... ¡Me lo ha dicho Rosario! Cuando Viodal y ella estuvieron en España, el pintor se pasó dos horas en éxtasis ante el Bosco, y hasta se trajo una fotografía...., Vosotros, los que tenéis el prurito de asombraros y de descubrir un genio cada mañana, poseéis también unas tragaderas envidiables.....

Esta discusión terminó al vaciarse las tazas del te ruso. Pasaron los dos amigos al fumadero, no sin que Yalomitsa, á espaldas de Felipe, hiciese una seña á Adolfo, que la entendió y siguió al bohemio llevando una bandejita con la botella y las copas del cognac. Sobre ochavado velador morisco esperaban los *papelitos* españoles de Felipe y la pipa de madera de Gregorio, atestada de rubio tabaco. Mas antes de que el bohemio la acercase al mechero encendido, Felipe, ya recostado en el diván, tendió la mano imperiosamente.

—Gregorio, ¡un poco de música! Tocando no disparatas como hablando..... ¡Las canciones..... de tu país!..... ¡Los aires dacios!

Sin objeción, el bohemio obedeció á aquel capricho, que parecía mandato regio. Sobre el diván yacía el violín: apoderóse de él con una especie de transporte, empuñando el arco y estrechando contra el pecho el instrumento, sobre cuyo árbol recostó amorosamente la mejilla, sacudiendo hacia atrás la melena serpentina, que radió y formó aureola. Al primer roce del arco sobre las cuerdas, cuya afinación no se tomó el trabajo de probar, el violín exhaló un quejido breve, intenso, espasmódico. Los dedos de Yalomitsa, largos y flexibles, de curvas uñas ambarinas, medio dislocados, se adherían al arco transmitiéndole una eléctrica corriente de sentimiento, y volaban las notas, llorosas, irónicas, ensoñadoras, rientes; rumores sutiles y misteriosos como el susurro del follaje, ó quejas reprimidas como las que arranca un dolor oculto; violentas exclamaciones de ira, orgullosas protestas, melancólicas frases de resignación..... El violín reía con risa del infierno; suspiraba con ansia infinita; y de pronto, sonoro y marcial, lanzaba un himno guerrero, que terminaban estridentes gritos de triunfo.

—¿Cómo se llama eso, Gregorio?

—El canto de Ulrico..... Uno de tus abuelos, Flaviani..... Un tirano!.....

—Ulrico el Rojo..... Ya sé. ¡Cómo revela ese canto el desprecio de la vida!

—Ahora tocaré lo que bailan las aldeanas, y lo que las dicen sus enamorados, y las coplas del molino.....

Y como si el violín se bañase en auras de primavera, brotó de él una melodía fresca, húmeda de rocío, oliente á flores campestres, entrecortada por ingenuas risas y requiebros candorosos. Una inocencia maliciosa, idílica, tierna, rebosaba de las estrofas del villancico, y el ritmo del agua al hacer girar la rueda del molino acompañaba con originalidad el amoroso diálogo..... Felipe escuchaba absorto. Gregorio, fatigado, echando atrás los mechones que le comían los ojos, pidió tregua.

—Lipe, déjame fumar.

—Descansa y fuma, y bebe..... aunque eso no lo pides.

Encendió la pipa, se puso cognac, paladeó un sorbo, y se recostó en el diván, sacando una bocanada de humo que lanzó al techo, cu-

bierto de telas japonesas plegadas en figura de gigantesca sombrilla. De pronto, volvi6se hacia Felipe, como quien recuerda algo importante.

—Ahora que no nos oyen..... ¿Qué te querían esas aves de rapiña?

—Ofrecerme el trono de Dacia—respondió al punto Felipe, cual si esperase la pregunta.

—Lo sabía—gruñó Yalomitsa, ahumando á más y mejor.—Las cosas andan revueltas por allá. Aurelio Leonato es impopular, porque ha vendido el alma á los rusos; y el intrigante de Stereadi aprovecha esa corriente para poner un rey de su mano. Necesita un maniquí para reinar en su nombre, y ha oido que Aurelio, cuando suba al trono, es muy capaz de cortarle la cabeza. ¿Te asombras de que sepa tanto Gregorio? Pues es que á Gregorio, aquí donde le ves, le han querido chapuzar en el estiércol en la política..... Stereadi me ofrece el oro y el moro si te decido á hacer porquerías..... ¡Oro á mí! Si al menos me hubiesen ofrecido una barrica de esta gloria celestial.....

—¿Es de veras, Gregorio?

—Como lo oyes..... ¡Pero les canté las verdades! El chalán—uno de los buitres, un escribidor que se llama Miraya,—se largó con las orejas más gachas! Le solté lo que verás. “Entérate, belitre, de que si tengo hambre, no me falta un faisán en las mesas de los amigos... Entérate de que el frío me lo paso junto á las chimeneas ajenas..... Entérate de que visto como un príncipe, y voy más decente que tú con las sobras del gomoso de Flaviani..... Entérate de que este gabán de pieles me lo ha dado él..... Ya ves; yo tengo gabán de pieles y él puede regalarlos; no nos sobornas..... Entérate además de que si me das dinero hoy de noche, no tengo una mota mañana por la mañana..... Para lo que me había de durar, vaya enhoramala el dinero..... El incorruptible has hallado; soy Catón. Llevaré una carta amorosa, pero no me hagas tercero de reinos., Me rogó que guardase reserva..... Bien; soy magnánimo: lo prometí. Bastante tiene con la retahila que le soplé..... y con las calabazas que túle regalaste.

—Te equivocas,—declaró intencionadamente Felipe.—¿Qué te creías tú? Nadie rehusa un trono.

Yalomitsa pegó un salto brusco, dejando caer la pipa, que derramó su carga. Precipitóse á recoger el fuego, y juró al sentir que le quemaba los dedos.

—¡Mala centella! Déjate de bromas. ¿Has aceptado?

—¿Qué querías que hiciese?

—¿Qué quería? Darles un puntillón..... echarles por la ventana, ¡centellas y rayos! ¿Que quería? Soltarles un perro rabioso..... ¡El infierno te confunda! ¡Has aceptado! ¿Era por eso por lo que me dabas antes una mano tan rígida? ¿Era por eso, condenado, por lo que mandabas con tanto imperio que tocase en vez de fumar? Qué, ¿ya soñabas tener esclavo, bufón, enano, mico, músico de cámara? ¡Mala tiña te pele! ¿Por eso me pedías el canto de Ulrico el Rojo, de aquel facineroso, de aquel verdugo? ¡Anda y que te canten el funeral! Aunque te pusieses de rodillas, con tu corona y tu cetro en la mano, y me limpiases las botas ¿ves como las tengo de lodo? con tu manto de armiño, no volverás á oír otra vez, ¡antes me abrasen las pajarillas cien renegadas centellas! una nota del violín de Gregorio Yalomitsa.

—Me pasaré sin él tan ricamente. Formaré una orquesta de los mejores profesores, para mi recreo. A los reyes nunca les falta quien les dé música, hijo.

No replicó Gregorio, pero su vívida melena ondeaba, sus ojos oblicuos giraban espantados, y sus manos descoyuntadas se crispaban de furor. Repentinamente cambió de actitud y se arrojó á los pies de Felipe, abrazando sus rodillas.

—Lipe, por Dios, por amor de todos los santos de la letanía..... Lipe, vuélvete atrás, no quieras echar sobre tu alma tan gran pecado. Mira que es una locura, que vas á ser muy infeliz. ¿Sabes lo que vale la libertad? ¿Comprendes la dicha inmensa de no deberse á nada ni á nadie en el mundo? ¿De poder llevar el corazón á donde se nos antoje y el cuerpo á donde nos lo pida? ¿Sabes tú lo que es el sueño tranquilo, la vida segura, las acciones á compás del deseo, el amor á capricho, los amigos á voluntad? ¿Y el arte, Lipe? ¿Dónde me lo dejas? ¿Hay nada como vivir para agotar el goce de la belleza artística, la embriaguez de las líneas, de los sonidos, de las formas? ¿Crees que un rey puede ser artista? En arte, un rey es necesariamente un besugo.

—Calla, bobo..... Me haces reír, aunque no tenía ganas,—dijo Felipe agarrándose á la bravía cabellera para alzar al bohemio, que seguía arrodillado.

—No me levanto, no se me antoja..... hasta que me otorgues un

don..... Mira que este desastrado que te implora, es el mejor amigo tuyo, el leal, el can, el que te ama por tí, por tí mismo, no porque le resuelves una combinación ambiciosa..... Te devolveré el gabán de pieles, no beberé más *cognac*..... ¡para que veas!.... pero renuncia á ese trono ridículo, sin demora, irrevocablemente. Lipe, ¿qué, ya no tienes conciencia? ¿Has olvidado las injurias que te inferían cuando eras un niño y no podías vengarlas? Entonces te declararon bastardo, ¡bastardo! ¡qué risa! ¿por qué te legitiman hoy? También Yalomitsa sabe lo que es honor, lo que es dignidad. Nada me importa que me harten de puntapiés, si respetan á mi madre. ¡A mi madre, que no la toquen ni con un ramo de flores! ¡Centella y recentelleo! ¡A mi madre!

Mientras el bohemio desbarraba, el rostro de Felipe se entenebrecía, al modo del cielo cuando va á llover. Sus pupilas azuladas parecían oscurecerse, como si se les hubiese metido dentro toda la humareda de la pipa de Yalomitsa. Sus cejas se reunieron, señalando en la frente blanca un pliegue profundo.

—Así me gusta ver tu hocico,—exclamó Gregorio, levantándose y echándole un brazo al cuello.—Ahora sí que me pareces un rey... ¡Viva Su Majestad el Rey de sí mismo! Ahora eres un rey-hombre, rey en tu interior, por la nobleza y la independendencia de tus resoluciones. ¡Rompe la cadena! ¡Sacude el yugo! Sé rey, Lipe, de tu alma, de tu destino, de tu felicidad.....

El bohemio, con la cabellera agitada, la cobriza faz arrebatada de alegría, acariciando á su amigo, estaba hermoso á su manera. Felipe murmuró:

—La suerte está echada..... Tengo que ser por fuerza Rey de los dacios, pero no temas: serás mi primer ministro.

—¡Era broma!—chilló Yalomitsa, saltando loco de júbilo.—Ya me parecía á mí! ¡No podías jugar tan infame partida, ni á Rosario, ni á Gregorio!

—Pues ya se vé, borrego—respondió Felipe, atusando los viperinos mechones del bohemio, como si fuesen las lanas de un perro favorito.

—¡Qué peso me has quitado de encima!—exclamó él, buscando en los trofeos de la pared otra pipa, y cargándola atropelladamente.—¡Por la santa Virgen! A ver, cuenta eso, cuenta..... ¡Voy á gozar más! Cuenta cómo les has echado por las escaleras, cuenta

cómo le soltaste el puntapié á su trono desvencijado, comido de polilla, relleno de nidos de ratones..... ¡Con qué estrépito rodaría el armatoste maldito! ¡Por eso iban tan rostrituertos! ¡El viejo sobre todo! ¡Rabia, viejo chiflado! ¿Creías que no había más que llegar y quitarme á Felipe? ¡Menudas despachaderas te han dado, á ti y á tu frac forrado de murciélagos! ¿No sabías eso, Lipe? ¡El duque, que es muy friolero, y al mismo tiempo presume de joven y de talle fino, se ha mandado hacer un frac entretelado de pieles de murciélagos, y así va abrigado y no pierde la esbeltez! ¡El murciélagos! ¡Simbolismo puro!

IV

LOS CUATRO ELEMENTOS

Nada se parece á un estudio de pintor como otro estudio de pintor. Son siempre los mismos trapos vetustos, los mismos vargueños, los mismos monigotes japoneses, las mismas armaduras poco auténticas, los mismos macacos bizantinos ó góticos; y Jorge Viodal, cansado de esta monotonía que se disfraza de capricho, se había propuesto crear algo nuevo, distinto de todo lo conocido hasta entonces. No en vano pasaba por pintor *cerebral*, más atiborrado de ideas estéticas que rico en pinceladas magistrales.

Era en efecto Viodal un inventor, sólo á fuerza de ser un pensador; y soñaba con hallazgos no debidos á esa fuerza espontánea é inconsciente que se llama inspiración, sino á la labor paciente del que investiga series de combinaciones posibles hasta acertar con una original y caprichosa. Cuando empezó á tratar á Felipe Flaviani, y estrecharon una amistad enfriada después, le arregló la casa con distinción: dirigió la sala amarilla y plata, de tan suave armonía de tonos, el comedor y su decoración de loza de Palissy, con mariscos de relieve sobre un fondo verde mar, obtenido por medio de gruesos vidrios que recordaban el matiz de las olas. En su ta-

ller ó estudio fué donde echó el resto Viodal. Se hablaba mucho en París del tal estudio, y los extranjeros lo visitaban á título de curiosidad ó rareza artística.

Empezó Viodal por alquilar el local más grande que encontró, algo lejos del centro de París, á fin de que costase barato el alquiler. Era un salón inmenso que cogía todo un piso cuarto; debajo, en el tercero, instaló el pintor su vivienda. Recibía el *hall* luz vivísima de un frente casi todo de cristales; cortinas hábilmentear regladas permitían graduar la claridad según conviniese.

Llenaba este frente de cristales las dos terceras partes de la altura total de la pared; y la restante la cubría una intrincada espesura de arbustos, plantas raras y flores de invernáculo, agrupadas con tal arte y tan bien cuidadas en verano y en invierno, que remedaban, en su gracioso y estudiado desorden, un rincón de comarca paradisiaca. Las geométricas araucarias descollaban entre las libres enredaderas; las gloxinias florecían bajo las palmeras lustrosas; los helechos flotaban á guisa de verdes plumajes, flexibles y recortados por una tijera fina; los hibiscos de la China abrían sus cálices rojos como heridas enormes; los heliotropos embalsamaban el aire, y los tulipanes holandeses erguían su copa esmaltada de colores duros. Del centro del macizo salía un obelisco de bronce y lápizlázuli, rematando en un globo de porcelana que representaba el mundo, con las montañas en relieve.—Este costado del taller se llamaba *la tierra*.

A la derecha aparecía *el agua*. Adelantando el tabique todo lo necesario, se había formado una especie de gruta, cerrada por vidrio enorme, y alumbrada por poderoso foco eléctrico. Arena y rocas daban fondo natural al acuario, y se distribuían á sus dos lados lindos arrecifes de madrepora y coral, praderías de algas y fucos. Nacaradas conchas se entreabrían sobre la arena blanca; peces brillantes cruzaban rápidos como saetas, para volver á repetir sin cesar la misma maniobra y el deslumbramiento de su paso, que era un relámpago de plata; las estrellas de mar y las anémonas se plegaban suavemente ó se desplegaban con la magnificencia de una flor extraña y radiante, sin tallo ni hojas; y dos ó tres crustáceos, de monstruosa figura, adelantaban dando paladas con sus tenazas enormes, enfermos de vivir á tan poca profundidad, y ansiosos de devorar á las ágiles doradas y á las ondulosas anguilas. La gruta con-

cluía en bóveda, y bajo esta bóveda se cobijaba, recostada en las rocas, dominando y señoreando el acuario, una ninfa de mármol, de tamaño natural.

Frente al *agua*, á la izquierda del espectador, se veía la dorada reja de una pajarera, donde no faltaba ni su tazón de alabastro para que bebiesen las aves, ni sus arbolillos para que se posasen y colgasen el nido si querían. Sólo la gran extensión y altura del *hall* podían hacer que la algazara de los pájaros no fuese molesta; pero el pintor había cuidado de proscribir las especies parleras y cantoras, los insoportables jilgueros y canarios, prefiriendo las de pluma multicolor, los pájaros moscas, las golondrinas javanesas, los periquitos y las palomas y tórtolas. La maravilla del jaulón era un menurio ó pájaro lira, ave rarísima de Oceanía, semifabulosa, traída por un marino y conservada á fuerza de cuidados. Para tener aseada y limpia la región del *aire*, venía todas las mañanas un empleado del próximo Jardín de Plantas, lo cual le costaba á Viodal un ojo de la cara al cabo del año. Todo lo valía la pajarera, su incesante movimiento, el encanto poético de sus palomas [de tornasolado cuello bebiendo en el alabastrino pilón, procedente de Pompeya.

El *fuego*, cuarto elemento, desempeñaba en el estudio del pintor un papel de notoria utilidad. Representábalo, en la pared que hacía frente á la vidriera, gigantesca chimenea gótica, que el artista, durante su viaje por España, había descubierto en un arruinado castillo en las montañas de Jaca, y adquirido mediante algunos duros: hoy se la envidiaban todos sus colegas, porque la chimenea era una joya única.

La fértil fantasía de algún imaginero del siglo XV había mezclado con los arrogantes blasones y las jactanciosas divisas nobiliarias inscritas en caracteres de exquisita elegancia sobre complicadas y sinuosas banderolas, los mil caprichos de la fauna y la flora del gótico flamígero; monstruos y quimeras, grifos y endriagos, demonios muequeros, que parecían geniecillos de la llama; pelícanos asomando entre airosa hojarasca, ricas cenefas caladas y treboladas, y, por último, en el ancho dosel que coronaba la chimenea, una cacería, gentes de sayo, venablo y ballesta, persiguiendo á cerdosos jabalíes y á ligeros gamos: un episodio de la vida real en aquellas ásperas sierras, donde en tan espléndida chimenea ardió leña por primera vez. El lienzo de pared en que campeaba la chimenea,

lo cubrían tapices góticos también, soberbios: otro hallazgo de Viodal en casa de un anticuario de Madrid. Su asunto, la creación del mundo; sus tonos amortiguados, calientes aún, parecían láminas miniadas de códices viejos, vistas por gruesa lente. El mismo hormiguero de cabezas menudas, las mismas alimañas de ingenuo dibujo, iguales teorías de ángeles de alas simétricamente alineadas,—el sueño de un prerrafaelista.

Otra singularidad del taller de Viodal, era carecer de puerta. Desde la antesala del piso tercero se subía por un ascensor hidráulico, de caja acolchada de raso, que depositaba su carga en el mismo centro del *hall*. Sostenía el pintor que así ganaba el efecto del taller, y era mayor la sorpresa de los que por primera vez se hallaban entre los “cuatro elementos.” La verdadera razón era que con el ascensor se evitaba la familiaridad de los importunos. Un criado ducho y antiguo sabía perfectamente á quién debía dar subida y á quién convenía despedir bajo pretexto de que el mecanismo no funcionaba, ó de que Viodal, al salir á la calle, se había llevado la llave consigo. En el estudio de Viodal no encontraríais jamás á esa gente equívoca y ociosa, á esos vagos que, á pretexto de admiración, infestan los talleres, buscando pasar la tarde á gusto, abrigados en invierno, frescos en verano, y en todo tiempo de palique. Si algún bohemio conseguía el *sésamo*, era que, como Yalomitsa, disfrutaba los privilegios de la amistad y la fama de tener *olfato* artístico.

Viodal, que instintivamente detestaba á los intrusos y á los matadores de tiempo, aun tenía otro motivo para dificultar la entrada. Proponíase evitar á su sobrina Rosario, que vivía á su lado desde la niñez, el roce con la heterogénea sociedad que en los talleres se reune.

La tarde del día siguiente á aquel en que Felipe recibió á los enviados de Dacia, á eso de las cinco, no estaba muy concurrido el fantástico *hall*. Tres hombres se agrupaban delante de la famosa *crucifixión* socialista; y otro, sentado en el gran sitial hecho de una silla de coro, daba conversación á una mujer recostada en flexible hamaca, muy cerca de *la tierra*. Próximo al *fuego*, un melencólico, que no era sino Yalomitsa, arrancaba al armonio los acordes de una sonata de Mozart. En la chimenea, la roja llama de los troncos, al iluminar caprichosamente las figuras de piedra y los simbólicos

tapices, dejaba casi en sombra el resto de la habitación; en la enorme vidriera, la luz de una tarde de Enero que empezaba á morir, tendía ya el velo de tul ceniza del crepúsculo.

Cuando el ascensor subió en silencio y depositó en mitad del *hall* á Felipe María, sólo se veía del famoso cuadro la mancha blanca del desnudo cuerpo del Salvador. La mirada de Felipe se fijó, no en el grupo de inteligentes que discutía la obra de Viodal, sino en el hombre del sitial y la mujer de la hamaca. De la mujer adivinábase, por la postura, la bonita línea del cuerpo reclinado, la masa sombría del pelo, los dos tenebrosos toques de los ojos en el óvalo claro de la faz. Las conversaciones apenas eran apagado cuchicheo; los pájaros, en la obscuridad creciente, callaban, y la queja del armonio era más religiosa, más melancólica, llenando de solemnidad el recinto. Volviéndose de pronto Viodal, hizo girar una llave oculta por el follaje de la *tierra*, y el *hall* se iluminó, surgiendo aquí y allí, en el techo, entre las plantas, sobre la pajarera, intensos focos eléctricos.

La mujer de la hamaca saltó al suelo gentilmente, y dirigiéndose á Felipe, exclamó con acento meloso:

—Buenas noches, señor Flaviani..... Creíamos que nos abandonaba ya. ¡Tantos días! Venga usted, está adelantadísimo el cuadro..... y deseamos saber su opinión.

—¿Habla usted del de la Samaritana?—preguntó Felipe, fijando á la mujer con insistencia.

—¡Ese no es más que un boceto! El tío Jorge lo ha tapado, porque no le gusta que lo vean hasta que esté en planta..... No, se trata del cuadro del Salón, ¡del grande!

Viodal se apartaba, con una cortesía exajerada tal vez, con precipitación nerviosa, para dejar á Felipe que contemplase el cuadro. Era éste un vasto lienzo, y las figuras de tamaño natural; Felipe, haciendo como que se alejaba para ver mejor, retrocedió y se situó sin afectación detrás de todos y enteramente al lado de la mujer, que no era sino Rosario, la sobrina de Viodal; y bajando el brazo paralelamente al de la joven, tocó su mano, avisó con un golpecillo, y deslizó en ella un enrollado billete. Mientras Rosario, palpitante de emoción, cerraba el puño y alzaba la diestra disimulando en el seno, por la abertura del traje, la misiva, Felipe, sosegado, hacía con los dedos antejo para aislar el cuadro, y lo encomiaba aprisa.

muy bien, energía rembranesca, valentía en las actitudes. ¡Con qué crueldad estira el brazo derecho de Cristo ese que tanto se parece á Abraham Weider, el fabuloso banquero israelita!

Viodal callaba. No era de los que beben ávidamente el elogio: al contrario, solía sufrir mucho cuando éste le parecía inexacto, aventurado, vulgar. Sólo una alabanza justa, fundada, razonadísima y, además, vehemente, le producía halagüeño cosquilleo en el alma. Al oír á Felipe se cubrió de arrugas su frente desnuda por las sienas. La voz de Felipe, cuando ensalzaba la Crucifixión, carecía de calor simpático: delataba violencia y un apresuramiento compasivo, que hería.

Los tres aficionados que ya comentaban el cuadro al llegar Felipe, objetaron algo á lo que éste decía; entablábase discusión; pero impensadamente, Viodal corrió una cortina pendiente de unas varillas de hierro, y tapó su obra.

—Cuando oigo hablar de él—dijo con voz metálica,—cuando disputan sobre lo que significa, pierdo la fe; empieza á parecerme detestable. Lo haría pedazos. ¡Qué fastidio, ser tan nervioso!

Riéronse los circunstantes. Todos ellos formaban parte de esa aristocracia intelectual de París, ni más ilustrada ni más respetable que la del resto del mundo, pero que se alza sobre mejor pedestal y respira un ambiente más favorable que ninguna. Dauff era el cronista diario de un periódico de gran circulación y autoridad; alemán de nación, mal estilista francés por consiguiente, creíanle sin embargo depositario del ingenio chispeante y la reticencia conceptuosa que se aprecia en el bulevar. Loriesse, el crítico de arte minucioso y maniático, el censor antojadizo, solía llevar la contraria al público, y, á fuerza de tratarle de ignorante é imbécil, le extirpaba sus entusiasmos y sus convicciones, determinando esos cambios radicales del gusto que se advierten con sorpresa cada cinco ó seis años en las muchedumbres, sin que se adivine su causa, —pues el crítico, al parecer, vive aislado, lejos de la turba.— Distinguíase Loriesse por su afición á descubrir planetas nuevos; gustaba de romper hoy el ídolo de ayer, y á veces divinizaba cosas tan extrañas, que no faltaba quien le acusase de burlarse del público. Era Loriesse quien había impulsado á Viodal por el camino de la pintura religiosa con simbolismo social y humanitario; y los que conocían las mañas del crítico, se apiadaban del pintor, compren-

diendo que después de anunciarle al mundo á campana herida como apóstol del ideal en el arte moderno, ya estaba preparando las perfidias y desdenes que seguían siempre á sus pasajeros arrobos: como que empezaba á delirar por un español que traía un estilo nuevo y caprichoso, una pintura decorativa y galante, alegre y sensual; una fiesta para los ojos, hastiados del colorido severo y las figuras siniestras ó ascéticas del autor de la Crucifixión.

El tercero del grupo se llamaba Lapamelle; un señor de edad, con larga y grasienta cabellera gris; en el ojal de inconmensurable gabán, la eterna cintita roja; el vientre prominente; los ojos miopes bajo las gafas de oro, los guantes forrados y descosidos, y bajo el brazo una cartera que no quería soltar, porque contenía unas estampas curiosísimas, antes de la letra, á toda margen, adquiridas en no sé qué tenducho, y las guardaba como un perro guarda un hueso, pronto á morder si alguien se acerca. Alardeaba de su hallazgo, y lo ponía en las nubes, modo indirecto de desdeñar el arte moderno, del cual acostumbraba decir pestes. Lapamelle era *del Instituto*, y aun cuando entre sus colegas había escritores jóvenes, corifeos de las nuevas escuelas literarias, él no se creía en carácter sino viviendo en otro siglo. En arte prefería el XVIII; adoraba los pintores almizclados. Erudito y mordaz, tenía frases picantes y donosas para ridiculizar las escuelas contemporáneas, que sin duda se prestan á ello. Así y todo, frecuentaba los talleres, y se le recibía en palmas, con copas de Oporto y galletitas; era sabroso oírle desollar á los demás, y *adornaba* un estudio, justamente por lo intransigente y descontentadizo. Viodal era de los contados pintores modernos á quienes Lapamelle reconocía talento, aunque afirmando que el pobre iba descarriado, ¡descarriadísimo! —Compadecer á un artista porque derrocha ó malgasta sus facultades, es una especie de elogio.

La persona que dialogaba con Rosario desde el sitial había intentado escabullirse cuando entró Felipe, y no lo consiguió por que Viodal iluminó de repente el taller. Hubo de resignarse á que Felipe le viese, le reconociese, y le dirigiese un ligero saludo, que revelaba alguna extrañeza. ¿Desde cuándo se encontraba en París, y qué hacía en el estudio aquel conde de Nordis, encargado en otro tiempo por el gobierno de Dacia de ofrecer una pensión á la Flaviani para que renunciase voluntariamente sus de-

rechos de esposa? Y que era él, no podía dudarlo Felipe. Aunque diez años labran huella en su rostro, no bastan á cambiarlo, sobre todo, si son la década de treinta y cinco á cuarenta y cinco. En la edad viril, declinando á la madurez, Nordis conservaba su pelo en-sortijado, su bigote retorcido de finas guías, su color mate, sus facciones correctas, su tipo de tenor italiano guapo, insinuante, y que sería atractivo sin lo receloso del mirar, que ocultaban los lentes de concha, y sin cierta dulzura pegajosa y falsa de la voz y del gesto. Ubaldo Nordis era, ¿pero qué viento le traía? Y con la ceguedad del instinto celoso, al pronto Felipe pensó en Rosario, con quien departía Nordis momentos antes.....

Bien podía justificar los más exaltados celos la belleza de la sobrina de Viodal. No era, sin embargo, Rosario Quiñones una perfecta hermosura, pero bien sabéis que éstas escasean. Si sois algo artista, y sobre todo, si tenéis ocasión de estudiar y comparar bellidades femeninas, os convenceréis de que siempre caben objeciones y reparos. De la misma Elena, esposa de Menelao, por quien los viejos de Troya comprendían que se perdiese la ciudad, dudo que se pudiese decir que era intachable. Si no es en el rostro será en el talle, y si no en los pies, y si no en el andar, y si no en el cabello: defecto ha de existir, cuando no existan varios.

Lo que necesita una mujer para presumir de hermosa es realizar un tipo, y Rosario lo realizaba: aunque no nacida en España, ni de españoles, la citaban en París como cifra y compendio del hechizo especial de la raza hispana en el Mediodía. La hermana mayor de Viodal se había casado con un chileno, Ramón de Quiñones, descendiente de conquistadores, pudiente y señalado en su tierra. Quebrantos en la hacienda causados por los disturbios de Chile y por la oposición de Quiñones al presidente Errazúriz, mermaron el caudal del padre de Rosario, que al fin fué muerto á bayonetazos en una asonada. Su mujer huyó á Europa con la niña, refugiándose al lado de su hermano, ya entonces pintor famoso; venía herida por la pena, y no tardó mucho en sucumbir, confiando á Viodal la criatura. Rosario creció en el taller, educada libre y caprichosamente, mimada, admirada como se admira un objeto de arte, una flor más preciosa y rara que las otras; y era deleitoso verla desarrollarse fuerte é impetuosa, con la doble juventud de sus años y de su raza. Porque Rosario, la santiagueña, era joven de todas maneras: étnicamente tam-

bién. En su físico prevalecía, sobre el tipo de la familia Viodal, el del padre: de Viodal sólo tenía la estatura aventajada, las prolongadas piernas y el largo cuello; pero la tez mate y pálida, que descubre la frescura de la sangre; pero todo lo que traduce el alma—los ojos, la boca—eran bien hispano-americanos, llenos de fuego, de voluntad, de languidez y de pasión. Los ojos, sobre todo, habían valido á Rosario fama de hermosa. Teníalos muy grandes, y, sin embargo, expresivos, límpidos, insaciables y misteriosos como los de los niños pequeños; llenos de humedad y de calor; dos ojos que se imponían, y dejaban en segundo término á las demás facciones de la cara, reduciéndolas á acompañar y corear, por decirlo así, la magnificencia tan claros luceros. Y sin embargo merecían fijar la atención la carnosa boca, fresca y encendida como un clavel, y el abundoso pelo negro, algo crespo, á pesar de la pureza de la raza ibérica de que podía alardear Rosario. El pie y la mano, españoles y aristocráticos, combado aquél y diminuto, ésta delgada y de dedos afilados como los de las damas que retrata Moro, eran de esos detalles de belleza que si al pronto no saltan á la vista, á la larga refuerzan el atractivo físico de una mujer hasta hacerlo invencible. Para un juez severo, podrían ser defectos de proporción anatómica lo fino del talle contrastando con lo pronunciado y redondo de las caderas y del busto; pero esta forma prestaba al andar y á los movimientos de Rosario la gracia voluptuosa y el salero perturbador de las figuras goyescas.

En los dos ó tres bailes de trajes á que había asistido; en el que dió Viodal para inaugurar sus *cuatro elementos*, Rosario puso raya luciendo trajes españoles: ya el de *Rosina* en el *Barbero*, ya el de la que llaman duquesa de Alba en los tapices de Goya, ya el de infanta de Sánchez Coello, ya el picante calañés y la chaquetilla torera de terciopelo guinda que en sus juventudes ostentara Eugenia de Montijo..... Vistiendo este último atavío la conoció Felipe el día de la inauguración del *hall*, á que asistió con papeleta de convite obtenida por Yalomitsa. La impresión fué profunda; quedaron subyugados los sentidos y la imaginación, puertas de oro del alma.

V

EL JARDÍN

Es cruel suplicio, para una criatura tan impulsiva como Rosario, guardar en el hueco de la mano y después en el seno un billete cuyo contenido importa más que la vida, y que no es posible leer sin demora. Para enterarse de lo que la decía Felipe, Rosario hubo de esperar la hora de recogerse. Ni en el *hall*, bajo la claridad delatora de los focos eléctricos; ni en el comedor, á donde la llevó del brazo su tío; ni durante la velada de familia, que se prolongó, halló ocasión de descifrar el papelito que sentía crugir bajo el corsé, encima del corazón cabalmente. Aquel día Yalomitsa se sentaba á la mesa del pintor, y con sus hábitos de desorden y sus improvisaciones de piano y de violín, encaminadas á retirarse más tarde—Gregorio era noctámbulo de profesión,—pasaba de las doce cuando sonó la queda. Al darle Rosario en la antesala el último apretón de manos, Gregorio susurró, aprovechándose de que ya volvía las espaldas Viodal, que madrugaba para trabajar: “Tengo que hablarte, Sarito. Mañana vengo aquí á la hora en que papá esté en el taller.” (Yalomitsa llamaba á Viodal *papá* de Rosario, broma que siempre determinaba en el pintor una contracción de nervios).

Cerrada, por fin, en sus habitaciones, Rosario apresuróse á desabrocharse y leer el billete. Era lacónico: sólo decía: “La suplico que esté mañana, á las nueve, en el jardín; sitio el mismo que la otra vez. No falte; se lo pide encarecidamente—Felipe.” Aunque una cita, dada así, podía no significar más que lo que habitualmente significan las citas amorosas: deseo de comunicación, ansia de ver y de hablar á la persona querida,—la coincidencia del billete con las palabras del bohemio, que era el amigo más íntimo de Felipe, el que le había presentado en el estudio, dejó pensativa á Rosario.

Nunca la había citado Felipe; su primer entrevista en el lugar que Felipe designaba con el nombre de *jardín*, y que era el de

Plantas, se debía á la casualidad, que los hizo encontrarse en un paseo casi siempre solitario, y más en invierno. Por tácito convenio no se veían sino en público; Rosario obedecía, al proceder así, á un instinto de dignidad; Felipe, á una cautela que hasta entonces había vencido á la codicia del amor.

Quería Rosario que su cariño se conservase altivo y puro, y aunque si Felipe tardaba en venir muchos días al estudio—y solía hacerlo de algún tiempo á esta parte,—se ponía enferma, prefería sufrir á que aquellas relaciones cambiasen de carácter y degenerasen en intriga. Lo apremiante del ruego y su extraña coincidencia con el de Yalomitsa, la decidieron.

Levantóse temprano, después de una noche de insomnio. Vistióse como siempre que salía á recorrer museos ó á visitar los avechuchos del jardín, á los cuales tenía gran afición: chaqueta de nutria, toca de la misma piel, menudo velito de motas, monóculo sin aro colgando del cordoncillo sutil de plata y perlas. Su gracia, su lozana juventud, ganaban con la sencillez de tal atavío. A pie hizo el trayecto; el Jardín distaba poco, y además sentía repugnancia á tomar un *fiacre* ó simón, el vehículo de las aventuras sospechosas. ¿Qué tenía ella que ocultar? Libre, iba á donde la llamaba su corazón, pero no á delinquir ni á bajar ruborizada la frente.

El frío era agudo y cortante; la helada escarchaba el césped de los arriates; Rosario subió á buen paso la calle de árboles en espiral, y fué derecha al gigantesco cedro del Líbano, traído en el sombrero por Bernardo de Jussieu. Corría con instintiva inquietud: había creído notar que la seguía un hombre, no de mala traza, pero de facha poco fina, vestido con descuido, algo grueso, moreno. Sin embargo, ya cerca del cedro colosal volvió la vista atrás, y á nadie vió.

Felipe la esperaba en el banco, y se levantó al verla. Tendiéronse la mano, y al través del guante fué magnética la presión. Se sentaron silenciosos. El sol de invierno, al través de las ramas desnudas de hoja, bañaba de oro la tez de Rosario y hacía transparentes como el agua los ojos cambiantes de Felipe. La chilena los interrogó, y los encontró ardientes, fijos, duros, llenos de fiereza. ¡Ella que soñaba una acogida loca, una gratitud tierna y alegre! Parecía, por el contrario, que Felipe la recibía como al reo el juez.

—¿Qué le pasa?—preguntó al fin Rosario, impaciente ya, al oír que Felipe exhalaba un suspiro y al ver que seguía callado.

—Nada—respondió él esforzándose en mostrar afabilidad.—Mil gracias, porque ha sido usted exacta á la cita y á la hora..... Creí que *no la dejarían* á usted venir.....

—¡Y quién iba á privármelo!—exclamó Rosario con alarde de independencia.

—¡Qué sé yo! —murmuró Felipe dulcificando algo la voz, pero sin variar su actitud de enojo y reserva.

—Yo sí que he creído que ya no pensaba usted vernos más,—advirtió Rosario, con el dulce dejo de su país, clavando en Felipe sus pupilas de terciopelo.—Quince días hacía, lo menos, que no aportaba usted por el estudio.

—Estaba luchando.....—declaró Felipe, decidiéndose á explicarse, lo cual probaba que la voz y los ojos de Rosario producían ese efecto misterioso de la presencia del ser amado, parecido á un talismán.—El estudio se me ha hecho insoportable. ¿Es posible que no lo comprendas?—añadió tuteándola de súbito.—¿Qué quieres que haga allí? ¿No ves cómo *me reciben*? Ni los demás son tontos ó ciegos..... ni tampoco lo soy yo, ¡qué diablo! Mira, Rosario,—exclamó con fuerza y ahinco;—te tengo por franca, por leal..... Si no lo eres, es que vivo engañado... ¿No sospechas por qué he desertado del taller? ¿No sabes de quién tengo celos?

—Sí, lo sé,—contestó súbitamente entristecida la chilena.—Del tío.....

—¡Del tío, que te quiere!

—Que me quiere, sí,—repitió ella, pensando en alto.

—¿Lo ves? ¿Ves cómo lo confiesas?

—¿He de mentir? —gritó con irradiación generosa de sinceridad en sus admirables ojos.—No sólo digo que me quiere, si no que..... si yo fuese muy buena..... ¡muy buena!.... le correspondería y me casaría con él.

—Cásate cuanto antes.—Y Felipe se echó atrás, colocándose al extremo del banco.

—¡Hijo, ya sabes que no puedo!—tartamudeó ella alterada.—Ya sabes que..... ¡que me importa de tí, y que no me importa de ningún otro hombre!

—Sin embargo,—objetó Felipe con acento despreciativo y cruel, cediendo á ese deleite de hacer sufrir á lo que se ama, nota característica de los celos en las pasiones que abrasan la sangre;—á tí te

importará de mí, pero le sirves de modelo..... ¡lo cual es una infamia!, ¿entiendes?, ¡una infamia! Jamás te he pedido que me permitas ni cogerte la mano así..... te he respetado como á una santa..... ¡y á él le sirves de modelo!.... No lo niegues: creeré que mientes ahora, antes y después.

Rosario sintió en el corazón dolor agudo. Bajo el velo, sus pupilas se apagaron, sus labios temblaron de indignación. ¿Por qué la trataban con tanta aspereza? No podía adivinarlo, por ignorar el estado moral de Felipe en aquella señalada ocasión. Al citar á Rosario, el hijo del rey de Dacia jugaba el albur de su suerte; estaba resuelto á colocar aquella mujer seductora como un obstáculo, voluntariamente, entre su ambición y su destino. En pocas horas había sentido tales ansias, padecido tales desfallecimientos, soñado sin querer, y hasta con horror y repugnancia tales sueños, que quería asirse á algo que le interesase y absorbiese por completo; matar el germen de una pasión con el desarrollo de otra poderosa y embriagadora. Beber para olvidar, beber amor, beberlo á tragos, y aniquilarse dulcemente, no acordándose de nada más; eso anhelaba y eso pedía á Rosario, la única mujer que podía ofrecérselo. Pero el corazón tiene repliegues tan secretos, que aunque Felipe, al encontrarse cerca de la santiagueña, se moría de afán de refrigerarse en aquella fuente divina, notaba á la vez una levadura de cólera, un prurito de buscar motivos de enojo contra Rosario. Diríase que al entregar su porvenir, pedía ya de antemano cuentas de la magnitud del don. Otra contradicción muy humana: mientras la idea de que Rosario servía de modelo á Viodal le sacaba de quicio..... la misma sospecha encendía en sus venas fuego de fiebre, y su deseo se exaltaba hasta convertirse en impulso homicida.

—¡Servirle de modelo! ¡Qué vergüenza! — repetía crispando los puños sin notarlos.

—No he servido de modelo al tío..... para..... el cuerpo..... sino cuando era chiquita, de dos años, — balbuceó Rosario abochornada.—Me retrató de ángel en un techo. Después sólo me puse para las manos y las cabezas. ¡Mi tío me respeta y me tiene más cariño que usted! Adiós, hemos concluído de hablar..... No debió llamarme.

Y levantándose airada, secos los párpados, volvió la espalda á

Felipe. Este agarró la falda de la chilena, la cual, al querer desprenderse, le vió cambiado por completo, azules y serenos los ojos, sonriente la boca juvenil.

—Váyase usted, Rosario, deje á este loco..... Déjele usted entregado á su mal sino; no se ocupe más de él..... Pero antes, perdóneme.

—¿Qué tienes, Felipe?—murmuró ella aplacada ya, ¡ocupando de nuevo su sitio en el banco.—Nunca me habías hablado tan de corazón negro. ¿No ves que el tío es para mí como un padre? Ha socorrido á mi madre, ha protegido mi niñez; le debo hasta el conocerte. ¿Por qué te pones así? Se me figura que hoy te sucede algo raro.....

—No preguntes lo que me sucede—contestó Felipe, mostrando alegría pueril.—Lo que me sucede, es que te necesito; que sólo tú puedes, en estas circunstancias, hacerme un bien incalculable..... Espero de ti nada menos que la salvación. Se acabaron los disgustos..... Ya pasó el enfado. Esta conferencia es decisiva, nena. Decisiva para los dos. ¿Creías que se trataba de una cita amorosa? ¡Bah! No he venido á eso..... He venido á proponerte..... ¡Adivina! ¡Adivina!

—Dímelo tú, para que me guste más—respondió ella transportada.

—He venido á proponerte que seas mi esposa—articuló Felipe no sin esfuerzo. Parecía que las palabras, al pasar por su garganta, tropezaban en algo que no las quería dejar salir.

Rosario cerró los párpados. Su sangre, apresurándose con deliciosa agitación, vino á inundar su corazón palpitante. Por un momento, la intensidad de la emoción la quitó el sentido.

—¡Tontina!—murmuró apasionadamente Felipe, que en aquel momento se encontraba libre de dudas, y contento como el que realiza una buena acción.—Qué, ¿te vas á desmayar por eso? ¿No es natural que si te quiero sea tu marido?

—Felipe—respondió ella, recobrándose y alzando el velo—déjame respirar. La alegría también hace daño. Desde que te quiero nunca estoy en mi estado normal: ó loca de contento, ó desesperada, ó impaciente, ó aturdida. Esos días atrás pensé morirme, porque discurrí: “Vamos, esta es la cierta: se ha cansado, se le ha pasado el caprichillo.....”

—¿Y de donde sacabas tú imaginaciones semejantes. nena? ¿De que yo no iba por el taller? Famosa razón. En el taller ya no pienso poner los pies en mi vida. ¡Para ver, ó para figurarme que veo tu retrato en el boceto de la Samaritana, ese cuadro que tu tío esconde como un tesoro! Si es cierto que me quieres, no vuelvas á servir de modelo, Rosario, ni para los ojos. ¡Tus ojos!..... ¡No faltaba más! Promete.....

—Así será, Felipe. No hables de lo que pasó..... Estoy tan contenta..... Creo que sueño..... No te incomodes..... Recelaba que no pensases en mí para nada bueno ni honrado! Yo no tengo de qué acusarme; no me creo mala; pero al fin..... desde la niñez vivo entre artistas..... he oído mil conversaciones..... quedé huérfana muy chiquita..... la sombra de un tío no es la sombra de una madre! Aunque mi conciencia está limpia, mi educación, bien lo comprendo, no es como la de otras señoritas de mi edad..... Hoy, que me hablas de matrimonio, desearía haber salido ayer del convento..... con la venda de la ignorancia en los ojos..... como nos queréis á las mujeres los hombres! A la verdad, no me atrevía á esperar que vieses en mí más que un devaneo. “El se casará—discurría yo—con una señorita de alta clase, de esas que en su elevada condición social tienen escudo, no sólo contra el mal, sino también contra la maledicencia.”

—Vamos, que ideaste tu novelita correspondiente..... ¿Y en qué te fundabas para colgarme tales propósitos?

—En que.....—respondió ella trazando con la sombrilla rayas paralelas en el suelo,—en que tú..... no eres cualquiera, que eres un gran personaje..... ¡Y tan grande! Tú eres hijo de un rey.....

—¡No es exacto!—declaró Felipe apretando los dientes.—¿Quién te ha contado paparruchas? Soy hijo natural de una bailarina que se llamaba Ada Flaviani.

—Y del rey de Dacia—insistió con tierna obstinación, con cierto matíz de orgullo Rosario.—¡Pocas veces que nos ha contado esa historia Dauff! Como que tampoco eres hijo natural (¿á qué inventas eso, malas entrañas?), sino legítimo, y muy legítimo: tu madre se casó con el príncipe dos años antes de que tú soñases en nacer. Sólo que los intrigantes y los ambiciosos anularon el matrimonio; porque cuando hay influencias y dinero..... se hace lo que se quiere, aunque sea una maldad. Ya ves cómo mis miedos eran cosa justa. No somos iguales.

—¡Qué hemos de ser! Tú vales más que yo—declaró sinceramente Felipe.

El regatón de la sombrilla de Rosario marcó otros signos en la arena. El hábito de dibujar al carbón y al difumino con rapidez y maestría se revelaba en aquel juego; en menos que se dice, la sobrina de Viodal trazó un perfil humorístico de Felipe, sumamente parecido, y encima de la cabeza suspendió, como en el aire, una corona real..... Eran frecuentes en Rosario los saltos de la devoradora emoción á la aniñada travesura, y daban á su carácter y á su trato el atractivo peculiar de todo lo que varía y se mueve: el encanto del agua y de la llama, que nunca nos cansamos de ver. Sin embargo, esta vez la chiquillada no fué del gusto de Felipe, que se apresuró á borrar la corona con su bastón.....

Bajo el toldo de las ramas del cedro, revestida de su compacta hoja; bañados por el reflejo de un sol de invierno claro y tibio, que poco á poco se bebía la escarcha y despertaba el perfume de las violetas, ateridas por el frío en las platabandas, creíanse solos los enamorados. El lejano crugir de la arena cuando corría un niño, el rugir de una fiera ó el chillido de un ave exótica, aquilataban la grata sensación del aislamiento. Sin embargo, el hombre que aquella mañana también seguía desde lejos á Rosario hasta el Jardín, había seguido la víspera á Felipe hasta el taller de Viodal; y cuando la pareja se despidió lo más cerca posible de la verja, no sería difícil verle apostado en el malecón donde termina la puente de Austerlitz.

Todavía pudo Sebastián Miraya comunicar parte de sus investigaciones al duque de Moldau, antes que éste, habiendo justificado su estancia en París con consultas de padecimientos adquiridos en gloriosas campañas, regresase á Dacia por el *Orient Express*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Continuará.

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO NATURAL DE BORJA.

Mis dijes.—Barbaridades.—Dula de blasfemos.—Asombro de Europa.—El rey turba.—Los voluntarios de la libertad.—Vuelta á la monarquía.—Salvajadas.—Héroes en abundancia.—A conspirar tocan.—Me tientan.—Vil asesinato.—Desafío famoso.—La Marcha Real y el Trágala.

Desde 1868 al 74, llevé en la cadena del reloj una moneda de Tiberio, una cornetita, una medalla de la Virgen y un pito, todo de plata. Si me preguntaban ¿qué significan esos dijes? contestaba: La corneta, que soy militar; la medalla, católico; el pito, que silbo á los políticos que nos mandan, y la moneda que esto es un Tiberio.

Los estudiantes apaleaban á los catedráticos, y los aprendices de medicina se burlaban de los voluntarios de la libertad. Según un Hipócrates ateo, en Reus 300 hombres habían abjurado los errores del catolicismo; ¡qué brutos!. En Málaga fusilaron la imagen de la Virgen ¡qué valientes!; y no sé dónde una estatua de San José servía de blanco en un tiro de pistola. En algunos pueblos se prohibió salir el viático en público. Ni en la invasión de los bárbaros. Asesinaron al gobernador en Burgos, saquearon en Valls y Antequera, se insurreccionaron y hubo sangrientas refriegas en Zaragoza y Jerez. Sitieron á Málaga y Valencia. Cañonearon á Gracia. Hasta se alzaron los gallegos en Orense.

En Andalucía se fusilaba en nombre de la justicia y de la libertad, sin formación de sumaria, á los secuestradores y á los sospechosos de serlo.

Se morían de hambre los niños de la Inclusa y los oficiales retirados. Atropellaban al clero y á las monjas. Se bailaba el asqueroso *Can-can*, se predicaba el amor libre; la enseñanza era libre; se enseñaba todo; se vendían las niñas de diez á doce años. Se blasfemaba en el Congreso, y aplaudían los animales; una dula de diputados, no por ateos, allá ellos, sino por bestias, que deshonoraban la libertad, hiriendo el sentimiento religioso de la mayoría de los españoles y encendiendo la horrible guerra civil. Repetían que Europa nos miraba con asombro; admiraban su brutal impiedad.

Milans del Bosch dijo que presentaría las armas al pueblo rey y no las rendiría al pueblo-turba. Aquél encarama á los que le adulan; éste, desengañado, arrastra.

A los maestros de escuela y á los médicos no les pagaban en los pueblos, á pesar de que muchos eran exaltados liberales, con la idea de mejorar de posición y llegar á ser gobenadores civiles, creyéndose sabios, comparados con los pobres lugareños, que valían más que ellos. El ilustrar y curar les tenía sin cuidado.

En Madrid, un aristócrata antiguo quiso hacerse célebre con una barbaridad. Pidió en el Ayuntamiento que se destruyera el palacio real, joya del arte, uno de los mejores del mundo. El alcalde demócrata se opuso á que constara en el acta tan brutal proposición. Un colega en política y clase del Erostrato mencionado, me llevó á casa de éste para ver un curioso retrato. Me recibió con descortesía y le volví la espalda sin mirar la pintura ni su cara.

Según *La Gorda*, las armas de España con honra eran una piqueta, una cuchara y un fusil en campo sucio, con el lema «*Paso, que mancho*». Burlándose de las manifestaciones, bullangas y motines, que habían convertido á la nación libre ó *liebre*, como la llamaba un baturro, en campo de Agramante, añadía:

«¡Vivan Lutero y Mahoma!
 —¡Abajo el Papa y la misa!
 —¡Quede el clero sin camisa!
 —¡Muera el Nuncio!
 —¡Muera Roma!

*(En esta improvisación
 suena de repente un tiro.)*

—¡No correr! Es un suspiro
 de la manifestación.»

Al Senado y al Congreso sólo he ido á ver los objetos artísticos que contienen. Jamás he asistido á las sesiones. Leía las de la época revolucionaria. Ruiz Zorrilla dijo en una: «Siempre he sostenido que la Milicia nacional era una negación de la libertad.» Salmerón replicó «que era ciencia la milicia ciudadana». Yo, átomo, comparado con tan grandes políticos, creo que la referida institución fué arte de pescar empleos y destruir la nación.

Prim, que como buen sastre conocía el paño, dijo en el Congreso «que los voluntarios de la libertad, en campo raso, serían vencidos.» Al abrirse las Cortes de la Revolución se metieron por las vidrieras; una tendera preguntó:—Chico, ¿ha caído una piedra en el escaparate?—No, señora; es un voluntario de la libertad. Los voluntarios de la libertad, al dirigirse en 1869 al monumento del Dos de Mayo, tocaban la *Marsellesa*. Insultaban á las víctimas, como los franceses de Murat. Habían degenerado de los milicianos isabelinos y de los voluntarios realistas, que he tenido la desgracia de conocer.

La Asamblea democrática restableció la monarquía, cabeza de la aristocracia. Mientras encontraban rey nombraron regente á Serrano, jefe de los unionistas que se sublevaron por chupar. Decían que Prim, para seguir mandando, metió en una jaula de oro al duque de la Torre. A los diputados ateos *levantados* de manos que insultaban á la Virgen y blasfemaban de la Santísima Trinidad, advirtió el general Serrano que *no debían meterse en la vida privada de esos ilustres personajes.*

E. M.—Enero 1897.

Desde Carlos IV no existían alhajas de la Corona. Acusaron en las Cortes que las habían robado Isabel II y la reina Cristina. Los liberales ingratos se olvidaron que ellas les habían traído las gallinas de la libertad.

Entre las salvajadas que se oyeron entonces, no fué la menor que á los sargentos asesinos del 22 de Junio los premiaron por defender la libertad. A ésta que creemos santa y adoramos los que no somos liberales ni pertenecemos á pandillas políticas, llenaban de lodo asqueroso. Oí que un sargente de artillería de los que el 66 mataron á sus oficiales solicitó el 68 una gracia porque *se distinguió* más que sus compañeros, hechos capitanes. Alegaba haber asesinado al coronel Puig. Aunque la instancia llevaba informe contrario, le concedieron el empleo de comandante en una de las armas generales, infamando al ejército. La disciplina huía avergonzada. ¡Y habrá militares revolucionarios!

Serrano preguntó en el Congreso:—¿Hay muchos capaces de hacer lo que Izquierdo y Topete? Debieron contestarle:—Riego y Dulce. Por el primero se perdió América, y de ésta expulsaron al segundo.

Los jefes de insurrección ó motín, los conspiradores y cuantos promueven la guerra civil, deben pagar por los mulos de reata que les siguen. Si se quejan, se les refiere el cuento del baturro que al oír medio dormido que un predicador decía: «Prendieron á Nuestro Señor Jesucristo en el huerto de Gethsemani», creyó que era en el suyo, porque se llamaba José Marín, y grito:—«*Pa qué jué.*»

Las leyes penales de las antiguas ordenanzas militares decían: «Aunque no lleguen á diez los tumultuantes, el motor siempre debe morir.» Las reformaron y echaron á perder. Suprimieron la misa del Espíritu-Santo, que precedía al Consejo de guerra, acto conmovedor, sobre todo cuando se celebraba en campaña al aire libre; al preguntar al conservador y católico que autorizó el desatino—¿Qué ha hecho usted? contestó:—Firmé sin leer.

Un gobernador civil, al participar el fusilamiento del carlista Balanzategui, decía: «*Lo que anuncio al público para su satisfacción.*» Así halagaba á las turbas, que, como las mujeres públicas, quieren más al que más las explota.

Un comandante revolucionario, muy bruto, ascendió en pocos meses á general; quiso que los oficiales de la guarnición le ayudaran á hacer un regalo á Prim, se negó un subalterno que tenía pocos cuartos, y al arrestarle por tan tremenda falta, exclamó: «¡Pero no suelto el duro!»

Al bajo adúlador disfrazado de liberal se le podía aplicar la fábula de *El águila y el caracol*:

—«¿Cómo con ese andar tan perezoso tan arriba viniste á visitarme?»

—Llegué, señora, respondió el baboso, á fuerza de arrastrarme.»

En Noviembre de 1869 hicieron 17 brigadieres. Algunos imitarían al caracol.

Un unionista, administrador del Retiro, para dar pruebas de liberal, quitó la cifra de Fernando VII de las verjas de la casa de fieras y dejó la de la reina Doña María Amalia. Al desaparecer la memoria del monarca, quedó la de su santa mujer como fundadora de la colección de animales.

Un gobernador civil prohibió las boinas blancas, armas, garrotes ó trancas que llevaban los que las usaban. De las boinas de otro color nada decía. Otro telegrafió al Ministerio que el pueblo se hallaba consternado, porque el cielo tenía color de sangre. La aurora boreal.

En Cataluña castigaron á varios oficiales del ejército, porque socorrían á sus compañeros que habían quedado de reemplazo y se hallaban en la miseria.

Un soldado de francos en la guerra civil de los siete años, se pronunció el 43, era comandante el 48, levantó una facción republicana, se batía unido á los carlistas contra las tropas de Isabel II y emigró á Francia con los rebeldes el 49. En 1860

era teniente coronel; se quejó á un brigadier que el coronel de su regimiento le hacía mandar el ejercicio, lo ignoraba, á su edad no podía aprender la táctica y se hallaba decidido á pedir el retiro. El 67 se volvió á sublevar y emigró de coronel. La revolución le nombró capitán general de varios distritos. En uno de ellos se le presentó el coronel, antiguo jefe de su regimiento en 1860. Pasaría buen rato. De capitán general dijo á los oficiales de un batallón de cazadores: «Los pillos que andan por la montaña los conozco; iban conmigo en 1848.» Aludía á los republicanos. Vistiendo de general, yendo en coche, para llamar á un amigo suyo, dió un silbido metiéndose los dedos en la boca. Mandando una columna, si se desherraba un caballo, exclamaba: — ¡Me ca.. en la caballería!; si rodaba un mulo:— ¡Me ca.. en la artillería!, — y si veía á los carlistas, gritaba:—Que avancen los cazadores de m..... (Mérida).

Quedó de teniente general cuando la restauración, y si le decían:—Ya no se meterá usted en historias—replicaba:—Tengo ya muchas onzas. — Le nombraron de la Junta Consultiva de Guerra. Pudo llegar á ser rey, los hubo sarracenos en las montañas de Prades, que recorrió defendiendo ó atacando á Isabel II; pero de una corporación encargada de proponer los medios de mejorar la organización del Ejército, no le habría ocurrido al que trató de asar la manteca. Se distinguió por su valor personal.

Un teniente se vendió varias veces como sustituto, hallándose empleado en una dirección. Imposible encontrarle. Conspiró de capitán el 66, y el 68 era brigadier. Llegó á general de división. En la hoja de servicios no constaban sus proezas. En el ejército las sabían.

Uno, por ser hijo de su padre, ascendió tan joven á jefe de batallón, que le pusieron quien le ayudara. De general absolutista, por vengarse, se democratizó. Ofreció en 1868 sublevar las tropas de un distrito: dudaban de su valor, le acompañaron varios conspiradores al ferrocarril, le vieron marchar, se bajó en la primera estación y se volvió á Madrid.

Hazaña que la revolución y la restauración premiaron espléndidamente. Explotó á tirios y troyanos. Un talento.

Un brigadier progresista publicó durante la revolución el siguiente Boletín extraordinario: «Declaro por única y última vez, que en el terreno de las represalias, cualquiera que sea el atentado, lo castigaré en la proporción de uno á tres y hasta diez, según los casos, porque más carne carlista que liberal hay en Vizcaya.» A los cinco días de la amenaza lo venció la carne carlista. Se lució.

Para tipo de ingratitud, el hijo de un amigo de Narváez. Sin méritos ni instrucción, pasó rápidamente de capitán á brigadier. Isabel II se empeñó en hacerle mariscal de campo y ella misma le escribió dándole la noticia. Le colocaron de gobernador de una plaza fuerte, como hombre de confianza: se presentó Prim con las fragatas sublevadas por Topete, le entregó la guarnición, y en Alcolea, por el segundo entorchado, contribuyó á destronar á su reina y bienhechora.

Un sargento se pasó á los carlistas en la primera guerra civil; á los pocos días se incorporó á un partidario liberal: se hallaba de mayor de plaza el 68, se sublevó contra el gobernador, al cual debía muchos favores, y lo hicieron mariscal de campo. Así dictaba los oficios al escribiente: «Excelentísimo Sr.:—Habiendo llegado»; llegado, repetía el amanuense,—¿cuántas palabras van?—le preguntaba el general.—Cuatro.—Ponga usted punto y coma; «y no encontrando al cobarde enemigo», migo, añadía el sargento. —Y ahora, ¿cuántas van?—El escribiente contestaba:—Diez, mi general;—éste le mandaba muy serio, dándose importancia por su gran sabiduría:—Ponga punto final.—Aunque durante la revolución predicaba el exterminio de los alfonsinos, se apresuró el 14 de Enero de 1875 á esperar en palacio al rey D. Alfonso XII, haciéndole mil reverencias y zalamerías. El beso de Judas. Para tenerle contento le nombraron vocal de la Junta de Ordenanzas, sin duda por lo mucho que había faltado á ellas.

Repito que en tiempo de revueltas se encaraman á los primeros puestos algunos que en épocas normales nadie conocería. Los que pertenecen á la milicia, como ésta debe ser escuela de caballeros, huelen peor. También hay á quien le pesa haber obrado mal.

Servía en un batallón de cazadores un capitán aragonés, joven de buena familia, hermosa presencia, instruído y valiente. Se jugó su patrimonio, adquirió deudas, y como los conspiradores buscaban oficiales que se hallaban en ese caso, contrajo con ellos el compromiso de prender al general que mandaba en un cuartel de Madrid cuando Prim se sublevó el 3 de Enero de 1866. El 68 le hicieron coronel. De brigadier el 75, tuvo que ponerse á las órdenes del mismo general que debió prender, y del cual había recibido muestras de aprecio. El antiguo conspirador, lleno de remordimientos, quiso separarse del servicio para evitar presentarse al general. Éste, que seguía el método adoptado por la restauración de atraerse á los revolucionarios, le dijo:— Amigo, lo pasado, pasado; no hay que recordarlo. — Con tal política puede suceder que en trances apurados los malos desaparezcan por costumbre y los buenos porque no se les ha hecho justicia. El capitán del año 66, caviloso y arrepentido de lo que ejecutó contra sus ideas y sentimientos, murió loco al poco tiempo. Lo cité ya.

Escoda, que de paisano hicieron coronel, mandaba á los carabineros en Navarra. Prometió pasarse á los carlistas, firmó un acta, con la vil intención de coger á los jefes al atravesar la frontera y fusilarlos. Sospecharon, tomaron precauciones al acudir al punto marcado y se salvaron. Si el héroe de Alió hubiera salido bien de su empresa, le dan la faja. Fué una injusticia no llegara á general. Los carlistas, desde entonces, á la traición llamaban escodada. Muerto Prim, Escoda quiso conspirar con los alfonsinos.

La quinta esencia liberal, el pontífice del federalismo, Pí Margall, dijo en las Cortes el 20 de Junio del 69: «Las provincias están entregadas á gobernadores civiles *ineptos* y á

capitanes generales bárbaros y estúpidos.» *La España con honra* pintada al fresco por un artista catalán.

Feliz época la de 1869. Menos los que comían á dos carrillos, los que creen la milicia una religión, los que trabajan y sufren, todos los políticos conspiraban. Los republicanos públicamente, los carlistas noche y día y los moderados excitando á los oficiales del ejército á sublevarse.

Un general que hicieron marqués por vencer á los carlistas en 1844, se encargó de los que conspiraban en Cataluña el 69. Otro general revolucionario el 68, exigió, para comprometerse por D. Carlos, que depositasen 20.000 duros en el Banco de España. Un conde, título ganado por su padre al tomar un pueblo que ocupaban las tropas del pretendiente en la primera guerra civil, era el agente del duque de Madrid. Éste, cuando se acabó la campaña y emigró á Francia el 76, entregó su correspondencia particular para que se publicara, comprometiéndolo á sus necios servidores. El Gobierno la compró, evitando se comprobaran hechos repugnantes. ¡Cuánta miseria y suciedad!

Aunque era pública mi aversión á la gloriosa, pocas veces me propusieron variarse de bandera, como á muchos generales, jefes y oficiales del ejército. O consideraban que valía yo poco, ó que era perder el tiempo. Lo mismo me sucedió con los revolucionarios el 54, el 66, y el 74 con los alfonsistas. Un general me dijo, olvidando que D. Carlos despreció sus servicios en 1836:—Nuestra bandera es la carlista.—Mía, no,—contesté. La restauración le colmó de gracias.

Una moderada muy borrica, me aconsejó que conspirase para que volviese su partido.—Ya,—la repliqué,—para que coloquen en seguida á su marido. Si me fusilan por hacerlo, exclamará usted: ¡Pobre, tan aficionado como era á las anti-güedades!—¡Vaya un *Requiem!*

Me presentaron á un exministro ultramoderado, gobernador que fué de Madrid y antiguo periodista. Al oír que yo era enemigo de la revolución y que no quería volver al ejército

sino á la fuerza, me aconsejó debía ejecutarlo en seguida, y pronunciarme con el batallón ó regimiento que mandaba, á favor del príncipe de Asturias. Le manifesté que yo por nadie cometería una felonía, y añadió:—Si todos los alfonsistas fueran como usted, jamás volvería D. Alfonso.—Si todos fueran como yo, aún reinaría su madre, — le repliqué. El referido personaje quería le ayudara á ser ministro otra vez, reirse y despreciarme.

En 1870 frecuentaba yo la casa de un progresista que sacaba utilidad politiquando. De él repetía un paisano suyo y mío muy cerril:—No hagais caso de ese farol, metido á diputado para enriquecerse con contratas. Siendo yo cabo furriel, para que no se muriera de hambre le llevaba á la guardilla donde vivía en Madrid, judías, garbanzos, arroz y tocino, que robaba del rancho á los soldados de mi compañía, diciéndole:—Anda p..... come á costa de mi conciencia.»

Hablaba yo con el político-contratista, se llevó la mano á la boca y gritó desesperado:—¡Caramba! me he tragado un diente postizo.—Al otro día observé no le faltaba ninguno y le pregunté:—¿Pareció?—Sí.—Calculé el viaje que había hecho el diente antes de ocupar nuevamente su sitio.

En la noche del 27 de Diciembre dije al liberal por conveniencia:—Va á nevar, me duelen mucho las heridas.—Si ahora estaba raso, replicó.—No importa.—A poco rato caía la nieve en abundancia. Fuí al café de Fornos; solo había tres aragoneses muy tranquilos. Les pregunté:—¿Qué pasa?—Uno de mis paisanos, juez cesante, furibundo reaccionario, la gloriosa le había limpiado el comedero, expresión repugnante que oí por primera vez á un vicalvarista, respondió con aire de lástima, señalándome:—Ahí le tienen ustedes. No sabe nada. De poco le sirve andar todo el día de una parte á otra.—¿Qué hay?, añadí.—Poca cosa; han muerto á Prim.—Observó el gran efecto que me causaba la noticia, y prosiguió con la mayor calma.—Aún no ha muerto. ¡Ojalá que en cada herida, de las muchas que le han hecho, quepan, riñendo, dos perros rabiosos!

—¡Qué atrocidad!, exclamé.—¿Lo siente usted?, continuó.— Sí; el asesinato siempre es vil.—Yo me alegro, y más que lo hayan hecho Serrano, Montpensier, y la unión liberal. Les conviene.—No tenía razón el excurial. Le cegaba la pasión política y la cesantía: antes había sido intolerante progresista.

El Combate, periódico que dirigía Paul y Angulo, llamó cobarde á Prim y amenazó matarle en la calle como á un perro. El ruín gacetillero insultaba con tinta. Prim bromeó con los diputados republicanos; le dijeron: «A cada uno le llega su san Martín», y salió del Congreso. Al desembocar por la calle del Turco á la de Alcalá se detuvo la berlina, porque habían atravesado un coche de plaza. Los asesinos rompieron los cristales, metieron los trabucos, disparando tres por cada lado, hirieron al ayudante, y al conde de Reus le destrozaron la mano y la paletilla. Prim subió la escalera del Ministerio, y aunque gravísimo, al que le preguntaba respondía: «No es nada, no es nada.» Cuentan que dijo conoció á Paul y Angulo. Después de tanto tiempo nada se ha averiguado. Aquel día nefasto, horas después de cometido el crimen, dió parte la policía sin novedad. Prim expiró el 30. Ví salir del palacio de Buenavista el féretro que contenía el cadáver de Prim. El carruaje que lo conducía fué el primero que bajó por la rampa del recién construído jardín del Ministerio de la Guerra. En la comitiva iban el famoso coronel Camino, que había desaparecido de la escena desde que triunfó la revolución, y un oficial, hijo de un general, que al echar á los empleados que tenían por reaccionarios del Ministerio de la Guerra, le dijeron: «A usted le dejamos aquí porque matamos á su padre el 67.» Después fué ayudante de campo. Yo, antes me muero de hambre.

El clero, los militares que no se pronuncian y las mujeres, eran enemigos de la revolución. Al saber una señora que Prim había muerto preguntó:—¿Ha recibido los Sacramentos?—No, le contestaron.—Mejor, así habrá ido á los infiernos.—Cuentan que una beata al confesarse, dijo:—Me acuso de que me alegré mataran á Prim.—Hija, replicó el cura, yo también. Un coro-

nel aragonés, que jamás se sublevó (mandó en la batalla de Castillejos la última compañía que se retiró cuando los moros picaban la retaguardia), no pegó fuego al cadáver de Prim en Atocha, por no quemar la iglesia. Otro militar, siempre que pasaba por la calle del Turco, aumentaba con la punta del bastón las huellas de las balas que hirieron á Prim. El rencor político pervierte á la humanidad.

Cuando los padrinos de Montpensier dieron la noticia á Prim que su ahijado había muerto en desafío al infante Don Enrique, el conde de Reus al oirlo, llevándose las manos á la cabeza, exclamó:—¡Qué lástima no haya sido al revés! Me habría librado de la baja y penosa insistencia con que solicita el trono de su cuñada. Todos los días, muy temprano, para no llamar la atención, viene á verme.» Tanto valía el hijo del infante D. Francisco como el de Luis Felipe.

D. Juan Prim nació en Reus el 6 de Diciembre de 1814. En la primera guerra civil pasó, por su valor, de soldado de francos á teniente coronel de infantería. Se sublevó en 1843 contra Espartero, lo venció Zurbano en Reus: á los dos hicieron condes de esta población, y los progresistas, ingratos, como todos los políticos, reconocieron el título al vencido, olvidando al que murió por ellos en 1844.

En tres meses, Prim ascendió de teniente coronel á mariscal de campo. Trató de matar á Narváez; condenado á seis años de castillo, le indultaron nombrándole capitán general de Puerto Rico. El 56 fué unionista, el 60 mandó un cuerpo de ejército en la guerra de África, le hicieron Grande de España, al cubrirse ofreció defender con su espada á Isabel II, y en 1868 la destronó. Al desembarcar Prim en Barcelona, el populacho se empeñó en que se arrancase la corona de la gorra de marino que llevaba; despreció los gritos de la canalla. La odiaba porque los demócratas catalanes insultaron á su madre en 1854.

Las generaciones futuras reconocerán á Prim la gloria que ganó en la campaña de África en 1860, y el que hubiera reem-

barcado sin orden del Gobierno las tropas que mandaba en Méjico; pero no le perdonarán la sangre que derramó y los males que causó á su patria en luchas civiles. Prim, en la primera revista que pasó al ejército en Madrid después de estallar la revolución, mandó á las bandas tocaran la Marcha real borbónica. Era aristócrata por temperamento, instinto y modo de pensar. Odiaba y despreciaba al populacho; no temió sus au-llidos el 54 ni el 68. Si hubiera vivido, habría evitado las guerras cantonal y carlista, tuviera otro fin la revolución, no se conviniera con los canallas separatistas de Cuba. El marqués de los Castillejos, por su valor, ha quedado como heroe legendario, sobre todo en Cataluña. Al ver un catalán la estatua del famoso pintor Murillo, que hay en Madrid, exclamó entusiasmado: *¡Morillo, Morillo de Tarragona! el que se pronunsió en Reus ab en Prim el 43.*

Como la Constitución elaborada en 1869 establecía la forma monárquica, aunque en la cantidad menor posible, era preciso elegir rey que sirviese de pantalla á los revolucionarios. Propusieron la corona los aficionados á la unión ibérica á D. Fernando de Portugal, que la rehusó. Estaba casado con una ex bailarina... Me consta que el general Prim con varios personajes lusitanos trabajaron para formar una Nación de España y Portugal. Si lo hubieran conseguido, habrían pasado sus nombres á la posteridad llenos de gloria.

Los incorregibles y tontos progresistas deseaban elegir por rey á D. Baldomero Espartero, digno de tales súbditos: publicaron el retrato del hijo de la tía Perdiz con corona, manto y cetro. Resultó una caricatura.

Los unionistas presentaron como candidato á Montpensier. La opinión se volvió airada contra el cuñado de Isabel II. No le valió entrar en Madrid, para popularizarse, con chanclos y el paraguas debajo del brazo.

Al príncipe de Hohenzollern Sigmaringen, cuyo nombre era tan fácil de pronunciar por los españoles como que en ellos tuviese partidarios, se opuso Napoleón III, y fué causa de la

guerra entre Alemania y Francia, que tan desastrosa fué para nuestros vecinos traspirenaicos. La gente le llamaba ¡Ole! ¡Ole!, y decían en broma que los progresistas deseaban: «Olla sorda, sin laringe.» De él sólo nos quedó lo siguiente:

Prim está Hohenzollernsigmaringenado;
 ¿Quién lo deshohenzollernsigmaringenará?
 El deshohenzollernsigmaringenador que lo deshohenzollernsigmaringenare,
 Buen deshohenzollernsigmaringenador será.

Recordé que Napoleón III quiso en 1860 robarnos desde el Pirineo á la izquierda del Ebro; me alegré de la vergonzosa catástrofe de Sedán, de que Alemania se quedase con Alsacia-Lorena, y que la fatuidad francesa recibiese el castigo merecido.

La infanta Doña Carlota contribuyó á que Fernando VII revocara la ley sálica, establecida por Felipe V, y á que fuese reina gobernadora su hermana Doña Cristina. Conspiró y politiquéó, apoyándola su marido el infante D. Francisco, jefe de las logias masónicas. Por ambición destruían la patria que los mantenía. De sus dos hijos varones, D. Francisco casó con Isabel II, y porque D. Enrique no lo consiguió se hizo revolucionario desde 1846. Le empujaron los republicanos contra Montpensier para inutilizar á los dos, le hicieron publicar un papel llamando cobarde al cuñado de la reina, el cual le mató en desafío. Con gran farsa acompañaron los masones por las calles de Madrid el cadáver del infante, categoría que le concedió por gracia Fernando VII. Lo mismo en Castilla que en Aragón sólo son infantes los hijos ó hermanos de reyes.

El Consejo de Guerra condenó á Montpensier á un mes de arresto y cinco mil duros de indemnización á la familia de Don Enrique: el precio de la sangre.

Antonio de Orleans explotó á Isabel II, que le nombró capitán general de ejército sin haber mandado un soldado. En pago, adelantó dinero para destronarla y promovió la guerra civil. Córdoba en sus memorias dice, que, en nombre de la

unión liberal, le ofreció el trono cuando vacara. Es indudable que ganó á los marinos; no estuvo en Alcolea, ofreció su espada al Gobierno revolucionario, subvencionó periódicos, hizo mil bajezas y no consiguió ser rey de una nación hidalga.

Si el nieto de Felipe Igualdad llega á mandar en España, hasta las piedras se hubieran sublevado contra el odiado gabacho.

Un pintor hizo un cuadro de la marina pronunciada en Cádiz en 1868. Como había pasado la ocasión de venderlo, le aconsejé que lo regalase á Montpensier cuando éste buscaba partidarios que le ayudasen á sentarse en el trono. Lo verificó, y el francés le remuneró con unos gemelos que valían tan poco como la pintura.

Un periódico que se publicó durante la revolución dijo: «Usted que sabe historia: ¿Quién es la doncella de Orleans?— Hombre, la espada de Montpensier.» A éste y á su víctima D. Enrique se puede aplicar lo que dice el Dante de los que no merecen ni loa ni desprecio. «El cielo los arrojó y el infierno no los admitió.» *No ragionar di loor, m' aguarda e pasa.* Sigamos adelante; no nos ocupemos más de ellos.

La revolución no inspiró á poetas ni á músicos. Cuando mataron á Prim cantaba un ciego lo siguiente:

«Quién te lo había de decir
valiente campeón,
que habías de morir
dentro de un faetón.»

Sólo me gustó un himno que tocaron en una manifestación republicana.

El Gobierno quiso sustituir la Marcha real con una nacional. Se presentaron al certamen 447 composiciones. Los maestros nombrados para examinarlas manifestaron que «todos estábamos acostumbrados á considerar como símbolo de las majestades divina y humana los nobles y sencillos acordes de nuestra antigua Marcha real, que es artísticamente de lo mejor

y más apropiado que puede inventarse... El Jurado ha acordado, por unanimidad, que entre todas las marchas presentadas no hay ninguna que merezca los premios ofrecidos.»

Por orden de 15 de Diciembre de 1870 se dió por terminado el concurso. Fué de las últimas disposiciones de Prim.

El *trágala* brutal de los liberales y la estúpida *pitita* de los realistas se llevaban poco.

De la *Colección de canciones patrióticas* que dedica al ciudadano Rafael del Riego, y á los valientes que han seguido sus huellas, el ciudadano Mariano Cabrerizo, que se imprimió en Valencia, ilustrada con música y grabados, el mismo año 1823, que por culpa de Fernando VII y de Riego nos deshonró la invasión francesa copiamos lo siguiente:

A LOS PANCISTAS

—

CORO

Tú que no quieres
lo que queremos,
la ley preciosa
do está el bien nuestro;
trágala, trágala,
trágala, perro.

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS

Recordaba en el artículo precedente las peripecias por que pasó, en la noche de su estreno, el hermosísimo drama de Tamayo, titulado *Lances de honor*, que pudo tener un éxito casi tan grande como el de *El drama nuevo*, y que vino á tropezar casi en su última frase con una de esas caprichosas injusticias del público, que son el terror de los autores y la desesperación de las personas imparciales.

Hablé, digo, de *Lances de honor*, y los recuerdos son como las cerezas: unos se enredan con otros y cuando de uno se tira, tras él viene toda una ristra.

Digo esto, protestando previamente de que por la anterior imagen, es decir, por esta imagen de las cerezas, no me propongo pedir privilegio de invención; digo esto, repito, porque el recuerdo de los *Lances de honor*, de Tamayo, ha despertado en mí otro recuerdo: el de mi primer lance de honor.

Y no se alarmen mis lectores, que no voy á contar heroicidades. Entre las muchas virtudes que me adornan, es una de ellas la de no ser jactancioso.

Ni me doy por heroe, ni por caballero andante, ni por gran espadachín, ni por valiente en demasía.

Tampoco he sido nunca camorrista: de modo que si tuve un lance de honor, la culpa no estuvo de mi parte.

*
* *

Tenía yo veintitrés años, poco más ó menos. Acababa de venir de profesor á la Escuela de Caminos. Era ya todo un personaje del orden científico, ó al menos, esta idea tenía yo de mí mismo. Y como, por otra parte, mi afición al teatro Real era grandísima, decidí *abonarme á butaca*.

Esta había sido siempre una de mis mayores ambiciones. Yo había visto durante cinco años el teatro Real desde las mayores alturas del paraíso. Poquísimas veces había osado descender á las delanteras del mismo, y cuando por azar descendía, desde ellas, contemplaba, con vista codiciosa, no diré los *palcos*—que mi ambición, con ser grande, no llegaba á esas regiones inaccesibles—pero sí las *butacas*.

¡Ir á butaca! ¡Qué triunfo, y qué gloria, y qué esperanza tan remota!

Todos aquellos señores, que yo veía allá abajo de frac y corbata blanca, me parecían príncipes y reyes disfrazados.

Por fin, llegó para mí la hora del triunfo. Era también la hora de la vanidad para la clase media. Al paraíso habían ido, como yo, durante muchos años, señoras muy finas y caballeros de posición; en suma, por aquel entonces la burguesía no se avergonzaba de ir al paraíso. Al paraíso iba el director de nuestra Escuela, por ejemplo. Pero la clase media quería descender á las butacas, y yo sentí el contagio, quise tener butaca también, y me aboné á diario.

La verdad es que el abono á butaca era entonces muy barato: 16 reales me costaba; y como yo nunca he sido gastador—otra virtud más, que deseo que conste y que se aumente á la lista—y como, además, vivía con mis padres, el capricho de

ser *abonado al Real* era para mí un capricho lícito y que no desequilibraba mi presupuesto. Yo entonces no fumaba, no bebía, no he jugado nunca, conque bien podía permitirme el lírico derroche de un abono al regio coliseo.

Me aboné, pues, simal no recuerdo á fila cuarta y en butaca del callejón. Había sido tardío pero seguro. Era una de las mejores butacas del teatro Real.

¡Oh, la vanidad humana, y qué cara puede costar! Mientras fuí al paraíso, viví seguro y no tuve ni la menor riña, ni el menor disgusto, ni la más insignificante disputa. Era un modesto estudiante perdido en aquella enorme gradería, que por una parte parece subir hasta el cielo, y por otra parte diríase que se precipita en el escenario, descendiendo hacia él en majestuoso plano inclinado.

Pues en cuanto me puse frac y me anudé corbata blanca, y bajé á la platea y anduve entre aquellos señores de pechera almidonada, que me parecían príncipes oyendo de incógnito música italiana, desde aquel momento, repito, ya estuve en peligro, como verán mis lectores. Yo, el más atento, el más cortés, el menos camorrista de todos aquellos señores, tuve ya mi correspondiente lance de honor.

Veamos cómo fué.

Era una noche. Y era natural que fuese una noche, porque generalmente de noche se cantan las óperas en el teatro Real. Pero de todos modos yo no faltó á la verdad al decir que *era una noche*. Y lo que más importa es que mis recuerdos sean verdaderos.

Era, vuelvo á decir, una noche. Y yo, de frac y corbata blanca, y hecho todo un señor por lo tanto, ocupaba mi butaca del callejón, fila cuarta.

Cantaban no sé que ópera y estaban ya en el último acto.

De pronto se abrió la mampara del fondo del teatro y entró un caballero apresuradamente por el solemne y temeroso callejón. Lo atravesó todo él y llegó hasta mí: es decir, hasta emparejar con mi butaca y mi persona, y en llegando se detuvo.

E. M.—Enero 1897.

5

Yo tranquilo y confiado: como que nada me pesaba sobre la conciencia.

Pero ¿de qué sirve la tranquilidad del inocente, si la inocencia está siempre al borde del abismo y á merced del malvado?

«Caballero» —oí que me decía el otro caballero, es decir, el que acababa de entrar.

Levanté la vista y le miré. Era un señor como de unos treinta y seis ó cuarenta años. Alto, fornido, de cara fosca, bigote negro y espeso, ademán imperioso, voz gruesa y áspera.

Levanté la vista, como queda explicado, y con cierta sorpresa le pregunté: «¿qué desea usted?»

(Y él me replicó: «la butaca que usted ocupa es la mía.»

¡Figúrese el lector si me causaría sorpresa semejante interpelación!

¡Haber estado cinco años en las alturas del paraíso contemplando aquella espléndida platea! ¡Haber llegado á ser profesor de la Escuela de Caminos! ¡Haber gastado de mi sueldo más de dos mil reales en abonarme por toda la temporada! ¡Haber conseguido la mejor butaca del teatro! ¡Sentirme dueño de ella hasta la médula de los huesos, y venir aquel señor de los bigotes negros y de la cara fosca á disputármela brutalmente entre los acordes de la espléndida orquesta, díganme si no es motivo para darse á todos los diablos y para enviar con ellos al que con tamaña insolencia pretendía atropellar mi derecho!

Sin embargo, me contuve, porque tengo bastante sangre fría, aunque me esté mal el decirlo. Así es que le contesté con la mayor cortesía, pero con cierta sonrisa desdeñosa: «dispense usted, caballero, esta butaca es mía.»

Él empezó á encrespase y á levantar la voz, porque debía ser hombre de carácter violento. Y mirando el billete que traía en la mano, repitió varias veces: «le digo á usted que es mía: es mía; la compré esta mañana en el despacho.»

A lo cual yo repliqué, y ya se me empezó á remover la sangre: «pues si usted la compró esta mañana en el despacho, yo la compré hace tres meses en contaduría, porque le repito á usted que es butaca de abono.»

Y él, sin ceder en su terquedad, volvió á insistir, con tonos cada vez más desentonados, «en que yo estaba en un error, y que era suya la butaca.»

Aquello prometía convertirse en un escándalo, y á mí se me iba encendiendo la cara de vergüenza y ya me latían las sienes de ira.

«Como la butaca es mía—dijo él—es preciso que usted me la ceda». Y se veía que el hombre hacía esfuerzos por contenerse. Yo le repliqué: «como la butaca no es de usted, no encuentro razón para cedérsela; y si equivocadamente se la han vendido á usted, puede usted acudir al acomodador ó puede usted ir al despacho á que deshagan la equivocación.»

Él, ya sin poder contenerse, juró que ni se movería de aquel sitio ni pensaba tampoco buscar al acomodador; el cual (dicho sea entre paréntesis) no aparecía por ninguna parte del horizonte visible.

«Pues haga usted lo que guste»—le dije yo, con tono ya un poco agresivo, porque iba perdiendo la calma, aunque no tanto como él; cosa que, por otra parte, se explica fácilmente. Yo estaba sentado en mi butaca y él estaba de pie, en el centro del callejón y expuesto á las miradas de todo el mundo. Que ya la gente de alrededor empezaba á fijarse en nosotros y á cuchichear.

Vinieron dos ó tres réplicas vivas por ambas partes, que fueron variaciones sobre el mismo tema.

El diciendo furioso:—«¡La butaca es mía; la he comprado!»—Y yo, con la voz descompuesta, replicándole:—«Está usted en un error; la butaca no es de usted, es de abono: y tenga usted la bondad de retirarse, porque no me deja usted oír la ópera.»

El hombre, al oír esto, perdió los estribos, si no es que ya

los había perdido antes, y acercándose más á mí me lanzó esta amenaza, con la voz bronca de un mal actor de melodrama:—
«Si no se levanta usted, le levantaré yo.»

Pero no en vano era yo un futuro autor dramático: mi réplica fué digna, enérgica y concisa: no sé cómo se me ocurrió, porque la verdad es, que empezaba á zumbarme la cabeza.

Cuando le oí decir «si no se levanta usted le levantaré yo», sin abandonar la butaca, pero acercándome un poco más á él, le repliqué:—«Vamos á ver cómo.»

Fueron palabras textuales: no las he olvidado, porque siempre me han parecido nobles y hasta heroicas, y sobre todo, un modelo de sobriedad.

Entretanto, y con la rapidez del pensamiento, calculé yo lo que iba á suceder.

En cuanto aquel salvaje me tocase, le cruzaba la cara. Era evidente, que él era mucho más fuerte que yo, y que entre sus manazas y sus brazos lo iba yo á pasar muy mal; pero no era menos evidente que las personas que nos rodeaban nos separarían en el acto.

El hombre, aunque estaba hecho una furia, vaciló un momento; no por temor á mí, en quien no podía ver más que un polluelo más ó menos atrevido, sino por temor al escándalo; pero ese momento de vacilación fué suficiente, para que un compañero mío, D. José Almazán, se levantase de su butaca y se interpusiera entre los dos.

«Dispense usted—le dijo,—está usted en un error; la butaca es de este caballero: está abonado á ella toda la temporada.»

D. José Almazán era ya, como vulgarmente se dice, un hombre hecho y derecho, de buena estatura y de representación. Me quería mucho, le había irritado la injusticia del intruso, y aunque las frases anteriores las pronunció en forma cortés, el acento era enérgico y un si es ó no es agresivo.

El intruso se paró en firme; pero dispuesto á no abandonar la partida, replicó con mal tono:—«Pero ¿estoy yo ciego? ¿No tengo aquí el billete de esa butaca?»

»Pero ¿qué dice el billete?—le pregunté.—«Mírelo usted» —me contestó.—Cogí el billete y leí en voz alta: «Fila 3.^a, número 2.» (No sé si era dos, porque no recuerdo por dónde empezaba la numeración; pero tanto da para el caso.)

»Pues eso es—dijo él, con aire de triunfo:—fila tercera, número dos.»

»Pues eso es—le repliqué yo, con cierta sorna;—por eso precisamente está usted equivocado: porque la butaca que yo ocupo es el número dos de la fila cuarta, y la de usted es la que está delante de la mía.»

»¿Pues no sé contar?—vociferó mi hombre, completamente desconcertado.—Una, dos, tres, precisamente la tercera: la mía.»

»En esta ocasión no sabe usted contar, ó no tiene usted costumbre de venir al teatro Real; porque la fila primera es la que está á un costado y á otro de la orquesta, y la que á usted le parecía primera es la segunda. De modo que esta butaca en que yo estoy no es de la fila tercera, sino de la cuarta.»

»¿Es decir, que mi butaca es esta?—dijo señalando á la que estaba delante de la mía.

»Sí, señor; esa es.»

»Esa es—le dijo Almazán;—y si no, vea usted el número de la fila.»

Se convenció el buen hombre de su error, y sin decir palabra fué á sentarse en su butaca.

Un momento después se volvió hacia mí, y con poca espontaneidad y tono siempre seco, me dijo: «Dispense usted.»

Y yo le repliqué en el acto: «En efecto, mucho hay que dispensar.» Frase textual, que ya demostraba en mí aficiones decididas á los diálogos dramáticos.

Su réplica no fué dramática, porque lo descortés no lo es nunca, ó no lo es sino en circunstancias muy excepcionales.

«Si no quiere usted dispensar,—replicó desdeñosamente—no dispense usted, y hemos acabado.»

Y yo, que ya estaba en posesión de mí mismo, le repliqué:

«Por ahora, tiene usted razón, hemos acabado; pero luego seguiremos.»

Él nada contestó: todo quedó en calma y siguieron los cantantes con su canto y la orquesta con sus acordes.

Yo sentía toda la sangre en la cabeza, y aquella frase de amenaza «si no se levanta usted, le levantaré yo», y aquella otra «si no quiere usted dispensar, no dispense», me estaban zumbando constantemente en los oídos como dos insultos groseros, de los cuales era preciso tomar memorable venganza.

Es el caso, que todas las personas que ocupaban butacas inmediatas á la mía, eran personas de mi más afectuosa amistad: José Almazán y su señora, el señor de Lapazarán, la hija del marqués de C. y su familia; todos, en fin, habían oído los insultos, ó los que yo consideraba como tales. Y aquello de que había de levantarme á la fuerza, lo era sin duda.

Me sentía yo más afrentado, que el padre del Cid, y para vengar mi afrenta estaba resuelto á ser mi propio Cid Campeador.

El acto se me hizo eterno, pero al fin concluyó, y mi hombre se puso en pie, y, sin decir palabra, emprendió su retirada; pero yo le salí al paso, y deteniéndole, le dije: «Tenga usted la bondad de darme su tarjeta.»

Él replicó, que no la llevaba, que no comprendía mi insistencia, y que lo que yo quería era provocar un escándalo. A lo cual yo contrarreplicué «que mayor escándalo había dado é antes y en peor ocasión, y que si no llevaba tarjeta, podía decirme su nombre y las señas de su casa.»

Él, aunque de mala gana, me manifestó su nombre y dónde vivía, y yo le anuncié, que antes de las doce del día siguiente irían á verle dos amigos míos.

De mal humor y gruñendo por lo bajo se fué con cierta precipitación, y yo convine con el señor de Lapazarán en que al otro día iría á buscarle mi amigo Manolo Pastor, para presentarse los dos juntos á pedir explicaciones ó reparación á mi contrincante.

*
* *

Mala noche pasé. Era la primera vez que me veía en lance semejante. Yo, por entonces, ignoraba que tuviese nervios: este descubrimiento no lo hice hasta que me metí en política; pero sangre sí tenía, y mi sangre andaba por las venas grandemente alborotada.

Declaro lealmente, que no sentía miedo, porque eso de que yo pudiera morir en desafío me parecía cosa de todo punto imposible. Yo era matemático, el cálculo de probabilidades ejercía sobre mí gran imperio, y sabía que, al menos en España, poquísimos desafíos acababan por muerte ó herida grave. Sin contar con que, lo que debía esperarse era, que aquel señor me diese todo género de explicaciones.

No le había visto yo muy bravo ni muy resuelto en su definitiva retirada, y aun me pareció que iba murmurando: «¡Si esto es una tontería! ¡Si no hay motivo para nada!»

De suerte que, racionalmente pensando, yo no debía tener miedo, y en aquella época, á pesar de ser muy joven, yo me gobernaba siempre por los mandatos de mi razón.

Que mi contricante me matase no era posible; y que yo muriese ó quedase gravemente herido en aquel lance, figurábame que era cosa desatinada. Yo, por entonces, casi no creía en la muerte. La veía tan lejos, tan lejos, que no me espantaba.

Y, sin embargo, toda la noche estuve agitadísimo, porque tenía otra clase de miedo: el de que se enterasen mis padres de mi proyectado desafío.

¡Qué disgusto tan grande para ellos! ¿Y si mi madre se ponía mala? ¿Y si á mi padre le daba algo? ¿Y si me traían á casa herido ó muerto? Porque ya entonces me parecían posibles y aun probables todas las catástrofes.

Pero ¿cómo retroceder? Aquel hombre me había insultado; luego tenía que darme una satisfacción. Aquel hombre me hacía pasar una noche horrible, y acaso podría dar un gravísimo disgusto á mis padres; luego era preciso que yo me vengase por ellos y por mí, y por la mala noche que estaba pasando.

¿Quién era aquel imbécil y grosero para robarme, sin razón

ni justicia, las horas tranquilas y hasta sabrosas de mi sueño?

La indignación primera se iba convirtiendo en odio; y según mi costumbre, forjé, en las largas horas de aquella vigilia, cien duelos distintos con las más variadas peripecias, y en todos ellos maté sin compasión á mi adversario.

Es decir, le mataba al principio, pero después de haberle muerto cuatro ó cinco veces, me pareció que era excesiva tal pena para tal culpa y me contenté con herirle gravemente otras tantas.

A las ocho ya estaba en pie y me fuí á la Escuela á buscar á mi amigo Manolo Pastor.

*
* *

A D. Manuel Pastor, tal vez le habrán conocido algunos de mis lectores: fué el ingeniero que dirigió más tarde las obras de los muelles de Sevilla; y más tarde todavía, en la época de la cantonal, fué de los que persiguieron las turbas con más encono.

A Manolo Pastor le había yo escogido para segundo padrino de mi proyectado desafío, porque tenía gran idea de su energía y de su valor, y sabía además, que me profesaba amistad verdadera.

Era todo corazón y músculos y nervios, sin que el ser gran gimnasta, y éralo de veras, le impidiese tener una inteligencia clarísima.

Más bien bajo que alto, delgado, la cara enjuta, y entre pálida y verdosa, y de movimientos enérgicos y nerviosos.

Con ser pequeño de cuerpo, su fuerza era colosal; y el tener gran fuerza era en él herencia de familia.

Su fuerza rayaba en lo increíble, sobre todo en aquellos momentos de excitación en que, como vulgarmente se dice, se le desataban los nervios.

Recuerdo que cuando estudiantes bajábamos en fila una noche por las escalerillas laterales del paraíso del Real: delante de Pastor, que iba envuelto en su capa con la apariencia más modesta y más pacífica, bajaba una especie de gigante, que luego se supo que era capitán de caballería.

Como era noche de gran función y el paraíso estaba atestado de gente, venía de cuando en cuando una oleada, que nos hacía bajar de mala manera la escalerilla; y dos ó tres veces, Pastor, sin poder evitarlo, tuvo que apoyarse en el coloso que marchaba delante. Dos ó tres veces se volvió éste para decirle á Pastor que no le empujase. Y la última vez, al acabar de bajar la escalera, se volvió colérico hacia Manolo y cogiéndole por la capa, le hizo bajar de golpe los dos ó tres escalones que faltaban, diciéndole en tono de burla:

«Baje usted de una vez, pollo.»

Manolo Pastor cayó sobre el gigante como el rayo; y sin desembozarse siquiera, apretando los puños bajo la capa, le dió en el pecho dos tan tremendos puñetazos, que el hombre cayó desplomado de espaldas.

¡No he visto desplomarse más aprisa á ninguna masa inerte, cuanto más á una masa humana como aquella, que con asombro de todos, y hasta con respeto de los *guindillas*, que así creo que se llamaban entonces los agentes de orden público, vino á tierra!

Luego supimos, que se habían batido los dos, Manolo y el capitán, y aunque Manolo Pastor nunca fué muy notable en la esgrima, le descompuso un hombro de una cuchillada al capitán de caballería; porque un tajo de mi compañero no había quien lo parase, á no ser presentándole la punta.

Manolo Pastor entró en la Escuela un año antes que yo; y aunque estábamos en años distintos, llegamos á ser amigos íntimos, como lo era de Brockman, de Caunedo, de Calleja, de Benito, de Trujillo y de todo nuestro círculo.

Todavía recuerdo, que cuando apenas me conocía, viéndome muy apurado porque no encontraba el cálculo de Navier,

que era el libro de texto, me dijo de pronto, con uno de sus arranques de costumbre:

«No tenga usted cuidado, que yo le daré mi Navier.»

Y luego supe, que no tenía ninguno, y que, para no quedar mal y cumplir su palabra, había tenido que revolver cielo y tierra; y hasta compró un ejemplar por cuatro ó cinco duros.

Cuando se ponía nervioso enloquecía casi. En cierta ocasión, estaba refiriendo á unos amigos el desafío de dos caballeros de su pueblo. Según parece, uno de ellos descubrió que el otro llevaba resguardado el pecho por una coracina ó cota de malla. Y decía Manolo Pastor:

«Cuando mi amigo descubrió aquella felonía, se fué á él y le cogió por el pescuezo.....»

Y al recordar esto, se dirigió Pastor con la mano abierta en forma de tenaza hacia uno de los que formaban el corro, el cual, comprendiendo lo que le esperaba, retrocedió dos pasos.

Pastor, sin suspender su relato y siempre con la mano dispuesta á ceñirla á una garganta, fuera la que quisiera, se dirigió al oyente inmediato; pero éste, ejecutando la misma maniobra que el anterior, se puso lejos del alcance de aquella formidable tenaza.

Se dirigió la tenaza á otra y otra garganta; pero todas retrocedieron en compañía de sus dueños respectivos, de modo que el círculo se ensanchó considerablemente, quedando en el centro Manolo Pastor con su tremenda manaza abierta y sin encontrar cuello á que ajustarla.

Pero tan entusiasmado estaba con su relación, que nada notó, sino que le faltaba una garganta que apretar; y repitiendo otra vez más la frase comenzada, dijo: «y entonces le cogió por la garganta»: y él se cogió la suya con crispatura tan formidable, que no pudo concluir la historia, porque á poco más se estrangula á sí mismo; terminando todo ello con un ataque de tos que le duró diez minutos, entre las carcajadas de todos los presentes.

* * *

He dicho que había entrado tres años antes que yo en la Escuela; pero riñó con el Ayudante U., le pegó, se desafiaron, y le rompió la cabeza por añadidura.

Tuvo que abandonar, pues, la carrera de Caminos, y emprendió la de ingeniero industrial. Mas riñó con un profesor, estuvo á punto de pegarle, no le pegó porque el profesor era viejo, y tuvo que abandonar también esta carrera, volviendo otra vez á la de Caminos. Por esta razón, habiendo entrado un año antes que yo en la Escuela y habiendo sido compañero mío en ella, le encontré todavía de alumno, cuando yo volví de profesor, sin que por eso dejáramos de ser los amigos y compañeros de siempre.

Fué, realmente, un corazón muy hermoso, y un carácter muy enérgico; y no fué camorrista, aunque tuvo muchas camorras, ni jamás pretendió abusar de su fuerza. Era cariñoso y cortés, y en sus cortesías no había más peligro, sino el de que apretase demasiado la mano. Lo que hay es, que cuando creía ver una injusticia, se sublevaba y enloquecía y todo lo echaba á rodar: y ¡ay del que entonces se le pusiera delante!

Más de un matón de Sevilla y más de un cantonal supieron, andando el tiempo, lo que pesaban los puños de Manolo Pastor.

He aquí, repito, el padrino que yo había elegido.

Llegué á la Escuela y encargué á los porteros que en cuan viniese Pastor me lo envasen á Secretaría.

Llegó, en efecto, antes de las nueve, y fué á buscarme diciéndome:—«Me han avisado que me llamabas: ¿qué quieres, Pepe?»

Yo le conté lo que había ocurrido la noche anterior, y le dije:—«Ahora te vas de la Escuela, que por hoy no tienes que asistir á las clases. A las once vas á buscar á Lapazarán; y antes de las doce, vais los dos á ver á ese señor y le exigís, en mi nombre, una satisfacción.

«Ya lo creo que la dará, el muy grosero. Pero, ¿qué clase de satisfacción pides?»

«Esta, y no admito otra: ha de ir ese señor esta misma noche al teatro Real, y ha de ir á buscarme á mi butaca, y delante de todos ha de darme explicaciones categóricas y completas.»

«¡Hombre! eso me parece muy fuerte»—dijo Pastor.

«Pues eso, ó nada.»

«¿Y no bastaría con que te mandase una carta presentándote sus excusas? Esa carta tú se la podrías leer á quien quisieras.»

«Eso es. ¡Ir yo enseñando la carta! El medio que me propones me parece ridículo. Ha de ser lo que yo digo. Ha de ir á buscarme á la butaca.»

«Pero, ¿y si se niega?»

«Entonces, al terreno»—exclamé yo con acento heroico.

«Pero tú no manejas ningún arma; según dices, es un hombre muy fuerte: vamos, no seas exagerado. Déjame á mí, que yo lo arreglaré.»

«Pues arréglalo, pero de la manera que te digo; porque si no, nombro otros padrinos.»

«Bueno, hombre, bueno: te digo que me dejes, que quedarás como debes quedar.»

Y se marchó el pobre Manolo Pastor muy preocupado y muy caviloso.

Y después de todo, nopasó nada; el buen señor, mi contrincante, quiero decir, era más juicioso que yo, y estuvo por todo extremo razonable. Después de defenderse como pudo, de protestar que no quiso ofenderme; de asegurarme para un asunto urgentísimo tenía que marcharse á París aquel mismo día, y que sólo se había quedado por mi intimación y para esperar á mis padrinos; después de brindarse á firmar la carta que éstos escribiesen, cedió por fin, ante la actitud resuelta de Pastor, y prometió ir á buscarme aquella noche al teatro Real.

Y, en efecto, fué, y yo le esperaba en mi butaca, cuya dignidad y cuyo derecho había sostenido tan resueltamente á la par de los míos.

El buen señor se me acercó con suma cortesía, y empezó diciendo: «Sr. de Echegaray, yo no tenía el gusto de conocer á usted; y siento que por un error.....» No le dejé concluir. Me levanté, le di la mano; salimos juntos á uno de los pasillos, y él me dió todo género de explicaciones. Que momentos antes de ir al teatro Real, la noche anterior, había recibido una noticia muy desagradable y que le había perturbado grandemente; que en tal estado de perturbación se hallaba, que había llegado á creer que yo ocupaba su butaca; que comprendía que sus palabras fueron excesivamente violentas; que me rogaba que le dispensase y que deseaba ser amigo mío.

Claro es, que yo le contesté con la misma cortesía, y que quedamos en las mejores relaciones.

Ya se habían acercado á esto Pastor y Lapazaran y todos celebramos el feliz término de aquel pasajero disgusto.

*
* *

Y vuelvo á la imagen con que empecé este artículo. Las ideas, como los recuerdos, se parecen á las cerezas: tras una viene otra, y así se van enredando por parejas.

Por hablar de los *Lances de honor*, de Tamayo,» se me vino á la memoria mi primer *lance de honor*, y al terminar su pálido, insignificante é insustancial relato, no escrito con empeños literarios, sino dictado con el abandono de una conversación familiar, me ocurre que, sin quererlo, he venido á presentar un ejemplo patente de la diferencia que existe entre el verdadero arte, que digan lo que quieran, está siempre impregnado de idealismo, y el arte naturalista ó realista de ciertas escuelas más ó menos modernas.

El drama de Tamayo es el arte, el verdadero arte. Sus *Lances de honor*, sin dejar de ser reales con realidad estética, tienen trascendencia artística y moral; y, sin embargo, aquella fábula, de la manera que el autor la pinta, es casi seguro que nunca se ha realizado.

En cambio, *mi lance de honor* es la verdad misma, como si hubiese sido recogida por un fonógrafo y por una serie de instantáneas fotográficas.

Es un documento humano de cuya absoluta exactitud respondo.

Si la única condición del arte fuera la verdad; si para crear la belleza estética bastase trasladar al papel un pedazo de la realidad material, la relación de mi primer desafío sería un prodigio literario, por el fondo y por la forma. Por aquél, por la exactitud de los hechos; por ésta, por su insustancialidad y por su falta absoluta de estilo.

Lo primero que debe respetarse en toda doctrina, es la lógica. Si el arte es la pintura exacta de la realidad, es preciso que pinte á la realidad tal como es. Y en la realidad de la vida, el arte literario anda muy por los suelos.

Así, la prosa de todo escritor realista debe ser fría, vulgar, mal perjeñada—como suele decirse—porque si en su prosa hay jugo literario, la belleza del estilo revelará artificio, trabajo, afectación, pulimento, convencionalismo.

Los seres de carne y hueso que andan por esos mundos, así vistan blusa, como frac y corbata blanca, hablan mal, con poquísima gramática, y con escasísimo ingenio.

En suma: toda obra en que domine en absoluto el criterio realista, ó es acto de traición y alevosía, ó debe escribirse en prosa vulgar y pedestre.

Y como lo que abunda en el mundo es lo prosaico y lo insustancial, de lo insustancial y de lo vulgar debetratarse únicamente; porque los grandes hechos, las acciones nobles, los sucesos interesantes, los grandes caracteres, son la excepción, y según ciertos críticos, *lo excepcional no es la materia propia del arte.*

Yo creo precisamente todo lo contrario. Mejor dicho: lo que yo creo ya lo expliqué en otra ocasión grata y solemne para mí; pero más al por menor lo iré explicando en estos recuerdos.

JOSÉ ECHEGARAY.

EL TEATRO

DE

DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

I. Ojeada general.—II. Los críticos contemporáneos: Villergas, Ferrer del Río, Larra.—III. Aclaración de un concepto de *Figaro*.—IV. Los argumentos semejantes.—V. Profundidad y filosofía del teatro de Bretón.—VI. Cuestión de actualidad.—VII. Conclusión.

Al aproximarse el primer centenario del nacimiento de D. Manuel Bretón de los Herreros (1), deseoso de consagrar un recuerdo á su gloria, he vuelto á leer, con la mayor atención, las comedias de este escritor ilustre. Las sabía de memoria desde mis primeros años; las había visto representar repetidísimas veces y con extraordinaria perfección... ¡cuando teníamos actores y compañías!... Al estudiarlas hoy, después de tan profundo movimiento literario, cuando las ideas estéticas han variado de rumbo de manera tan radical en letras y en artes, cuando la inteligencia se encuentra acostumbrada á esas nuevas manifestaciones, he sentido renacer el entusiasmo que siempre me inspiraron; veo crecer en la posteridad, con fuerzas de gigante, el laurel de su gloria, y escucho repetido y ensalzado su nombre por las generaciones venideras, al par

(1) Nació el autor de *Marcela*, el 19 de Diciembre de 1796.

de los más famosos en las letras españolas. Justo tributo debido al genio.

No se le ha juzgado bien hasta ahora; no se han apreciado sus sobresalientes condiciones, aunque se le ha alabado, aplaudido é imitado muchas veces. Bretón es el primer poeta cómico, no de la edad presente, sino de España; es de la dinastía de reyes indiscutibles de nuestro riquísimo teatro, comparable á todos, sin exceptuar á ningún autor antiguo ni moderno. Esta tesis, que solamente podrá parecer atrevida á quien no haya profundizado un poco en ella, es de fácil demostración y el objeto de este estudio.

I

Desde que en el año 1824, dominando en España el sistema absoluto en el período de su mayor intolerancia, apareció en la escena la primera comedia de Bretón de los Herreros, anunciada en los carteles sin nombre de autor, hasta que este bajó al sepulcro en Noviembre de 1873, bajo el imperio de la libertad más desenfrenada, habían ocurrido grandísimas variaciones, cambios radicales en España, lo mismo que en política, en literatura y costumbres, en la administración pública y en la vida privada. Y sin embargo, Bretón había continuado su marcha inalterable, dejándose llevar por el camino á donde su genio le guiaba; su teatro es el panorama vivo, animado, palpitante, donde se van reflejando aquellos movimientos, con un colorido tan propio, como en el mejor espejo, como en la más perfecta fotografía.

En la obra literaria de Bretón de los Herreros, se conserva el retrato auténtico de un interesantísimo período de nuestra historia contemporánea; cuando la nación, saliendo poco á poco, y después de muchas sacudidas de distinto origen y carácter, del letargo, del aislamiento en que estuvo sumida por causas muy varias, empieza á sentir la incubación de las nue-

vas ideas, que venía recibiendo desde los postreros años del siglo antecedente; á ver infiltrados en su seno, en su sociedad, en sus costumbres, los usos y la manera de ser de las naciones más adelantadas. Y el cuadro es perfectísimo, porque en los personajes que el gran poeta cómico presenta en la escena, los hay apegados á las antiguas tradiciones, refractarios á toda innovación, y otros que acogen con entusiasmo cuantas novedades se importan de Francia ó de Inglaterra, defendiendo todo cuanto viene del extranjero y estiman progreso y adelanto para nuestra atrasada civilización.

La galería de caracteres es completa; es también animadísima. En las comedias de Bretón está la España de medio siglo: y más aprenderá la posteridad acerca de nuestras ideas, de nuestras costumbres, nuestras preocupaciones, defectos y buenas cualidades, mejor conocerá la vida interior de los españoles, la casa y la familia el que lea su teatro, que el que se dedique á la lectura de la historia general ó de las monografías que tanto abundan sobre acontecimientos parciales de nuestro tiempo. Porque en la historia está la España oficial, digámoslo así; se aprende su marcha política, sus complicaciones internacionales, sus triunfos y sus reveses; sus luchas interiores, el progreso y variación de las instituciones..... en una palabra, la nación. En el teatro de Bretón está la España representada por los españoles.

Su genio ostenta el mayor grado de fuerza en la pintura de los caracteres. En ella luce sin rival su facultad creadora. Los personajes que presenta en escena están arrancados de la sociedad que nos rodea; son verdaderos, animados, tomados del natural, en lo interior y en lo exterior; tienen vida propia, y están pintados con rasgos felicísimos, originales, que los hacen grabarse en la memoria para no caer jamás en olvido. *Si en dicción cómica aventaja el Sr. Bretón á todos los poetas que conocemos; si en el manejo de la lengua, en el uso del metro, en la chispa del diálogo, no hay escritor antiguo ni moderno que se mantenga á su altura, según el juicio imparcial del*

Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, su cualidad saliente y constante, en la cual tampoco le ha igualado nadie, es la creación de caracteres.

Con una acción sencillísima, clara, fácil, le basta para cautivar la atención del público, para tenerle suspenso y complacido. Su secreto está en la contraposición de los personajes, en la verdad de las situaciones que presenta, en la viveza y gracia del diálogo, que le bastan para tener al espectador pendiente de la escena y arrancarle espontáneos aplausos. Esto es propio del talento, y del talento superior, como con su alta concepción del arte decía el malogrado *Figaro*.

II

Hasta ahora hemos dejado correr la pluma reflejando únicamente las impresiones que la nueva y más reflexiva lectura de las comedias de Bretón de los Herreros iba produciendo en nuestro ánimo, muy en armonía con las que muchos años antes habían despertado. Mas esto no basta. No es factible, ni podemos aspirar á que los lectores nos crean bajo nuestra palabra; por eso vamos á presentar un cuadro de las opiniones de críticos diversos, pero todos de gran celebridad y fama, que avaloran y ponderan en términos muy semejantes á los que nosotros lo hacemos, las grandes condiciones del primero de nuestros escritores cómicos.

Esta galería de críticos que conocieron al poeta y vieron representadas sus obras, es ahora tanto más necesaria, cuanto va haciéndose cada día más imposible que el público de fin del siglo vea en escena las producciones dramáticas de D. Manuel Bretón de los Herreros, con el gusto, la perfección, el aticismo, si así puede decirse, con que se representaron cuando fueron escritas. Desgraciadamente, y sin que nos detengamos en

este momento á investigar las causas de tanta decadencia; es verdad clara y evidente, imposible de negar, que escogiendo entre todos los actores que hoy se presentan al público en todos los teatros de España, no se llegaría á reunir una compañía igual, ni semejante siquiera, ni que á muchas leguas de distancia tenga parecido con las varias compañías que representaron desde el año 1824 las comedias de Bretón.

La *Marcela*, que muchos conceptúan todavía la mejor obra del poeta, y que, sin llegar á tanto extremo, puede decirse que es de las más frescas, espontáneas, vivas, y sobre todo características de su genio, fué puesta en escena con el reparto que sigue:

<i>Marcela</i>	Concepción Rodríguez.
<i>Don Timoteo</i>	Antonio Guzmán.
<i>Don Martín</i>	Carlos Latorre.
<i>Don Amadeo</i>	Pedro Mata.
<i>Don Agapito</i>	José Valero.

Veinticinco años adelante interpretaban el inapreciable drama *¿Quién es ella?* Teodora y Bárbara Lamadrid, Valero, Arjona y Osorio. En el largo espacio comprendido entre una y otra producción, habían estrenado las mejores comedias de Bretón, Matilde Díez, Joaquina Baus, Pepa Valero, Concepción Llorente y otras actrices notables, en unión con García Luna, Joaquín Caprara, José Calvo, Sobrado, Lombía y Julián Romea. En manos de tales actores, estudiadas por su conciencia artística, interpretadas por su talento, juzgue el menos entusiasta lo que serían las magníficas comedias de Bretón, cómo sonarían sus hermosos versos, de qué manera se escucharían sus chistes, con cuánta verdad se dibujarían los tipos y resaltarían los caracteres..... ¡Glorias escénicas que hoy no se comprenden! exclamaremos con el ilustre marqués de Molins al evocar tales recuerdos.

Pero entremos en materia, y demos principio por un escritor satírico muy popular y conocido por su desenfado, caústico

é independiente, y además poco amigo de Bretón, y por tales circunstancias gran voto y testigo abonado. Oigamos su juicio (1):

«Faltó Moratín, y el teatro volvió á gemir en el abandono... hasta que por fin se presentó, no como rival de Moratín, sino como un atleta en el género cómico, el Sr. Bretón de los Herreros. Desde que este poeta invadió la escena pudo advertirse que no había heredado de Calderón la facultad de ordenar una fábula, ni de Alarcón el talento de desenvolver un pensamiento moral; pero también debió notarse que en la naturalidad de sus diálogos, en la prodigalidad de sus chistes y en la facilidad de sus versos, podía muy bien aspirar á la palma del triunfo sobre todos nuestros poetas cómicos antiguos y modernos.»

«Con todas estas gracias y defectos se anunció la célebre *Marcela*, composición admirable, sobre la cual ha hecho el Sr. Bretón numerosas variaciones, en lo que no prueba mucha fuerza de creación para los planes, pero logrando siempre dar á estas variaciones una novedad y un colorido que manifiestan más á nuestros ojos el inagotable genio de su autor.»

«A pesar de lo que llevo dicho, encuentro en algunas comedias del Sr. Bretón otras dotes que harían honor al talento cómico de los que el mundo reconoce como maestros en el arte. *El pelo de la dehesa*, *El cuarto de hora*, *Muérete y véras*, *¿Quién es ella?* y algunas piezas en un acto de este autor, se distinguen no sólo por la gracia del diálogo y la fluidez de los versos, sino también por la lección moral que de ellas se desprende, y por la regularidad del plan, que, sin ser complicado, tiene animación, haciendo más recomendable el in-

(1) *Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos*, por D. Juan Martínez Villergas.—París-Walder.—Rosa y Bouret.—1854.

»terés que logran inspirar, por la sencillez con que en ellas se
»suceden y se desenvuelven las peripecias.»

No hay para qué citar más; esa es la opinión de D. Juan Martínez Villergas, y huelgan también los comentarios, pues el crítico mismo desvanece en este último párrafo el cargo que al principio formulara, y dando completa la apreciación del atleta en el género cómico, que tan altas dotes de poeta ostentaba.

Continuaremos con el juicio de otro escritor no menos renombrado. El Sr. D. Antonio Ferrer del Río, el historiador de Carlos III, en su libro *Galería de la literatura española* (1), decía, ocupándose de Bretón:

«Ha cultivado un género tan suyo, que á los pocos versos
»de una de sus obras murmuran los espectadores su nombre
»en palcos, lunetas y galerías; es, pues, la originalidad una de
»las cualidades que le recomiendan..... Ninguna de sus esce-
»nas fastidia por lo cansada; ninguno de sus versos carece de
»sonoridad y armonía; no parecen hechos uno tras otro, sino
»de un solo golpe y como por encantamento; así le aclaman
»todos por versificador perfecto y fácil dialoguista... Origi-
»nalidad, chiste, fácil diálogo, versificación sonora, vena in-
»agotable, no bastarían á formar un buen escritor de costum-
»bres, sin el criterio de observación conveniente para perfilar
»con exactitud sus pinturas. Bretón posee ese criterio en alto
»grado... No debemos omitir las faltas de que, en nuestro
»sentir, adolecen casi todas sus producciones. Sin duda, argu-
»ye mérito la circunstancia de entretener á los espectadores
»con una acción poco animada, supliendo con las sales cómi-
»cas lo que falta de interés y de intriga; preferiríamos nos-
»otros más complicación, porque de este modo profundizaría
»sus asuntos el Sr. Bretón de los Herreros.....»

Y para no acumular más citas de opiniones, y cerrar con llave de oro, nada podrá parecer más oportuno que trasladar

(1) Madrid: Francisco de P. Mellado, 1846.

la apreciación que hacía el inolvidable *Fígaro* de las primeras obras de Bretón, que alcanzó á ver representadas. Porque no ha de olvidarse que, muerto desgraciadamente D. Mariano José de Larra en Febrero del año 1837, apenas había escrito el sin igual autor cómico diez ó doce comedias originales. La crítica, pues, que conocemos se funda en las obras que Bretón había dado al teatro antes de aquella fecha. ¿Cuál hubiera sido el juicio de Larra si hubiera llegado á juzgar los frutos más sazonados de su ingenio, si hubiera conocido las preciosísimas comedias *El pelo de la dehesa*, *El cuarto de hora*, *Una vieja*, *La batelera de Pasajes*, y, entre todas y sobre todas, *¿Quién es ella?* y *La escuela del matrimonio?* Pero dejemos hablar al más profundo y reputado de nuestros críticos, apreciando las cualidades del más eminente de nuestros autores dramáticos:

«En nada brilla más el singular talento poético del señor Bretón que en la sencillez de sus planes; en todas sus comedias se conoce que hace gala y estudio de formar un plan sumamente sencillo; poca ó ninguna acción; poco ó ningún artificio. Esto es sólo concedido al talento, y al talento superior. Una comedia llena de incidentes que cualquiera inventa, es fácil de hacerla pasar á un público á quien siempre cautivan el interés y la curiosidad.»

«El Sr. Bretón desprecia estos triviales recursos, y sostiene y lleva á feliz puerto, entre la continua risa del auditorio, y de aplauso en aplauso, una comedia apoyada principalmente en la pintura de algunos caracteres cómicos, en la viveza y chiste del diálogo, en la pureza, fluidez y armonía de su fácil versificación. En estas dotes no tiene rival, si bien puede tenerlos en cuanto á intención, profundidad ó filosofía.»

Así se expresaba *Fígaro* juzgando la primera representación de la comedia titulada *Un tercero en discordia*, en 25 de Diciembre de 1833 (1). Tres meses después, en 30 de Marzo

(1) La estrenaron en el teatro de la Cruz, Doña Joaquina Baus, y los Sres. García Luna, Montañó y López.

de 1834, se representaba en el teatro del Príncipe *Un novio para la niña, ó la casa de huéspedes* (1), y confirmado el crítico en su juicio, tomando su punto de vista donde lo había dejado anteriormente, decía:

«Sólo diremos con respecto á *Un novio para la niña*, que
»tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en
»ellas el crítico severo, son los mismos que en las demás
»obras del autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si
»le aconsejaramos que meditase algún tanto más sus planes?
»Este es generalmente el escollo de la abundancia de genio.
»El autor se deja llevar de su facilidad: en ésta no le conoce-
»mos rival, así como tampoco en el chiste y la agudeza: sus
»descripciones, así de los bailes como de las casas de huéspe-
»des, son un espejo fiel de las costumbres: su diálogo está lleno
»de gracias y de viveza. Su versificación es un modelo; pero
»donde se prueba cuánto puede el ingenio es en una circuns-
»tancia notable. Tres comedias consecutivas nos ha dado este
»poeta, en las cuales ha sabido hacer tres obras diferentes re-
»pitiéndose á sí mismo. Una joven sencilla y virtuosa y tres
»pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de
»todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él
»una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña*, ha he-
»cho, sin embargo, con él tres dramas diferentes.»

No es de esperar que el juicio de los venideros se separe del que formuló el ilustre *Fígaro*, sean cualesquiera las ideas estéticas que lleguen á predominar en las generaciones futuras. El profundo pensamiento de aquel crítico, aunque expuesto en ligera forma, encierra gran fondo de verdad, y no puede calificarse de benévolo, sino de exacto, meditado, rigurosamente justo. Por eso hemos recordado previamente los de Villerías y Ferrer del Río; porque sin llegar al elevado concepto de Larra, convienen con él en las líneas generales, ad-

(1) Representada en el teatro del Príncipe, por Doña Concepción Rodríguez y Doña C. Llorente, con Latorre, Guzmán y Romea.

mirando la originalidad y las gracias en que no reconocen rival al poeta.

III

Lo que verdaderamente no comprendemos con qué fundamento puede sostenerse, es que los últimos conceptos de *Figaro*, que dejamos copiados, envuelven una burla, una censura amarga de las comedias de Bretón á que se refieren. No se nos alcanza de donde ha nacido tal opinión. Y cuenta que no la encontramos solamente en escritores adocenados, de los que por ignorancia censuran las obras del poeta sin comprenderlas. El Sr. Marqués de Molins, amigo cariñoso de Bretón de los Herreros, crítico de exquisito gusto y docto como pocos, dice que Larra escribió aquellas frases *entre cariñoso y epigramático* (1), y después de copiarlas textualmente añade, que:—«*Estas censuras, más ó menos disimuladas, habían necesitadamente de lastimar al principio, quebrantar luego, y romper al cabo la amistad, nunca muy sólida, de Bretón y Larra.*»

Esa es una opinión equivocada, que debe rectificarse. Larra, cuando encuentra defectos en las comedias de Bretón, los señala con claridad y tan decididamente como tenía de costumbre, pues tal era la base de su crítica. Cuando aplaude lo hace con verdad; cuando censura, con estudio y conciencia; por eso sus escritos son tan elevados, tan reconocido su mérito.

En *Marcela*, en *Un tercero en discordia*, alaba la sencillez del argumento, propia del genio, y reprueba la inverosimilitud de los desenlaces. Bretón se ha equivocado en concepto

(1) Bretón de los Herreros.—*Recuerdos de su vida y de sus obras.*—Madrid.—Manuel Tello, 1883.

del crítico; aquellos finales de sus obras no son verdad; más todavía, no son posibles. El poeta, dejándose llevar del vuelo de su imaginación, se crea un mundo ideal, que no es el que debe pintar el escritor de costumbres.

«El Sr. Bretón insiste en colocar siempre á las mujeres »en una posición en que no están en el día en nuestra socie- »dad; no son ya las reinas del torneo, como en los siglos me- »dios; nadie se sujeta á esos jurados, á esas competencias; más, »el hombre desama á la mujer, como la mujer al hombre, y en »esto felizmente somos iguales. Todo hombre bien educado es »deferente con las señoras; pero las señoras no están por eso »exentas de guardar consideraciones al sexo fuerte; la socia- »bilidad es recíproca. Mucho sentiríamos que no fuese el au- »tor de nuestra opinión.»

Parécenos que esto es criticar claramente, censurar con dura desnudez, y razonar la crítica con lucidez notable. Pero no se contentó el escritor con generalidades, sino que señaló también el defecto en cada una de las comedias.

«Al fin, en *Marcela*, dice, no hay otro inconveniente con- »tra los usos sociales que el declarar en público á sus amantes »lo que sólo puede oír uno en particular; porque si una mujer »tiene derecho á no corresponder á un hombre, no lo tiene »para ponerle en ridículo sólo porque la ama. En *Un tercero »en discordia* es menos verosímil... *Luciana* encarga á su ele- »gido, lo cual es poco delicado, que desengañe á los otros...»

Con tanto desenfado, con tanta franqueza como sobrada razón lanza *Figaro* su censura. Y si la creemos acertada, ¿por qué no hemos de aceptar sin distinguos el juicio favorable caído de la misma pluma, hijo de la misma inteligencia y de igual concepto crítico?

Cuando dice, pues, llanamente que *donde más luce el genio poético de Bretón es en la sencillez de sus planes*, y que *cautivar al auditorio con poca acción es sólo concedido al talento, y al talento superior*, sintetiza en dos breves frases su admiración por el poeta; y cuando, insistiendo en aquella primera

idea y robusteciéndola, añade que el autor se deja llevar de su facilidad, *en la cual no le reconoce rival*, y le aconseja que medite más sus planes, diciendo *que este es generalmente el escollo de la abundancia de genio*, concede á D. Manuel Bretón lo que á casi todos niega el cielo, da la medida del extraordinario mérito que en aquellas obras reconoce, de lo cual vienen á ser demostración y ejemplo sus postreras frases. Tres comedias preciosas y aplaudidas había hecho Bretón repitiendo el mismo asunto.—«Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres forman el argumento de todas ellas. Otro se hubiera visto apurado para hacer de él una sola comedia. El autor de *Un novio para la niña* ha hecho, sin embargo, con él tres dramas diferentes.»

¿Qué se encuentra en estas palabras que no sea merecida alabanza, cumplido elogio y encarecimiento? Salta á la vista el riguroso enlace que tienen entre sí los conceptos del escritor. Hay tan perfecta unión, lógica tan severa entre unas y otras apreciaciones, que ese puede asegurarse era el juicio formado por Larra sobre el genio de D. Manuel Bretón de los Herreros; juicio tan acertado y digno de respeto como todos los suyos, y en el que no se vislumbra rasgo epigramático, ni encubierta censura, sino sincera admiración y alabanza. Las obras que después escribió el poeta vinieron á confirmar el pensamiento del crítico ilustre.

IV

«Hasta cuatro comedias consecutivas casi, fueron puestas en escena y *aplaudidas calurosamente* (1), todas fundidas, por decirlo así, en el mismo molde, aunque con metales distintos,

(1) *Marcela*, ó á cuál de los tres se representó 66 noches consecutivas; *Un tercero en discordia*, 45; *La casa de huéspedes* ó *un novio para la niña*, 30; *Todo es farsa en este mundo*, 26.

»y esmaltadas luego con colores y matices diferentísimos.» Esto escribe el señor marqués de Molins en sus *Recuerdos de Bretón de los Herreros*, ya citados (1), y nosotros debemos añadir que, en nuestro concepto, no fueron cuatro, sino seis, las obras que el fecundo poeta dramático escribió con el mismo argumento, y todas igualmente aplaudidas, infinitas veces representadas, y repetidas hasta ahora en todos los teatros de España (2).

En *Marcela*, un tío viudo sin hijos, cominero y machacón, que no pronuncia palabra sin acompañarla de tres ó cuatro sinónimos, desea ver nuevamente casada á una sobrinita viuda y joven que tiene en su compañía, para verse *en sus hijuelos renacer, reproducir*, antes de que se llegue *el confín, el término* de su vida. Los aspirantes son tres, como lo significa el título; un enclenque, bailarín, que entiende de modas femeninas, usa corsé y toma de continuo pastillas y golosinas; un poeta llorón y tímido y un capitán andaluz, que habla por los codos... Todos son muy buenos partidos, pero la viudita vacila, no se decide; le fué mal con su primer marido... y al cabo los deja á todos iguales.

En *Un tercero en discordia*, ya no es tío, es un padre viudo, muy más pesado y machacón que el de *Marcela*, pues acompaña siempre la acción á las palabras, y soba al interlocutor, escribiéndole en la pechera ó en la solapa y hasta le desabrocha con insoportable distracción. Tiene una preciosa niña, asediada por dos pretendientes de caracteres opuestos; D. Satrio, protegido por el padre, es la imagen de la insustancialidad, con tal confianza en sí propio y tal suficiencia, que raya en insultante; y D. Torcuato, iracundo, celoso, adusto y suspicaz, á quien protege un ama de gobierno, criada antigua, *factotum* de la

(1) Madrid, Tello, 1883, cap. XII, pág. 93.

(2) *A Madrid me vuelvo*, se representó 40 noches seguidas; *Un novio á pedir de boca*, 24.

casa, que es una verdadera creación. Ella misma se caracteriza en un rasgo:

Yo, que lejos de sisar
economizo en un pelo,
¿no he de tener el consuelo
siquiera de regañar?

Triunfa de ambos, al cabo, como era de esperar, *el justo medio*, D. Rodrigo, *ni celoso, ni engreído*, el tercero en discordia, y la comedia acaba en casamiento.

En *La casa de huéspedes* el metal es parecido; para servirnos de la culta frase del señor marqués de Molins, el esmalte es diferentísimo. Una señora viuda, *mujer de cortos alcances* al decir de uno de los pretendientes, no encuentra medio mejor de buscar novio para su hija, que abrir una casa de huéspedes. Y acierta, en verdad; novios no faltan. Verdad que la niña es un tesoro. Viven en la casa, al abrirse la escena, Don Donato, viejo acaudalado y grosero hasta el extremo, que piensa puede hacer en todo su gusto, por la única razón de que *tiene dinero*; D. Fulgencio, joven de buena familia, tronado por su mala conducta, que llega casi á caballero de industria, aunque dice que sólo trata con personajes y títulos que le agobian con sus obsequios, con cuya palabrería ciega á la pobre madre y trata de deslumbrar á la hija; y D. Manuel, joven abogado, muy noble, de mucho talento, pundonoroso y honrado, pero muy tímido de carácter y pobre por añadidura. La mamá, es claro, está decidida por el rico ó por el fantasmón aristócrata, sin saber á qué carta quedarse, dejando la elección á la niña; pero ésta ha consagrado su amor al pobre... y no sabemos cómo andaría el asunto para los dulces enamorados, á no llegar del otro mundo un hijo de la señora, de quien no tenían noticias hacía muchos años, que despide al viejo, quita la máscara al noble de pega, y casa á su hermana con el abogado, de cuya familia acababa de recibir muchos beneficios.

Todo es farsa en este mundo, parece otra cosa, aunque es igual en el fondo. Los amantes no son más que dos, pero á cual más farsantes; la niña despide á Don Evaristo y á Don Faustino, que sólo buscaban su dinero y la influencia de su padre Don Rufo, alto empleado, tan farsante como los que aspiraban á ser sus yernos, y no se casa á vista del público, aunque anuncia que tiene un novio muy de su gusto en cierto oficialito, que juntaba á otros merecimientos el de bailar con elegancia y primor.

Pero ya dejamos indicado que el poeta tejió, además, otras dos comedias con las mismas tramas. ¿Cuál es, mirado á buena luz, el argumento de *A Madrid me vuelvo*, si se deja á un lado el proyectado retraimiento de Don Bernardo por su aburrimiento de la corte, que da nombre á la comedia, y que para nada hace falta, pues el cortesano cansado, podía haber ido á la aldea con cualquiera otro motivo, sin que por eso disminuyera el interés? Solicita la mano de Carmen un Don Esteban, señorito de pueblo, pintado con toques maravillosos que ponen de relieve el orgullo, la falta de educación, la cobardía y todas las pasiones pobrísimas, mezquinas, de un niño consentido por una madre más vana y grosera todavía. También aspira al amor de la niña, hija del Alcalde, el Secretario y fiel de fechos del pueblo, pedante trazado de mano maestra, con rara ligereza y gracia, aunque muy cercano á la caricatura, en la que no toca por un prodigio de talento del autor. Muy próximo también á ella, aunque por lo serio, está el Alcalde, que sacrificaría á su hija, abandonándola al rico Don Esteban, á no intervenir á tiempo su hermano. Pero también la niña tiene su amante preferido, modesto y honrado; y con la protección decidida del tío, y á más una buena dote, se vence la resistencia del padre, quedando todos satisfechos.

Un novio á pedir de boca, tiene todavía más miga: hay en el fondo más profundo pensamiento, más grave lección social; pero los medios empleados para formar el cuadro difieren muy poco de los anteriores. Sin embargo, el resultado es muy dife-

rente. En esta comedia los pretendientes son cuatro; pero entre los actos segundo y tercero, uno de ellos se convierte en marido, y por tanto, varían esencialmente las condiciones. Luisa, viuda, tan joven como linda, y muy escarmentada de su primer matrimonio, semejante en esto á *Marcela*, desea contraer segundo lazo, pero ha de ser con un hombre que se la someta enteramente, de carácter dulce, apacible, que no tenga voluntad propia; y con estas circunstancias, llevadas á un grado superlativo, lo encuentra, que ni pintado de encargo, en Don Pedro Celestino Ruiz, que, conocedor del terreno y de los caprichos de la viuda, había tomado sus medidas para triunfar de sus tres rivales. Despechados éstos por la preferencia, y animados por el carácter pusilánime que aparenta el marido, insisten en perseguir á la esposa y llegan hasta la grosería, tanto con la una como con el otro... Llorá aquélla cansada de tanta humillación, se queja con verdad de no tener quien la defienda, y cuando reconoce su yerro y acude á su marido, éste procede con energía y nobleza, castigando rápidamente á los tres insolentes.

V

Por estos ligerísimos rasguños se recordará la semejanza de esas comedias bretonianas, su argumento parecido, sus matices diferentes. Mas también podrá comprenderse que es vulgaridad insigne, cercana de la mala fe ó de la ignorancia, la repetida frase de que las comedias de Bretón de los Herreros no tienen argumento. ¡Líbrenos Dios de que los que no piensan mucho por sí aprendan una frase dicha por otros! Sin argumento no puede haber obra alguna ni buena ni mala. Sencillo es el de las obras dramáticas que dejamos relacionadas, muy semejante en el fondo; pero en ellas se expone una gale-

ría de variados caracteres perfectamente pintados, y que presentan tipos muy verdaderos, con rasgos y defectos de los que cada día tocamos y vemos en sociedad; han sido de las que más veces se han puesto en escena, de las que mayores aplausos han obtenido, de las que embelesan la atención del auditorio. Diga el más severo de los críticos si tenía razón el incomparable *Fígaro* para decir que esto sólo es concedido al talento, y al talento superior.

Cautivar al público con un asunto complicado, donde las peripecias se suceden sin interrupción, donde el enredo excita la curiosidad y el misterio concurre á avivarla; entretener á la multitud, siempre ávida de lo extraordinario, con una historia verdaderamente romancesca, propio es de grandes ingenios que saben inventar y conducir una fábula, llevándola á término tan imprevisto cuanto deseado, á través de rodeos y sinuosidades sin que el interés decaiga. Pero no es mérito menor ni facultad creadora menos potente la de arrancar los tipos verdaderos de la sociedad en que vivimos, y presentarlos de relieve, con vida propia, con animación y carácter, sacando del contraste de sus pasiones, de sus ridiculeces, lecciones morales para corregir los vicios inherentes á cada individuo, á cada clase en particular, y á toda la sociedad de una época en general.

La sencillez es nota característica del verdadero genio. Con abundantes recursos, con grandes acontecimientos, con inesperadas peripecias, con situaciones fuertes y vehementes rasgos de pasión, no es difícil despertar la curiosidad, retener la atención popular; pero cautivarla con una intriga sencilla, solamente por la exactitud de las pinturas, por la amenidad y gracia del diálogo, por la verdad cómica de los caracteres, necesita ingenio superior y privilegiado, dones que á muy pocos ha concedido el cielo.

Además, no puede perderse de vista la observación de que nuestro gran poeta, pensando con mayor profundidad de lo que muchos han creído los asuntos de sus composiciones dra-

máticas, ha escogido, con verdadera perspicacia y sagacidad, los que por la sencillez de la intriga, por su índole especial, se adaptaban al objeto que se proponía, le dejaban espacio para pintar libremente los caracteres, contraponerlos, y derramar las gracias de su ingenio en aquellos diálogos llenos de originalidad, que son y serán el encanto de cuantos sepan apreciar los primores de la hermosa lengua española.—«Su pluma, rica »de sal,» escribía un consumado maestro en el arte dramático, cuyo nombre siempre se pronuncia con respeto, (1) «ha necesitado argumentos y caracteres en que pudiera correr sin tropiezo; donde hay mucha acción, donde las pasiones y los lances ocupan gran parte del diálogo, la *vis cómica* no halla lugar suficiente.....»

Filosofía, pues, y profundidad y grandeza hay en el teatro de Don Manuel Bretón de los Herreros; y mucha más filosofía y más transcendental enseñanza, ciertamente, que la que tanto se vocifera en los dramas naturalistas, ó mejor dicho efectistas, nacidos de la evolución estética de nuestros días, á los que sólo se concede como cualidad sobresaliente el transcendentalismo. Muy oculto anda en ocasiones; mas aun concediéndolo, aun fijando la atención del crítico en los dramas de superior mérito, todavía habrá de confesarse que la impresión en el espectador es más general, y puede ser más provechosa en las comedias de Bretón, pues todos se reconocen en aquellos personajes, todos ven situaciones claras, en las que pueden encontrarse fácilmente; al paso que es casi imposible que ninguno se imagine pueda verse colocado en las violentísimas circunstancias que aquellos otros dramas ofrecen, como resultado de laboriosos y extraños precedentes.

(1) El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

VI

No hemos hecho mención hasta ahora más que de aquellas comedias que caracterizan el genio de Bretón, sencillas y espontáneas, muy suficientes para justificar las apreciaciones que hicieron Villergas, Hartzenbusch, Ferrer del Río y Larra. ¿Pero qué lugar no tendrá siempre en la historia del teatro el que escribió *Muérete y verás*, *El pelo de la dehesa*, *¿Quién es ella?* y *La escuela del matrimonio*, por no citar más que lo verdaderamente superior, y sin disputa inimitable?

En nuestro concepto, esas comedias pueden tener iguales pero no se le pueden encontrar superiores; así como tampoco las tienen en su línea las piezas en un acto que con tan singular gracia escribió Bretón de los Herreros. *Una de tantas*, *Ella es él*, *Mi secretario y yo*, *A lo hecho pecho*, y otras de su mismo género, á más de ofrecer tipos tan verdaderos como agradables, están presentadas con tal claridad, versificadas con tanta soltura y salpicadas de chistes tan originales, que siempre serán el encanto de los lectores, y formarán las delicias del público ante quien se representen.

Mas téngase en cuenta, como advertencia final, que no por juicio tan favorable, no por el concepto que tenemos de su indisputable mérito, llevamos la exageración al punto de creer que en el estado actual de nuestra sociedad y del teatro en España, puedan estar de repertorio y ponerse á diario en escena las comedias de Bretón. Ni hoy entran de lleno en las aficiones del público que las escucha, ni son pintura de esta sociedad de fin de siglo. Ambas afirmaciones necesitan aclaración, para que no se estimen exageradas ó contradictorias con cuanto dejamos expuesto.

VII

Es el teatro verdadero templo del arte. Caben en su amplia y variada concepción todas las manifestaciones del genio, desde la emoción trágica más sublime, más ideal, hasta la más trivial pintura de costumbres; desde la representación del personaje histórico, hasta la lección moral. Todos los caracteres y todas las pasiones. Lo mismo entusiasman y mueven los afectos del público, aunque por resortes diferentes, *El Alcalde de Zalamea* que *El sí de las niñas*; *El Burlador de Sevilla*, *El valiente justiciero* y *El condenado por desconfiado*, que *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *Guzmán el Bueno*, *Un drama nuevo*, *El desdén con el desdén*, y la *Verdad sospechosa* (1). Todas mueven los sentimientos del espectador, todas atraen su atención, deleitan su inteligencia, la cultivan... por eso viven en la posteridad.

Mas no se juzgue por esto que en el teatro pueda encontrarse cátedra de cosa alguna, ni enseñanza más ó menos directa. No. El pueblo que no acude á conocer las ciencias, las

(1) A esta obra maestra de D. Juan Ruiz de Alarcón deben los franceses nuevas fases de su teatro y quizá el mayor de sus autores cómicos. No lo decimos nosotros; lo dicen sus más venerados escritores. Voltaire no vaciló en asegurar que Francia debía á España la primera tragedia interesante y la primera comedia de carácter que ilustraron su escena, refiriéndose al *Cid* y á *La verdad sospechosa*. Pedro Corneille, confesaba que su inventiva le había cautivado, y que para él no había nada comparable entre los antiguos ni entre los modernos. Molière, el gran Molière, llegó á decir que si no hubiera leído el *Embustero*, quizá no hubiera escrito comedias. Cito estos escritores, porque las alabanzas de D. Alberto Lista, de D. Juan E. Hartzenbusch y de los autores españoles, son muy conocidas de todos, y podrían parecer más apasionadas.

artes, la moral en las Universidades ó en el púlpito, de labios de profesores ilustrados, no se dirige á aprender en la escena. En nuestro sentir, el teatro no es escuela, sino espejo de las costumbres de una época; reflejo de la cultura de una sociedad, de los gustos, de las aficiones de sus individuos. Pero si dentro del extenso círculo que tiene á su disposición el autor dramático, se profundiza para comprender cuál es el género que mayor impresión puede producir en el público, cuál ha de atraer siempre con mayor fuerza á los espectadores, se encontrará que causa mayor efecto, más constante y duradero aquel en que se encuentra más el *homo sum*, como antes habíamos indicado á otro propósito. Conmueven más hondamente las situaciones en que puede ser más fácil nos veamos colocados alguna vez en nuestra vida, ó en las que hayamos podido encontrar á las personas que nos rodean. La tragedia antigua, el drama de extraordinarios accidentes y lamentables situaciones, impresionan vivamente, sin duda alguna, y despiertan el entusiasmo por el escritor que de tal modo sabe, con vivas ficciones y por el poder del arte, excitar los afectos del corazón de sus oyentes; pero al salir del recinto, la ilusión se desvanece, porque ninguno de los espectadores lleva en su memoria algo que juzgue pueda ser aplicable á su propia existencia.

El teatro sigue y refleja la evolución de las ideas en la sociedad que representa, los gustos é inclinaciones de los individuos en una época. Por eso damas y mosqueteros, lindos y rufianes, aposentos y degolladero, se deleitaban y aplaudían los larguísimos *parlamentos* de las comedias de capa y espada de Tirso y de Moreto, y los discreteos entre damas y galanes, que hoy hacen dormir y parecen insulsos y pueriles á los concurrentes á las *funciones por horas*, última palabra, en opinión de muchos, de la corrupción del gusto, palpable muestra de la superficialidad de un público que no quiere, ni quizá puede, darse el trabajo de reducir su atención á seguir el enredo de una comedia de tres ó más actos.

Atendiendo al estado de nuestro teatro, cualquiera com-

prende que no pueden representarse diariamente las comedias de Bretón de los Herreros, á pesar de su indisputable mérito, y aun quizá por esta misma causa, como no se representan las de otros muchos, glorias de nuestra escena contemporánea.

VII

Comprendiendo el arte en sus más elevadas concepciones, conocedores profundos de la evolución estética de nuestra edad, y trasladando á sus obras cuanto puede aceptarse de las exigencias filosófico-sociales, tan en boga en las escuelas, han enriquecido el teatro con admirables comedias, García Gutiérrez, Adelardo Ayala y Manuel Tamayo; pero al par de sus magníficas creaciones, pondrá, sin duda alguna, la posteridad las de D. Manuel Bretón de los Herreros. Porque, según la feliz expresión de Víctor Hugo, en la región sublime del genio hay un grado del cual no se puede pasar, y á ese punto llegaron los que tanto han levantado nuestro teatro en el siglo presente.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

CRÓNICA LITERARIA

Los estudios superiores en el Ateneo.—Un discurso del Sr. Moret.—La libertad en la enseñanza.—La sistematización científica.

Este año ha habido dos *aperturas* en el Ateneo: una la de las cátedras de Estudios superiores, recientemente establecidas; otra la del curso ordinario. En ambas ha leído el Sr. Moret, como presidente de la corporación, sendos discursos.

Aunque los Estudios superiores se han organizado é inaugurado en circunstancias bien poco propicias para que se fijara en ellos la atención pública, preocupada con las inquietudes y duelos que son natural consecuencia de la guerra, los principios de esta innovación han sido excelentes. El Gobierno la ha prestado su concurso en la forma más eficaz en que los Gobiernos pueden coadyuvar á estas empresas, ó sea otorgándole una subvención. En plazo muy breve se ha conseguido formar un cuadro, bastante extenso, de enseñanzas, de las cuales han comenzado ya más de la mitad y está anunciado que comenzarán á principios del año próximo las restantes; la matrícula es numerosa en varias de las clases, y hasta la prensa (y señaladamente *El Globo*) ha querido contribuir á

esta obra de cultura, publicando extractos ó apuntes de las conferencias de los profesores.

Sin duda, tienen precedentes en la historia del Ateneo los Estudios que acaban de establecerse, pero son una novedad por el carácter más marcadamente didáctico que revisten, con relación á otros cursos explicados en aquella casa en fechas próximas y remotas; por la tendencia á constituir un sistema de enseñanzas que sirvan de complemento á las que se dan en los establecimientos oficiales de instrucción, y también (aparte de otras diferencias que comprenderá fácilmente quien se fije en lo que son los cursos actuales y lo que han sido en el Ateneo los trabajos anteriores más semejantes á éstos), por tratarse ahora de Estudios abiertos al público en general, por medio de una matrícula muy económica.

Son, en realidad, estos cursos un ensayo de Escuela libre de enseñanzas superiores, ensayo hecho ciertamente en condiciones más favorables que si se hubiera tratado de crear, de nueva planta, un centro de esta clase. Es mucho más fácil el arraigo de las novedades, cuando aparecen como derivación de un organismo ya existente. La desconfianza *misoneista* se ensaña menos en ellas al verlas asociadas á algo que tiene justificado su derecho á la vida. Por otra parte, la función nueva, en vez de ir formando trabajosamente su órgano, recibe impulso y materiales para constituirle, del órgano formado ya, *adulto*, de donde aquella procede, como una diferenciación más. Esto ha ocurrido en el caso presente. Una escuela de Estudios superiores creada con independencia de toda otra institución, hubiera sido proyecto casi irrealizable. Establecida en el Ateneo, con el apoyo material (instalación, etc.), que esta corporación le presta, y el moral que le ha dado para obtener la subvención del Gobierno, hallar personal idóneo para las cátedras y atender á las demás necesidades ó conveniencias de la empresa, ha sido posible y ha llegado á ser un hecho. Mas claro está que los Estudios superiores no forman *per se*, como dicen los escolásticos, parte integrante del Ateneo, y que po-

drían llegar á tener existencia independiente de él en absoluto, aunque siempre le quedaría á este Centro el mérito de haberlos iniciado.

*
* *

El establecimiento de estas cátedras significa una transformación en el modo de ser del Ateneo, no caprichosa y arbitraria, sino correspondiente al visible cambio que en la vida de aquella corporación, y de otras semejantes, se ha ido verificando. A fuerza de abusar de la oratoria, el país se va cansando de ella. Las antiguas discusiones de los Ateneos no despiertan ya interés en el público. La libertad de imprenta y la multiplicación de los periódicos, han hecho que quede desierta esa que fué algún día tribuna complementaria de la del Parlamento, y lugar al que casi se circunscribía la libre emisión de las ideas.

Por otra parte, á este cambio en las condiciones del medio exterior á las sociedades á que me refiero, únese otro aun más importante en el espíritu público, y especialmente en las clases más ilustradas de la sociedad. Desde la revolución de Septiembre ha ido decreciendo aquel entusiasmo que despertaban las discusiones políticas y político-religiosas. A causas muy diversas puede atribuirse esto, pero el fenómeno es indudable. Sea porque las ilusiones que abrigó aquella juventud batalladora de antes de la revolución se han enfriado al contacto de la realidad, cuando han ido implantándose en el terreno legal las reformas que en el período de propaganda y de combate aparecían con la vaguedad hermosa del ideal y con las promesas, no puestas á prueba, de la esperanza; sea por haberse llegado ya á un estado *constituido* que satisface las aspiraciones de la mayoría del país; atribúyase á excepticismo, á la influencia de un espíritu de tolerancia que temple las pasiones

de escuela ó de parcialidad, ó bien á la infiltración en los espíritus de un sentido más práctico, más moderno, que da mayor importancia que á las formas políticas á lo sustancial en la vida de la nación, el hecho es que no apasionan ya las discusiones políticas, ni las de otro género orientadas hacia la política y enderezadas á algún fin que á ella pertenezca. Y si á consecuencia de esto ha disminuído mucho el interés que los mismos debates parlamentarios inspiran, no es raro que la vida de los Ateneos y Centros de esta clase, que tuvieron algo de Parlamentos espontáneos, no oficiales, haya llegado á ser muy lánguida y decadente. Se ha planteado para ellos el dilema de convertirse en casinos poco divertidos ó transformarse en centros docentes libres, en órganos de difusión de cultura, exentos de las mil trabas y de la reglamentación á que están sujetos los establecimientos sostenidos y dirigidos por el Estado.

El Ateneo ha optado por lo último y ha hecho bien. En dos meses ó poco más se han organizado los Estudios de este año; se han formado los cuadros de enseñanzas; se ha reunido el profesorado; se ha alcanzado la subvención del Gobierno, y hasta se han redactado los programas de varios de los cursos. No puede pedirse mayor actividad, y al formar juicio sobre los resultados de este ensayo, sería injusto olvidar que ha sido casi una improvisación.

*
* *

El discurso que leyó el Sr. Moret en la apertura de estas cátedras, tuvo por fin principal, como era de suponer, explicar el carácter y fines de la nueva institución de enseñanza. Hay observaciones muy atinadas en el trabajo del presidente del Ateneo, pero sería exagerado, sin duda, decir que ha hecho un estudio profundo de lo que debe ser esa enseñanza superior, establecida por iniciativa de una corporación privada que se

ha adelantado á la acción de los centros oficiales, encargados de la tutela, dirección y ejercicio de la instrucción pública.

Hay que reconocer que se abusa de nuestros hombres políticos. Como la política es la principal profesión en España, se quiere que intervengan en todo y que todo lo dirijan los que en ella alcanzan posiciones elevadas. No hay corporación científica, literaria ó de cualquier otro género que, siendo de alguna importancia, se contente con menos de tener por presidente á un exministro. Diríase que nuestro régimen es un mandarinato chino al revés, porque allí la instrucción, los grados de enseñanza, lo que aquí llamaríamos la *Universidad*, son el camino que conduce á las posiciones oficiales, y aquí son éstas las que conducen á todo lo demás.

No lo censuro. Acaso el instinto popular comprende que cuando una profesión adquiere predominio sobre todas las otras, atrae á sí á las capacidades superiores. Y siendo aquí la política esa profesión privilegiada, los que en ella se distinguen y sobresalen deben de ser (y acaso sean) lo mejor, la *élite*, que dicen los franceses, lo más selecto y refinado de la aristocracia del pensamiento. Pero como se les obliga á ser enciclopédicos, no tienen tiempo para atender á todo, y sus trabajos (como los cursos superiores de este año en el Ateneo) suelen tener mucho de improvisación.

Cierto que si los que se ven obligados á *improvisar* son, como el Sr. Moret, á más de políticos distinguidos, hombres de mucha cultura y claro talento, salen airosamente del paso. Pero harían más y mejor si se les dieran mimbres y tiempo, es decir, si á cada uno se le pidieran trabajos correspondientes á su especialidad, á sus aficiones, á sus estudios, y sin el apremio de plazos perentorios, porque, crea lo que quiera el público, una cartera ministerial no lleva aparejada como añadidura la posesión de la ciencia infusa, y el hecho de haber sido consejero de la Corona no exime al que ha llegado á esa altura de la necesidad de estudiar las cosas para discurrir con acierto acerca de ellas, ni le obliga tampoco á entender de

todo. Con que entendieran lo bastante de su oficio de gobernar los que á ello son llamados, no habría razón para pedirles otra cosa.

*
* *

¿A qué fin, á qué aspiración responden los estudios superiores creados en el Ateneo? El Sr. Moret contesta señalando varios de esos fines, que bien pueden reducirse al de suplir las «inevitables deficiencias — así las llama — de la enseñanza oficial.»

En lo de que hay tales deficiencias todos estamos conformes; no así en que sean inevitables por completo. Pero dejando esto á un lado, es notorio que tales deficiencias pueden ser de dos clases: las que pudieran llamarse *cuantitativas*, consistentes en la omisión de ciertas materias, de ciertas *disciplinas* nuevas (si es que las dos palabras pueden avenirse) de las ciencias novísimas, que ayer eran ramas ó secciones de una ciencia madre, de un sistema *clásico* de conocimientos, y que hoy, diferenciadas ya, tienen personalidad propia y se han declarado independientes. Deficiencias de esta clase hay muchas. Aunque aquí las reformas de los planes de enseñanza suelen ser frecuentes, tales modificaciones no alteran lo esencial, ni pasan de la superficie, reduciéndose casi siempre á cambios en los detalles, y principalmente en el *procedimiento administrativo* de la enseñanza. Todo viene á parar en que las asignaturas de la Facultad de Derecho, v. gr., se estudien en seis años en vez de cinco, ó en que el Derecho romano se *comprima* y ocupe un solo curso en vez de permitirse el lujo de dos, etc., etc. De donde resulta que nuestros planes de enseñanza están calentitos, recién salidos del horno oficial, y corresponden ya á un figurín atrasado.

Más importante es el segundo género de deficiencias: las

cualitativas, las referentes á los métodos, á la profundidad de los conocimientos, á la capacidad de las personas á cuyo cargo corre la función de la enseñanza. Al cabo, las deficiencias de la primera clase pueden subsanarse más fácilmente y representan menor inferioridad. Aunque no se enseñe todo, si lo que se enseña se enseña bien, no puede calificarse, en justicia, de enseñanza inútil la que cumple esta condición. Pero si se enseña mal, no hay que preguntar más; es, de todas maneras, tiempo perdido.

A juzgar por las noticias que tengo, los estudios superiores del Ateneo más parecen enderezados á subsanar las primeras deficiencias que las últimas. Las *asignaturas* ó materias que comprenden no figuran en los cuadros de las Universidades (al menos en la forma en que aparecen en el plan de estudios del Ateneo). Pero el método parece ser el mismo: el método puramente expositivo, *unilateral*, en que el profesor es sólo el elemento *activo* y el alumno elemento *pasivo*, *receptivo*, al cual corresponde meramente asimilarse ó, menos aún, archivar en la memoria, la ciencia que le den ya hecha y acabada. Para que nada falte, hasta los apuntes han pasado de la Universidad al Ateneo.

Acaso era esto lo más necesitado de reforma. Nuestra enseñanza es uniforme, *monorítmica*, por no decir monótona. Desde la escuela de primeras letras ó desde el Instituto de segunda enseñanza hasta las cátedras de doctorado en Facultad, el procedimiento es el mismo, y la memoria la facultad que principalmente se pone en ejercicio. Este carácter de la enseñanza bastaría por sí solo para explicar la falta de originalidad científica que se observa entre nosotros, y disculpa, si es que no justifica, la opinión de los que sostienen que un buen libro sería tan útil como cualquier profesor y no costaría catorce mil reales al año. Verdad es que esta cifra es una contestación muy atendible á las críticas que pudieran hacerse de nuestro profesorado oficial.

Sin embargo, los cursos del Ateneo tendrán siempre una

ventaja: la libertad por parte de profesores y alumnos. En los mismos días en que los estudiantes de la Universidad inauguraban la acostumbrada huelga con que anticipan las vacaciones de Navidad, las clases del Ateneo veíanse tan concurridas de alumnos como de ordinario. Aquellos se exponían á *quedarse para Septiembre*, á incurrir en las iras oficiales, á no sé cuántas cosas más, recordadas en tono conminatorio por una circular de la Dirección general de Instrucción pública; los últimos no se exponían á nada dejando de asistir. Acaso por esto asistían. Quizás influyesen las diferencias de edad. En las Universidades se empieza á estudiar muy temprano, y nuestra juventud, precoz para otras cosas, no suele serlo en la afición al estudio. A los dieciocho años no es lo común entusiasmarse con Claudio Bernard ni con Papiniano, y las novelas de Zola gustan más que Homero.

Pero influye más, á mi parecer, que esta causa, el régimen de reglamentación y de coacción en que está basada la enseñanza oficial y cuyo efecto es contraproducente. La coacción es buena para obligar á la abstención; poco eficaz para producir la acción positiva, y menos cuando esta acción requiere—como la que se pide al estudiante—condiciones de atención y de voluntad, de esfuerzo personal, sin las cuales es estéril y sólo aparente. El Estado, al ocuparse en que los alumnos asistan con puntualidad á clase, usurpa atribuciones que corresponden á los padres de familia, á los auténticos, no á la sociedad que anduvo en litigios con la Bella Chiquita y con los concurrentes al Liceo Rius.

La sublevación periódica de los estudiantes al aproximarse las vacaciones de Navidad, es la mejor prueba de la ineficacia de este sistema, que no sólo es ineficaz, sino perjudicial. El *plante* estudiantil acabará el día en que no sea obligatoria la asistencia á clase, en que no se publiquen circulares amenazando con la pérdida de curso y se deje á cada uno en libertad de concurrir ó no á las aulas. Los estudiantes que quieran tomarse con anticipación las vacaciones, no tendrán interés al-

guno en obligar á sus compañeros á imitarlos. A los revoltosos se les quitará el aliciente de quebrantar el reglamento y de no hacer caso de las excitaciones del señor Director de Instrucción pública. Los verdaderos estudiantes asistirán sin temor á disgustos ni coacciones, y es casi seguro que, al cabo de muy pocos años, desaparecería esta costumbre, y lo que no se ha conseguido con amenazas, circulares y correcciones disciplinarias, se conseguiría por medio tan sencillo, como el de dejar á cada uno en libertad de hacer lo que mejor le pareciese. El Estado cumple el contrato que celebra con el estudiante, suministrándole los medios de enseñanza. Si no quiere utilizarlos, allá él. Es como si un sujeto, después de tomar billete para el teatro se queda en casa. El empresario no tiene derecho á quejarse.

Lo anterior, como comprenderá el lector, es sólo un ejemplo de las ventajas que ofrece el régimen de libertad en la enseñanza, por lo que respecta á los alumnos. Para estos es un medio eficaz de selección que excluye, sin trabajo, á cuantos no sienten la vocación necesaria. En cuanto á los profesores, bien puede decirse que la libertad de exposición y de doctrina es condición precisa para el desempeño de la misión que les está encomendada. Para la ciencia no hay motivos superiores á la verdad, ni los hay siquiera distintos de ésta. Y la verdad no puede definirse por vía de autoridad, siendo tan falible y variable el conocimiento que tenemos de ella, pues ni el Estado puede pretenderse infalible, ni los *organismos administrativos*, ó sea el Ministerio de Fomento, ofrecerían mayores ni iguales seguridades de acierto para determinar la distinción entre lo verdadero y lo erróneo, que los especialistas dedicados al cultivo de una clase de conocimientos.

Mas en este punto no representará una gran innovación la Escuela de estudios superiores del Ateneo. Aunque el régimen de nuestras Universidades no sea autonómico, y los claustros tengan poca intervención colectiva en la organización y dirección de los estudios (quizás por no haber mostrado perseve-

rante empeño en conseguirla), la cátedra es libre. En los raros casos en que se producen choques entre la libertad del profesor y las limitaciones legales establecidas, si por parte de la administración pública hay alguna arbitrariedad, que suele ser siempre contrarrestada por las protestas de la opinión pública, por parte de los profesores hay casi siempre falta de discreción, de espíritu conciliador, de respeto á las opiniones ajenas; olvido de las inevitables restricciones que imponen al elemento progresivo los elementos históricos y tradicionales. Y esta discreción, que con frecuencia se echa de menos en tales conflictos, lejos de estar reñida con la libertad, es parte de ella, pues la libertad es transigencia, no espíritu sectario puesto al servicio de un dogmatismo cualquiera. A mi entender no hay contradicción alguna entre esto y la independencia que puede y debe pretender la verdad científica. Estos conflictos no los motiva la verdad por sí misma, pugnando contra las resistencias *misoneistas*, sino la manera de exponerla y las aplicaciones que de ella quieren hacerse, fuera ya del campo puramente científico.

*
* *

Como lo de suplir las deficiencias de la enseñanza oficial es cosa muy vaga, por su misma generalidad, el discurso del señor Moret precisa algo más los fines y el carácter de los *Estudios superiores*. Y entre otros fines, comprendidos en aquél como partes en el todo, señala el presidente del Ateneo en primer término «la sistematización de los conocimientos oficiales,» explicando con el siguiente razonamiento el por qué de esa aspiración:

«Sabido es—dice—el carácter de la enseñanza que se da en nuestras Escuelas y Universidades; no entiendo criticarlas al señalarlo, ni dirigiéndome al Ateneo pueden mis palabras

encerrar críticas ó censuras; ese carácter de la enseñanza oficial es *el de ser exclusivamente destinada á la preparación para la vida práctica*, para el resultado inmediato, para obtener un título académico, que permita entrar en una carrera. Con esto ya se dice la manera de organizarse y el método de enseñanza, sin *más unidad que la del tiempo y la del propósito*, y sin otra sistematización que la que resulte de las condiciones personales del profesorado. Y si se tiene en cuenta que los profesores no tienen *más preparación que la que ellos mismos se han dado* y que llegan á sus cátedras cuando la oposición ó los méritos legales se lo permiten (?), *se verá claramente* la imposibilidad de que los alumnos sinteticen y unifiquen los diversos y múltiples conocimientos que en breve espacio y con incesante apremio reciben de diversos maestros, partidarios por necesidad de escuelas y teorías diferentes, cuando no contradictorias.»

Sin pretender yo en manera alguna que los estudios oficiales sean un modelo de sistematización, ni mucho menos, me parece que de las razones expuestas en el párrafo copiado no se deduce tan claramente, como supone el Sr. Moret, la imposibilidad de que haya unidad y sistema en las enseñanzas de las Universidades del Estado.

Sobre si la enseñanza universitaria es principalmente práctica, de inmediata aplicación, habría mucho que decir. Podría y aún debería serlo, sobre todo en el período de la licenciatura. En la Facultad de Derecho, por ejemplo, se comprende sin dificultad la distinción entre una escuela práctica de abogacía, de explicación y aplicación (principalmente de aplicación) del Derecho constituido y una enseñanza científica de Jurisprudencia. La primera podría ser la licenciatura actual, más corta; la segunda un Doctorado, más largo que el que ahora existe.

Pero en la realidad no ocurre esto. La enseñanza universitaria adolece, por el contrario, al menos en algunas Facultades, de poco práctica, de insuficiente como preparación para

las aplicaciones profesionales, y de superflua quizás en fárrago teórico, por lo común de escasa originalidad y no gran valor científico. Lo general es que los alumnos salgan de la Universidad sin la preparación práctica necesaria para el ejercicio de una carrera. Esa práctica se adquiere después que los títulos académicos, y así se ve que los graduados en leyes van á buscarla á los bufetes de abogado ó á los oficios de notario; los médicos noveles sirviendo de ayudantes á los facultativos ya experimentados, y los que piensan dedicarse á la enseñanza, ensayándose en colegios ó academias particulares. Entre los *letrados* (en el sentido amplio, como si dijéramos entre los *universitarios*) es muy general la idea de que cuando se empieza á *aprender* (á aprender prácticamente), es cuando se sale de la Universidad. Alguna exageración habrá en ello, mas no es errónea del todo esta opinión.

Pero aún concediendo que tuviera la enseñanza oficial ese carácter práctico, ¿por qué habían de estar reñidas con él la unidad y el sistema? La unificación y sistematización docentes son, por el contrario, más fáciles cuando se trata de enseñanzas prácticas. En ellas se opera en terreno bien definido y deslindado de antemano; las opiniones individuales discrepan menos y tienen menor importancia; hay menos elemento *subjetivo*, más objetividad, más concreción y claridad en el objeto, todo lo cual ayuda mucho á la unidad, á la sistematización. El que los profesores no tengan «más preparación que la que ellos mismos se han dado», no es tampoco una razón de peso, puesto que lo mismo sucederá con los del Ateneo; y por otra parte, si esa preparación es buena, su origen no ha de hacer á los profesores menos aptos para la tarea lógica de sistematizar, ni más capaces si es mala.

En cuanto á que los alumnos reciban las enseñanzas de «diversos maestros, partidarios, por necesidad, de escuelas y teorías diferentes, cuando no contradictorias», ¿cómo no ha de suceder lo mismo en el Ateneo y en cualquier centro de enseñanza que no sea precisamente la antítesis de la escuela libre

que trata de crear aquella corporación? ¿Profesarán las mismas teorías el Sr. Orti y Lara y el Sr. Simarro, los dos profesores de Filosofía en el curso actual del Ateneo? Buscar la unidad y el sistema por este camino, es exponerse á no hallarlos ni en los Seminarios, ni en las Facultades de Teología protestantes; la misma unidad de credo existente en estos establecimientos, no puede suprimir las diferencias de escuela entre los profesores.

Sin duda, el Sr. Moret quiso decir otra cosa. La sistematización es, en efecto, materia de estudios superiores, como que es una de las más altas funciones científicas, de carácter lógico. Se explica fácilmente la conveniencia y aun la necesidad de una enseñanza especial de este género, que fuese como un mapa de los conocimientos humanos, en el cual apareciera cada uno en el lugar y con las proporciones correspondientes. Asimismo se explica la necesidad de un trabajo particular análogo, dentro de cada ciencia, pero la verdad es que en el cuadro de estudios superiores del Ateneo, no se ve la sistematización, ni el sistema, por parte alguna.

Júzguese por la distribución de cátedras, divididas en los siguientes grupos: *Literatura y Ciencias históricas, Filosofía, Ciencias morales y políticas, Medicina, Ciencias exactas, físicas y naturales, Ciencias militares, Bellas Artes*. Ni con ayuda de los rayos X se descubre aquí el menor asomo de clasificación ni de sistema científicos.

Si se examinan las asignaturas que comprende cada grupo, la impresión es la misma. La sección de Filosofía, por ejemplo, comprende dos cátedras: de Filosofía de Santo Tomás y de..... Psicología fisiológica. La unidad anda de incógnito. En el grupo de *Literatura y Ciencias históricas* dudo mucho que haya alguien capaz de comprender el sistema que forman las siguientes asignaturas: *Los grandes polígrafos españoles, La novela en el siglo XIX, Literatura contemporánea, Orígenes de la lengua castellana*. Lo mismo puede decirse de los otros grupos, que no cito en obsequio á la brevedad. Quien quiera

que lea la *Lista de profesores y asignaturas para el curso de 1896 á 1897*, inserta en el mismo folleto en que ha sido publicado el discurso del Sr. Moret, con otros documentos relativos á los Estudios superiores, comprenderá que éstos no forman un verdadero *sistema* orgánico de enseñanzas, sino una serie de asignaturas independientes y, por lo general, poco relacionadas entre sí. Y en cuanto puede juzgarse por los programas publicados de varias de estas asignaturas—muy diferentes, por cierto, en la extensión y en el *detalle* de su contenido,—tampoco resulta de ellos que la sistematización ocupe dentro de cada uno el lugar preferente que le asigna el Sr. Moret en su discurso.

Debo advertir que las anteriores observaciones no las he hecho con ánimo de censurar la organización de los nuevos cursos en el Ateneo. Un *sistema* completo de enseñanzas no se improvisa en dos meses, ni necesita tampoco tener este carácter una Escuela como la establecida por aquella corporación. Así, pues, al discurso, y no á los estudios, se dirige lo que llevo dicho.

Mucho más podría añadir acerca de otros puntos del trabajo del Sr. Moret. No me queda ya espacio para ello en esta crónica, y sólo consignaré, para que no se vea en ella predisposición alguna á la censura, que el elocuente autor del discurso señala con gran acierto uno de los caracteres principales que deben tener los nuevos estudios del Ateneo, al ver en ellos un medio *de satisfacer sin esfuerzo y sin resistencia aquellas necesidades que las enseñanzas históricas* (la enseñanza oficial) *no pueden atender sino largo tiempo después de sentidas*. Plausible es también la declaración referente á la imparcialidad absoluta y á la tolerancia que deben reinar en estos estudios, y es asimismo exacta la observación incidental relativa á la necesidad de que la prensa, hoy verdadera institución poderosa é influyente, *ilustre* á la opinión pública, empezando por ilustrarse ella, como dejó entender el señor Moret.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRÓNICA INTERNACIONAL.

Dificultades entre Rusia y Francia, promovidas por el estado económico de Turquía.—Las elecciones húngaras.— Los esclavones y Austria.— Las salidas de Bismarck. — Su antigua oposición á la unidad alemana y al ministerio de Prusia en Alemania.— Errores de Bismarck.— Semblanza del gran político. — Error de haber conquistado Alsacia y Lorena.—Política española.—Muerte de Maceo.—Importancia de este suceso —Mensaje de Cleveland.—Reflexiones.—Conclusión.

I

Como todos maldecimos la guerra, nos regocijamos en cuanto llega ó asoma por cualquier parte un albor de paz. Y á todo aplaudir aplaudimos los contratos, mediante cuyos cánones han quedado en paz Italia y Abisinia. Parecería imposible hubiese cometido en este lustro el pueblo italiano respecto de la negra y apartada Etiopía un error tan grave, si no recordáramos el cometido por los gobernantes franceses allá en el Norte, respecto de la cercana y conocida Germania. Creían los imperiales que, ayudando los celos del Mediodía contra las tierras boreales de Alemania, promovidos por el fondo feudal restante aún hoy en las regiones alemanas, darían en el suelo con Prusia; y creían los italianos que, apoyando á los feudatarios de Abisinia, como el regulo Magaccia, iban á dar en el

suelo con Menelik. Ni sucedió lo que presagiaban tantos escritores franceses antaño, ni ha sucedido lo presagiado ahora por tantos escritores italianos. El hijo de Baviera y de Suabia prefirió al soldado francés el soldado prusiano, porque tenía su propia sangre ú origen éste; y los reyes enemigos de Menelik le obedecieron y acataron, porque si no tienen una idea tan progresiva como la idea de patria, grande, nacional, sienten por sus hijos el amor mismo que sienten por sus cavernas y por por sus hogares y sus cachorros los brutos del desierto. Así el valor sobrehumano de la gente italiana llegó á estrellarse contra las resistencias materiales opuestas por desfiladeros inexpugnables y las resistencias morales opuestas por supersticiones invencibles. Todo el país abisinio, en cuanto vió la tutela pretendida por el extranjero, alargó el cuello á la coyunda, que le dejara tanto callo por su duración, á la coyunda mantenida sobre su cerviz por el tradicional emperador. En efecto, había éste convenido en el pacto de Vicelay, creyendo que sólo se trataba de una cordial alianza. ¡Cuánto no sería su asombro al ver que se trataba de un protectorado ejercido por los italianos sobre su imperio, protectorado parecido al que ahora mismo ejercen los franceses sobre la regencia de Túnez! La primera vez, que sospechó su cambio de posición, fué al recibir una carta de la reina Victoria, sin todos los antiguos títulos, sin claridad, por supresión extrañada por él, pero cuyos motivos no vió con claridad, hasta que le dijo en otra comunicación regia su compañero, el emperador de Alemania, que no podría entenderse con su persona de igual á igual en relaciones diplomáticas, sino con su protector, con el rey Humberto, según la letra del pacto de Vicelay, sumo imperante de Abisinia. En el tratado de lengua etiópica, Humberto era sólo aliado de Abisinia; en el tratado de lengua italiana, protector. Menelik se llamó á engaño, enfureciéndose de que se hubieran reído así los italianos en sus barbas. De aquí la guerra; y es esta guerra la conocidísima desgracia de Italia. Y en esta desgracia sus prisioneros consigüentes. Y para estos pri-

sioneros la conmiseración universal. Hace tiempo que pasó; mas la diligencia del Pontífice por sus compatriotas, enviando al prelado Macario para que los redimiese del cautiverio y los repatriase á su Italia, exige todos los aplausos y todos los loores que le ha concedido la opinión pública. Por haberse la gestión del Papa frustrado en menudencias diplomáticas ó guerreras, independientes de su voluntad y ajenas á su poder, estos aplausos y loores han disminuído; pero no está para mí su precio en el resultado, está en el intento. León XIII, anteponiendo y sobreponiendo á todo el carácter severo de padre de los fieles, para intervenir á favor de los que un soberano intransigente consideraría súbditos rebeldes, acaba de dar un paso hacia la reconciliación entre la Sede pontificia y la Italia libre, tan útil y laudable como el dado para reconciliar la Sede pontificia y la República francesa, reconciliaciones cuyas consecuencias al cabo interesan, y sirven y prosperan la democracia universal.

Menelik, á quien creíamos el peor de los bárbaros, aparece como el mejor de los civilizados: su hermoso lenguaje, notificando á los Estados europeos la paz, nos ha dicho que tiene motivos para creerse á sí él, y para que le creamos los demás, un digno descendiente del sabio Salomón. Majestad en su actitud, magnificencia en la recepción de los embajadores, magnanimidad con los prisioneros, olvido de las injurias, deseos de paz extraña en quien es considerado como jefe y cabeza de una especie nacida y criada para el combate y el exterminio; todo esto ha mostrado Menelik en crisis tan grave, al resolverla por la concordia y por la conciliación. En vano algunos periódicos alemanes pesimistas pretenden aún la continuación del conflicto, y predicán imposible política de guerra: el mundo está en universal alegría, porque Italia está en absoluta paz.

II

Las elecciones de Hungría dieron por fin la razón al partido de los liberales y mandaron de los comicios á la Cámara lo más indispensable al buen régimen parlamentario: una mayoría numerosa y compacta. Cuando vemos cómo se divide y desmigaja el partido liberal inglés; cómo, tras la política del buen amigo Depretis, no quedara, ni á la derecha el antiguo formidable grupo conservador, ni á la izquierda el progresivo grupo radical en Italia; cómo las Cámaras francesas son el caos y los ministerios viven de milagro y los ministros surgen por casualidad ó sorpresa; cómo en Bélgica la división de liberales y demócratas ha traído la eterna dominación de los reaccionarios, levantados ¡parece imposible! sobre los pavese del sufragio universal, nos halaga y satisface mucho que aún exista un partido liberal numeroso en pueblo, tan útil y necesario al progreso humano, como el pueblo húngaro, por cuya libertad é independencia tanto nos afanábamos en los tiempos de su opresión y de su desgracia. Dicen por ahí, sin fundamento, según unos, con fundamento, según otros, que las elecciones adolecen de falsas en Hungría, y que los electores votan mucho antes al mandato del Gobierno que al mandato de la conciencia. Se me hace duro de creer no haya en Hungría una opinión media liberal, muy sólida y fuerte, á favor de la evolución, que tantos bienes le ha reportado, mientras la revolución le dió una gran gloria, pero la gloria del martirio. Yo comprendo todo cuanto habrá contrariado al joven Kossuth esta derrota de los aspirantes á una independencia completa, idea épica, y cual todas las ideas épicas, más hermosa que realizable, pero capaz de tanta luz y calor como los que penetran en las esferas de lo por venir más remoto y en el acerbo de las

esperanzas populares más vivideras. La razón de hallarse unida con el Austria Hungría subsiste hoy como cuando sus reyes fueron á deponer al pie de nuestro gran Carlos V su corona hereditaria, y á pedir los enlaces de familia, incapacitados los cuitadísimos de vivir en su nido si les faltaban las dos alas y las dos cabezas del águila imperial. Como entonces al Austria se arrimaban los húngaros para que los sostuviera contra la inundación turca, hoy al Austria se arriman para que los preserve de la inundación esclavona. Mucho el alma esclavona odia el dominio de Alemania; pero aún odia más el dominio de Hungría. Para un esclavón clásico los húngaros no son europeos, ni arios siquiera, son tártaros. Llámanlos hijos de Atila y los creen atilecos todavía, y los consideran como los ángeles exterminadores, pintados con colores tan horribles en el Apocalipsis. No ha menester un croata que lo azuzen para correr tras un madgyar. Lo huele como las especies enemigas se huelen unas á otras, y lo atisba para hundirle hasta el corazón sus armas. Y lo que pasa con los croatas, pasa con los servios. A cada paso y á cada instante la odiosidad estalla. Y en esta odiosidad los esclavones del Danubio han salido contagiando, no solamente á sus afines los ruthenos, á los rumanos de Transilvania, y á los mismos conservadores de Viena, cuyas cóleras religiosas parecen asestadas á la tribu de Israel en apariencia y en realidad van asestadas á la gloria y á la grandeza de Hungría. En esta suerte de dificultades, yo les aconsejaría siempre á los húngaros que no cambiasen el método evolutivo y la política conciliadora del gran Deack por el método revolucionario y la política radical del gran Kossuth. Cierto que hay muchos elementos ultramontanos y muchas exaltadas pasiones católicas entre los húngaros. Pero esta inmensa calamidad más debe hacia la conciliación empujarlos que no hacia la intransigencia. Cierto que subsisten algunas reliquias del antiguo régimen, ridículas por su incongruencia con la libertad vencedora hoy, odiosas por los recuerdos que despiertan siempre. Tal juzgo la práctica de ir los

diputados el día de apertura solemne al palacio real, reconociendo ajena supremacía, en vez de ir el rey al Congreso, en reconocimiento de la soberanía popular y de su dependencia del Código fundamental, como ha sucedido entre nosotros los españoles siempre. Pero estas contradicciones, connaturales á la especie humana, sólo pueden acabarse cuando se acabe nuestra especie, ó llegue, por una evolución supranatural, como dicen ahora los filósofos, á cambiarse la contradictoria y doble naturaleza. Felicitemos á los húngaros y holguémonos con su libertad progresiva como con su real independencia.

III

Como Hungría necesita de Austria, necesita por su parte Austria de Alemania. Sin este poderoso contrafuerte, le caería encima el golpe de la catarata esclavona. Su política, dedicada siempre con empeño á mantener el inestable y peligroso equilibrio en los principados del Danubio, demuestra cómo, puesto entre el martillo y el yunque, necesita de Germania el Imperio contra Esclavonia y de Esclavonia contra Germania. Si no fuese por los esclavones, ya estarían los alemanes en Viena; y si no fuera por los alemanes, ya estarían los esclavones en Constantinopla. Y he ahí la causa de que no haya conmovido al Austria tanto como debiera conmoverla el escándalo que acaba de promover Bismarck al revelar las dobles relaciones contradictorias de Alemania con Rusia, de Rusia con Francia. Las amistades recientes de austriacos y Hapsburgos con Brandeburgos y Alemania no provienen del propio albedrío de aquéllos ni son obra de su voluntad; provienen del seno de fatalidades múltiples, cada cual más adversa y más incontrastable. Para mí el rompimiento de un secreto como éste, depositado por toda una eternidad en Bismarck, me re-

vela una vez más el maquiavelismo de los poderes y de los personajes déspotas y tiranos, confirmándome de veras en el juicio de que Maquiavelo enseñó por medio de su Príncipe al déspota su Código perpetuo, después de haberlo estudiado con la frialdad propia de un profundo naturalista, como Buffon pudiera estudiar los animales, como Linneo las plantas. Lo que han hecho entre Bismarck, natural combatiente, natural dominador, diplomático al modo y manera del Renacimiento, entre Bismarck y Alejandro III, de quien se ha querido hacer un verdadero santo, inscrito en el calendario de las democracias, lo que han hecho me recuerda lo que hizo Luis XVI cuando jurara la primer Constitución francesa, y luego pusiera la prueba de su perjurio y la resolución de su juramento en manos del primo de España, Carlos IV; ó lo que hizo Fernando VII cuando declaró que marcharía el primero por la senda constitucional, y luego abrió la puerta por donde penetraron en la patria los cien mil hijos de San Luis, mandados por los Borbones franceses, á oprimir, de acuerdo con los realistas españoles, nuestra manumitida España, y á ennegrecer con el crimen de esa intervención extranjera nuestra limpia Historia. Conózcase muy bien que Austria sólo puede tropezar y caer en la guerra por un encuentro con Rusia. ¿Cómo era posible una inteligencia ó acuerdo con los dos enemigos á un tiempo, sin sostenerlos en sus contiendas á uno y á otro de veras, ó abandonarlos á la respectiva suerte suya, como se puede abandonar al destino y al imperio del destino á cualquiera potencia enemiga ó indiferente. Y si al Este de nuestra Europa sólo puede un conflicto entre Rusia y Austria, en el centro sólo puede haber un conflicto entre Alemania y Francia. Si en el tiempo de tal contrato entre Bismarck y Alejandro, le hubiese dado á Francia cualquier tentación guerrera contando con Rusia, quedárase completamente sola en su demanda, y sola hubiera tenido que correr la deshecha borrasca, y sola que sufrir los mandatos del implacable destino. Conforme va la historia del tiempo corriente aclarándose, ven los ojos del alma con

mayor claridad cuán adverso fuera para los progresos humanos aquel crimen que nos arrebatara el redentor de los siervos, Alejandro II, en la hora misma de apereibir una Constitución á su pueblo. No había el año setenta y cuatro inteligencia de ningún género entre rusos y franceses; y al ver Bismark la milagrosa facilidad con que había el pueblo francés pagado su costoso rescate y lo rápidamente que salía de su convalecencia volviendo á su poder, á su fuerza y á su riqueza, trató de aplastarlo para siempre y proyectó una guerra inmediata. Pero estaba el tercer Alejandro en su trono y le puso el veto suyo al acuerdo de tan guerrero Canciller, conservando en su caridad cristiana y su arbitraje humanitario la paz europea, que todos los verdaderos demócratas pusiéramos definitiva y perdurable. Así la memoria de Alejandro II ha subido tanto en el culto universal, como ha bajado la memoria de Alejandro III, viéndose claro que á Francia convirtió éste los ojos cuando no tuvo ya otro remedio, cuando la caballeresca lealtad de Caprivi rehusó renovar el maquiavélico tratado de Bismark. Pero no puede negarse la grandeza política de un hombre que, desde su apartamiento forzoso, malherido por la ingratitude imperial, sin medios coercitivos contra la enemistad implacable de sus numerosos contrarios y sin fondo de reptiles, como antaño, que le granjeen traidoras campañas en su pro, amarga los regodeos con que los franceses comentaban la visita del Czar; muestra, como aquellas tradiciones tan encarecidas por éste, loando á su padre, apenas alcanzan un lustro; dice á italianos y austriacos, vengándose de quien le ha despedido como un lacayo cuando él es más verdadero César natural que todos los Césares hereditarios juntos, cuán pocas esperanzas pueden librar sus aliados en las palabras y promesas de Alemania; hiere á su enemiga la emperatriz y á sus émulos de Inglaterra con arma superior en punta y en filo al odio, con el desdén; revela cuánto ha perdido su patria perdiéndolo por un capricho del Emperador antes que se los arrebatara Dios por un decreto de la eternidad, y desconcierta todo el con-

cierto europeo, y quebranta los supuestos grupos de alianza, y perturba la diplomacia universal. Contemplemos tal figura un instante.

IV

Bismarck ha tomado en la historia moderna esa estatura colosal, que únicamente se puede alcanzar adhiriendo la voluntad y la conciencia individuales á una idea como la unidad alemana. Y tiene tanto mayor mérito esta increíble adhesión, cuanto que nunca, desde su niñez á su edad madura, estuvo por semejante idea. Muy al revés, nosotros, los demócratas, la defendimos en todas las ocasiones imaginables, con todas nuestras fuerzas, cuando á duras penas germinaba. Yo fuí partidario de la unidad germánica, como fuí partidario de la unidad italiana. Para mí las personalidades superiores, determinadas por el tiempo en el espacio, con su alma y su lengua y sus letras y su arte; obedientes á la ley de variedad que forja los individuos y tendiendo á la unidad que compone los géneros; animadas por el derecho moderno y respirando el humano espíritu, representan y significan órganos tales de progreso, que precisa con todas nuestras fuerzas avivarlas y mantenerlas contra todos los enemigos que las combaten ó las retardan. Como en 1856, cuando nadie creía próxima la unidad italiana, yo la presagié, anunciando su victoria en discursos nunca por Italia olvidados, en 1861, cuando nadie creía próxima la unidad alemana, yo la presagié, anunciando su triunfo en artículos, de que nadie tiene noticia en Alemania, y que no puedo llamar olvidados, pero sí llamaré desconocidos por completo. Redactaba yo entonces *La Discusión*, de Madrid, y al comentar, en cumplimiento de mis deberes, las consecuencias varias que traería la muerte de Federico Guillermo IV apare-

jadas, de Federico Guillermo IV, el romántico y el reaccionario, escribí estos presagios, confirmados luego por la sucesiva historia, los cuales presagios pueden verse hoy mismo en los números del periódico citado arriba, correspondientes á los días 25 de Febrero y 10 de Marzo de 1861. «Cuando el cañón de la Francia revolucionaria—decía yo,—rodaba últimamente sobre las cumbres de los Alpes, pronto á romper los tratados de 1815, moría el estadista, encarnación de estos tratados, alma de la reacción universal, que se iba en el humo de aquellos combates, moría Metternich. Cuando Italia, feliz y libre, forjaba la corona de su brillante unidad, moría el personificador de la servidumbre italiana, moría el rey Fernando de Nápoles. Y hoy, que agitada y convulsa la confederación germánica, vive como nunca el pensamiento de unidad en Alemania, necesitando Prusia, para cumplir sus destinos providenciales, adaptarse al ministerio mismo representado por el Piamonte allá en Italia, hoy muere, tras agonía tan larga y tenaz como la triste de los principios por él representados, Federico Guillermo IV, el gran reaccionario, el gran Juliano el apóstata de la filosofía y de la libertad germánicas.» Y como un doctor alemán, el doctor Hossaeus, de paso por Sevilla, contradijese desde tal ciudad mis asertos, yo le contestaba entonces en los términos siguientes: «Prusia representa en el mundo la libertad de pensar, y representa en Alemania la nueva idea política. Si no representa esto en la filosofía y en la historia, no representa nada. En la Edad Media, Prusia era un miserable feudo de la orden teutónica, la cual se veía precisada por los usajes y por las leyes á entregar al Papa su conciencia y al emperador su voluntad. Todos los grandes movimientos del espíritu moderno resultaron á la postre favorables para Prusia. Por la Reforma, que predicaba la libertad de pensar, pasó de feudo á monarquía. Por la paz de Westphalia, que proclamaba, como derecho internacional, la libertad de conciencia, pasó de monarquía pequeña á monarquía mayor. Por virtud y obra de la filosofía enciclopédica, cuyo espíritu subió el trono

con Federico II, pasó de monarquía germánica puramente, á gran potencia europea. Por influjo de la revolución francesa, que hundió el antiguo sacro romano imperio de Austria, tomó para sí la representación casi exclusiva del mundo alemán. Por la misma revolución del 48 estuvo en vísperas de ceñirse la corona del imperio antiguo. Ahora el movimiento de ideas, que nos impele á todos, impélela con empuje grandísimo á ser, bien ó mal de su grado, como el Piamonte en Italia, la espada de la libertad y de la unidad alemanas, indispensables para contener las ambiciones del Imperio bonapartista francés, para impulsar el Imperio ruso al Asia, y para suprimir en Alemania el Imperio austriaco, ese Nabucodonosor del absolutismo, poderoso como un Dios é informe como un monstruo.» Pues bien, mientras los demócratas decíamos esto, Bismarck decía precisamente lo contrario. Burgrave alemán, campesino pegado al terruño como las raíces de las plantas, feudal caballero, se oponía con todas sus fuerzas á la unidad alemana, ora la formularan los partidos demócratas en Francfort, ora la formularan los partidos cortesanos en Esfurt. La misma oposición asestaba él á la cabeza de un republicano exaltadísimo, como Arnaldo Ruge, que á la cabeza de un realista fiel, como el general Radowitz. Y lo que más le indignaba era la suposición injuriosa, lanzada por los demócratas sobre Prusia y su dinastía, de que pudieran éstas nunca representar el papel en Alemania representado por los Saboyas en Italia, y echar de la confederación al Austria como los Saboyas habían echado al Austria de Lombardía. Vamos á comprobar estos asertos de Bismarck con sus mismos discursos, lectura instructiva de suyo y muy frecuentada por mí: «Opondréme siempre — decía el gran hombre por Marzo de 1848 en la dieta de Berlín — á que impongan los radicales al monarca y al Gobierno de Prusia el papel impuesto á Carlos Alberto en Italia, colocándolos en la triste alternativa de vencer con daño de la realeza ó ser vencidos y tener que aceptar una paz vergonzosa.» Y en Agosto de 1849, decía en la tribuna de Berlín

también: «El ejército no siente ningún entusiasmo por los tres colores alemanes. Nuestro pueblo no quiere ahogar su monarquía en la licencia connatural á las gentes del Sur.» En Diciembre de 1850, dijo: «Yo no quiero que la Prusia en Alemania busque y requiera al ministerio desempeñado por los gobernantes de Turín en Italia; y puesto que los liberales pugnan por la guerra con Austria, yo aconsejo al Ministerio también una guerra de principios, pero no con Austria, con esa mayoría, pues siempre será más fácil movilizar un Parlamento que movilizar un ejército.» ¿Quién le había de decir entonces que no sólo estaba en los designios de la Providencia destinado á representar el papel de Cerdeña en Italia su Prusia, sino que aquellos monarcas prusianos y sus ejércitos, tan recelosos de los tres colores alemanes, habían de pasearlos por todo el centro de nuestra Europa, echando los Austrias de Alemania, los Papas de su temporal silla en Roma, los Bonapartes de Francia, todo en connivencia con los malditos Saboyas de Italia? El mundo moderno se ha salvado por cuatro grandes apostasías; porque apostató Peel de la reacción económica; porque apostató Gladstone de las ideas conservadoras; porque apostató Thiers de los principios monárquicos; porque apostató Bismarck de las doctrinas feudales. Dichosas inconsecuencias estas, á cuya virtud se ha establecido una Europa mucho más progresiva que la Europa de nuestra infancia y de nuestras mocedades. Pero Bismarck ha cometido estos tres imperdonables errores: valerse de los medios reaccionarios para mantener una obra progresiva; unir esta obra con un hecho tan protervo como la conquista de Alsacia y Lorena; condenarnos á la paz armada, que si pronto no se conjura con el desarme graduado y metódico, traerá la ruina universal sobre nuestro continente.

V

Las contradicciones entre su ideal y los procedimientos empleados para la consecución y cumplimiento de éste, dan la clave quizás de su complexión física y de su carácter moral, así como de la nueva fase que presentara en su tiempo la política europea. Como prototipo de psíquica, Bismarck presenta grandes resistencias á la inevitable admisión de ideas nuevas; pero, una vez admitidas, grande resolución de cumplirlas é incontrastable tenacidad de practicarlas. Como prototipo de fisiología, Bismarck domina sus nervios de pensador y de artista con sus músculos de acero. Seméjase á Gladstone, aunque sean dos naturalezas opuestas, en el hábito de contrastar con la tranquilidad suma del campo las inquietudes y los desórdenes llevados al aparato digestivo y al sistema nervioso por los ardores del pensamiento creador y por los combates de la política diaria. Su paciencia en la preparación de los vastos planes suyos, únicamente puede compararse con la impaciencia en realizarlos, así que los ha puesto en marcha, distinguiéndose con una contradicción interior, característica de todo su ser. Los temperamentos se modifican mucho á virtud y por obra de las posiciones y de las circunstancias; pues como las costumbres adquiridas cambian la naturaleza interior, los impulsos externos de un hecho capital tuercen todo el río de la vida. Bismarck ha permanecido caballero campesino en medio de la corte; autoritario y gubernamental en medio de la democracia; factor de resistencia y de freno sobre la máquina guiada por él hacia espacios nuevos de la política contemporánea y horizontes racionales del espíritu superiores al horizonte sensible bajo que naciera y se criara, encontrándose, mal de su grado y contra su voluntad, entre los innovado-

res y los revolucionarios. Con aparecer tan opuesta una mitad entera de su vida con la otra mitad, no podríamos llamarle reflexivo sin acordarnos de su vivacidad, ni vivaz sin acordarnos de su reflexión. Aunque sus facultades guardan entre sí, por su número y por sus proporciones, mucha relación, generadora de un gran equilibrio, le falta la fantasía siempre y le sobra el cálculo. Se pasa de listo á veces; y por querer enlazar en serie muy rigurosa un plan, le marra y se le frustra. Calcula mucho; presiente poco. Cristiano viejo en sus creencias religiosas, es casi un joven positivista en la conducción del gobierno de los hombres. Y como no hace caso del misterio en ciencia política, tampoco hace caso de los grandes afectos del corazón en la vida. Hombre de dos almas, de dos pensamientos, de dos historias, que batallan entre sí; como ha guardado la gran autoridad del oficio, el imperio casi omnímodo sobre el sentimiento, la firme voluntad, el proceder cesarista, la coordinación entre los dichos y los hechos, á primera vista se os presenta de suyo á una sola vocación sujeto, como personificando la razón de Estado siempre y como semejante á una sola causa. El curso de su vida, como los del Ródano y del Guadiana, tiene muchos espacios en que corre bajo tierra, ocultándose allá en Olmutz, amigo del Austria, como si para siempre hubiera desaparecido, y reapareciendo en Sadowah, del Austria enemigo y vencedor. ¡Cuánto no ha señoreado sobre pueblos y sobre reyes!

VI

Sin embargo, ha sido mayor dueño de los demás que dueño de sí mismo; porque sus pasiones unas veces y sus dogmatismos otras, así como el creerse infalible y todopoderoso, le han probado con desastres múltiples, y á la postre le han traí-

do su irreparable desgracia. Como la secular encina y el fuerte roble no se hallan exentos de oruga, no está el coloso exento de histeria. Fáltanle aquellas amplias y múltiples ideas, así como las varias emociones que ostentan Goethe y Lamartine y Byron, pero, en cambio es, como éstos, caviloso, y adolece de una femenil susceptibilidad, dominada, sí, mas por grandísimos esfuerzos propios, y rara vez compensada por la imaginación creadora y fecunda. En cambio, el temperamento equilibrado y la voluntad bien puesta en todo lo relativo á la vida individual y doméstica, danle tal pureza de costumbres y tal regularidad en el cultivo de sus intereses, que le reconocen todos padre y esposo ejemplar, así como administrador sin segundo de su fortuna y de sus fincas. En tal orden no le ha pasado que los aumentos de la sensibilidad al soplo de las pasiones, le hayan disminuido la inteligencia, y menos perturbado la razón, en los instantes supremos de su obra; ni que se hayan ejercido sobre sus resoluciones aquellas sentimentales influencias, que alguna vez perturbaron al mismo Felipe II ó introdujeron bastardos en la familia de Carlos V. Así no truenan las tempestades por los cielos de su alma. En él no podía echar de menos Shopenüer lo que de menos echa en su raza germánica: la voluntad. Como la pasión jamás ha convertido en fuego la luz interior suya, el ensueño jamás ha entrado en sus planes. Nada de inspirado, nada de vidente, nada de poeta, nada de obedecer á las intuiciones y de contar con los presentimientos; la inteligencia clara, la razón fría, el cálculo matemático, la voluntad imperiosa le llevan, como de la mano, á una concreta y constante acción. Pero esta persona, de costumbres morales tan puras, menosprecia los remordimientos y desconoce, sin escrúpulos y sin empachos, la moral política, en cuya eficacia no cree, y en cuya virtud no piensa. Así, los primeros errores de su vida dimanar de esta incurable ceguera. Las fuerzas de su Estado le han valido para vencer tan invencibles resistencias mecánicas como los ejércitos de Austria y Francia, pero no le han valido para vencer la resistencia moral del

Papa; tuvo que ir á Canosa. Odia también mucho y ama poco. Estimó en sumo grado á su colaborador Moltke, pero sin llegar á una efusiva y cordial amistad con él. A Guillermo I lo quiso mucho, tratándole con todos los respetos debidos por un primer ministro á un gran monarca; pero lo consideró siempre, por la superioridad del entendimiento propio sobre las capacidades de su señor, como pueden los buenos tutores considerar á los pupilos dóciles. Julio Favre me contaba que le había dicho en las penosas entrevistas con él para los arreglos de armisticios y de paces: «¿Os quedaréis en la República? No os arriendo la ganancia. ¿Quién, si en abstracto discurre, pospondrá la República jamás á la Monarquía? ¿Sabéis en qué paso yo las noches? Pues en corregir y enderezar las simplezas que dice y los entuertos que hace mi viejo por el día. Pero Dios nos libre de tal Gobierno. Hay que apechugar con los reyes. Ni Francia ni Alemania están preparadas para la República. Creo, sin embargo, que os la impone una inevitable necesidad. En las fatalidades impuestas por el destino hallaréis vuestra justificación.» Para saber cómo aborrece, no hay sino recordar los odios suyos africanos á la emperatriz madre y al conde Armin célebre. Sin flexibilidad alguna, en arte de conciliación y de componendas como la política; padece irremediable altivez que le infligió la enemistad eterna de la santa esposa del viejo emperador Guillermo y las contiendas á muerte con grupos parlamentarios que hubiera conjurado la más mínima dulzura. Sin embargo, para sus conveniencias no empecía esta grande altivez al disimulo, y la refrenó con sigilo ante Alejandro II de Rusia cuando de él se sirvió, y ante Napoleón III de Francia cuando lo engañó como á un chino. Muy áspero, no desconozcamos que su aspereza personal hale dado una grande altitud á la vista de cuantos abajo toman las bondades nativas de los poderosos por un reconocimiento de la propia debilidad ó deficiencia. Hay gentes, las cuales creen el mal genio más digno de suyo que la dulzura; como hay Gobiernos, los cuales

creen más eficaz á granjearse obediencia la fuerza del terror que la virtud de la ley. Un hombre tan sobrio, se embriaga de cólera; un hombre tan indiferente y frío, encabritase al dardo de la prensa enemiga, contra el cual no se ha puesto nunca la fuerte armadura de sabio menosprecio; un hombre tan seguro de su posición, pierde los estribos en cuanto lo maltraen un poco en el Parlamento, y llega, cegado por sus iras, á cadetada como retar al sabio médico Wirchow y proponerle un duelo á muerte. Bismarck se ama con exaltada pasión á sí mismo; y precisa confesar que tiene muchas razones para amarse. Pero este amor se encuentra cada vez más dentro de su ser, y va rayando en lo llamado ahora egoísmo. Quizá esto responda un poco al concepto que hace del egoísmo, condenable por cierto en los míseros mortales, una virtud verdadera del genio, necesitadísimo de conservarse, no tanto para sí como para los demás, que pierden mucho con perder un grande hombre. Después de sí, ama, y mucho, su oficio. En el mundo se relacionan los oficios con las personas, como en la vida el ostrio con los escollos, donde se nutre. Bismarck hace del oficio de gobernante una religión, como hacían un sacerdocio de su clase y un culto de sus profesiones los caballeros sacros en la Edad Media. Después de la profesión, ama la gloria. Y en esto debe hallarse, no satisfecho, harto; no harto, ahito; no ahito, indigestado. A ciertas personas, seguidas por famoso renombre, les acontece algo de lo que aconteció al rey Midas con su avaricia; como todo aquello que tocaba se le volvía oro, llegó al hambre y á la miseria en su abundancia. Esta terrible apoplejía de gloria engendra un amor excesivo á la soledad, y una convicción de que los gloriosos y glorificados no están con sus glorificadores bien, porque cuando se quedan entregados á sí mismos, están con lo mejor y más alto que hay en la tierra. El deseo de dominación también se ha enseñoreado de su ánimo, pero con desgracia, porque ha sobrevivido demasiado á su poder, y no se ha conformado nunca con haberlo tan tarde perdido, lo cual prueba cómo se nece-

sita mayor talento que para gozar de la fortuna, para sufrir el infortunio.

VII

En su juventud quiso mucho á los feudales; llegado á la cumbre de su tiempo, no quiere á ningún partido, creyéndose más fuerte y más valioso él que todos los partidos juntos. Otro amor suyo ha sido el terruño, por desdeñoso de la industria, como los nobles antiguos españoles del trabajo. Esto le ha hecho encontrarse al cabo sin iguales, paseándose por la isla de su grandeza, como esos náufragos que arriban á un arrecife desierto, hasta que, al sentirse hastiado, van en busca de ruido. Como Napoleón en Santa Elena se metió á historiador, él en su soledad se ha metido á periodista, tomando inocentes desquites del autor y autores de sus males, y satisfecho á veces con que sonaran á verdaderas sus tempestades de encargo, muy artificiosas y teatrales. En ellas le han picado los mismos reptiles á quienes alimentara, los cuales muerden cuando están repletos de oro, al impulso de la mano que los ceba y los suelta y los azuza, sin saber si está limpia ó sucia esta mano. En tales campañas militantes ha escogido, no los principios más en congruencia con sus tradiciones, los más hostiles á sus émulos. Así podrá explicarse que haya maldecido de la libertad inevitable, dejada por los rescriptos imperiales al derecho natural de los socialistas, cuando él estipendió al socialismo en la cátedra. Y así que, dados los regionalistas á hacer de las suyas, cuando el rey de Wurtemberg no se prestó de grado á las maniobras militares de hace tres otoños, so pretexto de la sequía, y los diputados de Baviera se quejaron mucho del crecido presupuesto central, y el fidelísimo Baden llevó su oposición al impuesto sobre los vinos hasta los confines de

la rebeldía, ¡él se queja de poco apoyo á los intereses locales en Alemania, él, autor de la unidad! Y así que defienda la protección, si los sucesores suyos propenden al librecambio, y el librecambio si los sucesores propenden á la protección. Y así que llamó á Caprivi ruso, cuando alguna vez mostraba despego al Austria, y de imprudente y temerario hasta traer á Germania la enemiga de Rusia lo delatase cuando perseveraba con insistencia en la política por Bismarck mismo comenzada, en la perdurable amistad con Austria. Reconozcamos que la pasión más alta y más intensa y más absorbente en su vida es el amor al suelo, amor un poco de tribu, pero amor plausible y sagrado. Ama su vivienda, luego su castillo, después su marca, después su territorio, después su región, después á Prusia; y de aquel nido de barro, en que han aleteado las águilas feudales, componentes de su familia señorial, ha hecho lo primero del reino, y de aquel reino lo primero de Alemania, y de aquella Alemania lo primero del continente, llegando en su delirio patriótico hasta querer colonizar como los ingleses, y hacer un imperio marítimo de lo que todavía no es seguro que llegue á constituir un imperio continental para siempre. Pero ahí experimentó el desengaño, que le anuncié yo experimentalmente, cuando el atentado á las Carolinas, pues hase visto el imperio forzado á cambiar todos sus ensueños de grandezas africanas y asiáticas por los estriados arrecifes de la brumosa y mísera Heligoland. En esto, principalmente, se conoce lo poco latino que es Bismarck, y magüer sus ribetes de viejo eslavo, lo muy alemán: en la falta de lógica. Como el gran Federico, poseído de humanitarios ensueños y profesor de filosofía moderna, se asociaba con los déspotas que trucidaron á Polonia y se la repartieron, Bismarck, después de haber devuelto su gobierno nacional á Hungría; después de haber coronado la unidad de Italia; después de haber favorecido los pueblos nacientes á orillas del bajo Danubio; después de haber puesto sus cimientos á la nacionalidad alemana, divide Metz y Strasburgo de Francia por servir al partido militar y favorecer

ciertos orgullos imperiales. Nunca se lo perdonarán en la sucesión de los siglos la humanidad y la Historia, pues ha prolongado la edad de los conquistadores, y nos ha sometido al reinado de la venganza y de la guerra. Mas pasemos nuevamente á la Historia contemporánea.

VIII

No puede un momento dudarse: la mayor noticia, la más importante de toda esta quincena, la que trascenderá así á nuestra política como á la política universal, es esa muerte de Maceo, quizás buscada por él mismo en defensa de ideales engañosos é imposibles; muerte, por tanto, heroica de toda heroicidad. Es indudable que representaba el mulato la intransigencia, con toda su fuerza y en todo su vigor. Cuando sus camaradas de rebeldía en la última guerra, comprendiendo la imposibilidad completa del triunfo, se dieron á partido y pactaron el célebre convenio de Zanjón, Maceo se partió de Cuba muy airado, jurando que nunca rendiría la cerviz á España, y no volvió á Cuba sino para conspirar á diario y encender de nuevo la guerra separatista. El ascendiente sobre su persona de Martí, quien, jefe de todos los insurrectos, y movido por dos ideas igualmente falsas, la idea de que no tenía España el vigor de otros tiempos y la idea de que se hallaban muy en boga las soluciones más radicales entre los cubanos, le decidió á quemar su cartucho último y hacer un soberano esfuerzo para cortar los lazos seculares entre la patria y su colonia. Ninguno, entre los partidarios de Maceo, tan peleador como él; ninguno tan bravo en el combate; ninguno tan organizador en la paz; ninguno tan intransigente. Ultimo vástago de una familia mulata, creía que, peleando por la insurrección cubana, combatía por sus consanguíneos de raza vivos y para

venganza de sus consanguíneos de raza muertos. Esta insurrección ha carecido de los grandes protectores que tenía la precedente dentro de Cuba misma. Se diferenciaba el combate de Maceo ahora del combate anterior en la guerra de los diez años, como pudiera diferenciarse la porfía de los Gracos, patricios, purísimos patriotas, de una porfía empeñada por Catilina ó por Clodio, nobles también, pero demagogos, y como demagogos, de muy escasa influencia sobre la romana sociedad. Pero su misma condición, y las contrariedades que le traía esta condición, dábanle más aliento y coraje á Maceo que á sus numerosos y envidiosísimos rivales. Así, mientras en el anterior combate la insurrección estuvo reducida casi al Oriente, donde predominan los mulatos, idos allí desde Santo Domingo y Haití, cabezas de negradas numerosas y de negros motines, en este segundo combate de ahora la insurrección recorrió toda la isla, merced á Maceo, y se recluyó en Occidente, donde, si no pudo contar con más negradas que las conducidas allí por su esfuerzo, pues los indígenas de Pinar del Río no eran insurrectos, contó unos desfiladeros en donde podía embreñarse á su antojo, burlándose de sus perseguidores, y una manigua donde podía emboscarse sin que nadie le fuese á la mano, pues campaba por sus respetos y tenía en jaque siempre á nuestro ejército con hurtarle á la continua el cuerpo, sin darle jamás la cara, ni requerirle á ningún choque; contento con aplastar nuestros destacamentos ó nuestras columnillas cuando las fuerzas á sus órdenes centuplicaban en número y en intensidad á nuestras maravillosas fuerzas. Maceo había dado este avance temerario sin atender más que á su arrojo, y sin saber que lo terrible de su empresa estaba, no en el avance facilitado por la despoblación de aquel territorio, en la vuelta imposibilitada por nuestro ya entonces bien colocado y numeroso ejército. Así veíase metido en un laberinto, dentro del cual podía dar muchas vueltas, fuera del cual tenía que ser vencido por fuerza.

IX

Maceo imaginaba fatigadísima nuestra gente sin conocer su tenacidad, patente así en esta guerra como en las guerras de hace dos mil años, y dispuestos los Estados Unidos á prestarle auxilios más efectivos que la tolerancia con el contrabando de armas y con los filibusteros de ocasión, ignorante sin duda de que son una cosa las promesas de los partidos y otra cosa las resoluciones de los Gobiernos. Mas, en lo que principalmente confiaba, no sobrevenía jamás. Confiaba en que las huestes comandadas por Máximo Gómez, por Calixto García, por su mismo hermano José, irían desde sus respectivas posiciones á salvarle, cogiendo la trocha, por nuestro ejército abierta en Artemisa, entre dos fuegos, de los cuales se alzaría un provecho tan grande para él y una tan grande desgracia para nosotros, que decidiese, con ayuda del vecino yankee, la victoria en su pro y un inmediato reconocimiento por los americanos de su beligerancia, el cual, allá en su fondo, equivaliese á un reconocimiento de la nacionalidad cubana y á una consagración oficial de su recién recabada independencia. Pero los auxilios aguardados no llegaron jamás, y el ataque á la trocha por Oriente resultó un fantasma del delirio suyo, fantasma de tan imposible realización como el ataque á la trocha por Occidente. En la suspicacia propia de toda gente servil, Maceo atribuía el marro de los auxilios pedidos á envidias de los jefes, no cabiendo este sentimiento en las entrañas de su hermano José, pues le amaba como á su propia persona, y no estando habilitados los otros jefes para intentar cosa de importancia, pues sobrabanles partidas, chusma, cual decimos nosotros, y faltabanles fuerzas orgánicas, ejército importante por su número, por su organización, por su disciplina.

X

Y á Maceo le pisaba el apremio de las circunstancias los talones. Había menester que, al abrirse las Cámaras yankees y leerse la Memoria ó Mensaje de Cleveland, apareciera él en una posición ventajosa, imponiendo el reconocimiento de la beligerencia primero, después el reconocimiento de la independencia, hasta llegar á la postre cerca de la intervención, ó recabar la intervención misma, quien traía consigo aparejada la guerra entre América y Europa. Movidó por este aguijón de su deseo, tan justificado en la necesidad imprescindible de salvarse, abandonó los espacios de Pinar del Río, donde se movía como un león enjaulado, chocando siempre con los barrotes de su jaula, para dar un golpe sobre las barras de la capital, entrados á saco y á hierro y á plomo por medio de una irrupción, cuyos golpes sembraran por doquiera el pánico, y de un incendio, á cuyos siniestros resplandores pudiera fingir una posesión entre victorias más ó menos duraderas de su codiciada isla. Por tanto, dejó sus negradas en Pinar y pasó la trocha casi á gatas, según dice su médico y ayudante, ó por mar, según dicen otros narradores, con poca gente de ambas maneras, y muy resueltos, reuniendo y disciplinando los negros del centro á intentar y cumplir plan temerario, golpe atrevidísimo. Pero, como decimos nosotros, no contaba con la huéspedada, ó sea, con la desorganización de su gente. Los insurrectos del centro se desemejan de los insurrectos orientales en todo. Maceo, al dejarse tras la trocha cuantos rebeldes le acompañaron desde Santiago, dejaba un cuerpo sin cabeza, y al irse con poca gente, llevábase una cabeza sin cuerpo, la cual podía pensar aún algunos instantes, pero nada podía en el terreno de una real acción hacer que fuese de provecho. Sin embargo,

intentó improvisar el cuerpo, cosa más fácil en la segmentación de los organismos rutinarios é incipientes que en la verdadera y sabia y armónica combinación de los organismos perfectos. Maceo reunió una especie de leva, en cuyas filas había más ímpetu que resistencia. Cerca de cuatro mil partidarios á su voz y á su clarín surgieron, mas todos desorganizados. Y así, en cuanto vieron la columna de los nuestros, muy débil por su escaso número, se desbandaron, yéndose la parte mayor en una desbandada de pánico y quedándose únicamente alrededor suyo los más valerosos, los más resueltos, los más entusiastas. Con esta gente aún pudo intentar una operación, la cual, bien ejecutada, hubiera dado de sí el copo de nuestra heroica y sublime columna, cuyo valor queda entre los rasgos más distintivos de nuestro carácter, entero siempre, y entre los milagros más hermosos de nuestra voluntad, siempre tenaz. La columna de Cirujeda, formada por cuatrocientos aguerridos soldados, no contó el número de sus enemigos; se arrojó, ciega por la inspiración de los combates, á pelear con el arresto de los heroes y con la conformidad á su destino de los mártires. Tales combinaciones de las fuerzas impulsoras con las fuerzas resistentes constituye una de las capitalísimas cualidades y virtudes del coraje hispano. Nadie usa de su libre albedrío con las arrogancias que nuestros soldados, y nadie se resigna con tanta conformidad al decreto de la Providencia y al yugo de las fatalidades que no pueden humanamente contrastarse. Así, la característica de toda nacional legión está en intentar lo imposible; pero si lo imposible no se consigue la primera vez y al primer intento, en redoblar los empeños, sin ensoberbecerse á la victoria, ni en la derrota desconcertarse para siempre. La gente de San Quintín y su capitaneador, Cirujeda, tuvieron el arresto de contrastar con escaso número las innumerables gentes enemigas. Y á tal arresto subsiguió el triunfo, no obstante los esfuerzos de Maceo, cuya presencia los nuestros ignoraban. Si los negros, que comandaba el general, fueran los audaces compañeros de marras, pu-

siérase á su retaguardia para dirigirlos, puesto que se prestaban á la dirección; mas como eran los allegadizos é indisciplinados de aluvión, tuvo que ponerse á la vanguardia para impelerlos y animarlos. Así, en la necesidad imprescindible de pelear cuerpo á cuerpo, no pudo tener el dominio sobre su persona, indispensable para el seguro mando. La operación militar, con tanto acierto concebida, no pudo ser ejecutada, marrando por culpa de los ejecutantes. Un valerosísimo puñado de heroes aterró á la chusma, que hubiera podido exterminarlos bajo la superioridad incalculable del número. Maceo cayó, no como ha querido la rabia de sus amigos, al inventar la calumnia del envenenamiento, cayó en buena lid como un gran heroe, roto y vencido por otros heroes mayores. Tras un año de guerra, los insurrectos habrán entendido, y con ellos todos sus partidarios, que no hay contra España fuerza en la rebelión suficiente, y se darán á partido, pues Cuba será española siempre: que así lo quieren la voluntad divina y la voluntad nacional.

XI

El Mensaje de Cleveland al Parlamento sajón y el fin de Maceo en las llanuras habaneras, hicieron que la política universal gravitara este mes de Diciembre alrededor de nuestra España. En cuanto al Mensaje, las impresiones comenzaron tomando un carácter diverso y contradictorio, según los afectos ó los ideales de cada fracción opinante, y concluyeron uniformándose hasta establecer universal sentir, sugerido por tal objeto de tamaño juicio, conviniendo todos en que, dadas las circunstancias de nuestra rebelión cubana, y los criterios de la gente politicasta en América, no podía ser el Mensaje más favorable y lisonjero á la patria. Olvidan ó desconocen cuantos lo estudian, prevenidos y preocupados por prejuicios, he-

cho dictado al apasionamiento, que Cleveland, en lo respectivo á Cuba, no expone tesis propias, refuta las contrarias; no afirma por modo categórico, debate ó discute ideas, proposiciones ó acuerdos desfavorables á sus actos. En todo debate inglés hay que mirar mucho á la ironía, casi debiéramos decir al sarcasmo, del que son maestros los ingleses, por ejercitarlo á la continua, debatiendo, y creerlo ellos una cualidad magistral de su trabajada hermosa lengua. Esta ironía clásica resalta en el Mensaje. Y además de la ironía con que zahiere y hiere Cleveland los desplantes filibusteros de senadores dementados á supersticiones ó intereses insanos, hay en el hermoso documento una serie de hipótesis, á cual más inverosímil, rebatiendo con ellas las locuras de quienes toman por gigantes los molinos, haciendo los cabecillas ó gobiernos, ó presentando cual verdaderos ejércitos partidas merodeadoras y nómadas. No pueden refutarse mejor las proposiciones, cuyo contexto pide la beligerancia de los facciosos, que por aquellos sorites, donde una serie lógica rigurosa ofrece cuantas cuestiones peligrosísimas para los Estados Unidos habrían de suscitarse al mero y simple reconocimiento de un Estado hecho y derecho en una deshecha rebeldía. No se puede discutir entre dos poderes, uno y otro soberanos en sus sendas medidas y límites, sin que se hagan mutuas concesiones y se reconozcan sus respectivos derechos. El presidente no quiso acordar la beligerancia, y, dada la perversión del sentimiento americano respecto de Cuba, como la firmeza de sus resoluciones contrarias á esos sentimientos, no pudo rendir menos parias á los exagerados, ni presentar más garantías á España. Luego, como he dicho yo siempre y Cleveland confirma, no pasa en vano el tiempo: ese ministro de quien ha necesitado servirse hasta el Verbo divino para crearlo todo, no pasa en vano, pues deja elementos de vida en el recuerdo y memoria de las sociedades humanas, que concluyen por producir creencias y estados mentales colectivos, transmisibles de una generación á otra generación. Las hay sumamente injuats, son aquellas

instituciones ó aquellos pueblos cooperadores á la producción de su alma, como fueron injustos los tiempos teocráticos de la Edad Media con la Grecia clásica, é injustos los tiempos del Renacimiento con el arte cristiano y con las catedrales góticas. Pero estos afectos injustos pasan, y la Grecia clásica ofrece sus modelos á los escultores, sus órdenes á los arquitectos, sus ideas á los filósofos, sus nomenclaturas á los sabios, porque tuvo un siglo de inspiraciones, todas ellas indelebles en el tiempo y en el espacio, como la Ciudad Eterna constituye nuestra religión católica de hoy, porque antes constituyó la unidad humana de siempre, y aunque hayan intervenido muchas transformaciones, ese común substrato de clasicismo queda en el fondo de la europea historia. Pues los americanos de todas procedencias y razas, aparecerían como prole sin madre, de no respetar la raíz primera de que todos provienen, España, pues sin ella no tendrían la sangre que circula por sus venas y la historia que agranda su espíritu. El socorro prestado por los liberales europeos á Italia y á Grecia, se generó en los títulos históricos de ambas. España no pide cosa ninguna de América; pide tan sólo que la dejen por completo en paz, y no ayuden las expediciones piratas ó filibusteras que manchan los mares con las sombras de sus crímenes, y alimentan de infames combustibles extranjeros una insurrección parricida. Y cuando Cleveland defendió su negativa incontrastable á reconocer la beligerancia, dijo explícitamente, para quien pueda entenderlo, que no reconocerá la independencia, y que no soñará con una intervención, la cual traería en daño de todos los continentes y en mengua de todos los hombres, la guerra universal.

EMILIO CASTELAR.

Madrid 29 de Diciembre de 1896.

LA PRENSA INTERNACIONAL.

RECUERDOS DE UN EDITOR

LAMARTINE ⁽¹⁾

¿A qué describiros el dormitorio de Lamartine? Era lo más sencillo que imaginar se puede; pequeño al mismo tiempo, con un modesto tocador, ropas de vestir colgadas en la pared y (lo único que me chocó) crecido número de pares de calzado puestos en fila sobre una repisa encima de las perchas.

Pero allí estaba el hermoso anciano, con su dignidad imponente; el gran poeta, con su semipobreza noblemente soportada.

Iba yo á pedirle uno de los manuscritos convenidos: tratábase aún de las *Biografías de los grandes hombres*, creo que era el tomo *Shakespeare y su tiempo*, el cual me apremiaba mucho llevarme para publicarlo, pues simultáneamente quería dar á luz el *Shakespeare* de Víctor Hugo, cuya plena propiedad por doce años acababa de adquirir.

Parecíame curioso é interesante, aun para el público, ver á esos dos maestros de una generación, á esas dos eminencias

(1) Véase el número de esta Revista de Diciembre último.

de un siglo (del XIX), remontar el vuelo hacia quien puede afirmarse que inauguró verdaderamente la era intelectual moderna al salir de los escolásticos de la Edad Media, hacia aquel que en sus múltiples obras fué quien primero hizo resurgir la humanidad: Shakespeare, en una palabra, padre común de las letras alemanas por Lessing, Goethe y Schiller, de las letras francesas por toda la escuela romántica ó por la escuela semi-clásica de Voltaire, Ducis, Lemercier y Casimiro Delavigne.

Habíame tentado la idea de la publicación simultánea de un libro de Víctor Hugo y otro de Lamartine acerca de Shakespeare. No pude sospechar las contrariedades que iba á ocasionarme, por una de las partes á lo menos, esa rivalidad creada por mí, sin intención, entre las dos grandes obras acerca de un asunto análogo.

Víctor Hugo había manifestado siempre una gran deferencia para con Lamartine, en sus relaciones personales con él; y cuando tenía que hablar públicamente de su émulo en gloria poética, afirmaba su admiración por el genio del autor de las *Meditaciones* y de *Jocelyn*. Lejos de regatear el elogio, en esas ocasiones afectaba más bien hacerlo sonar muy alto.

Yo mismo oí de boca de Víctor Hugo, en Guernesey, esas palabras lisonjeras para Lamartine; y confieso que, en la sencillez de mi juventud, conmoviome entonces muchísimo aquella demostración de confraternidad literaria, cosa rara de encontrar, ¡ay!, entre artistas y entre escritores. Creí en la sinceridad absoluta de los sentimientos manifestados.

Otros tres escritores magistrales de este siglo XIX compartían en el ánimo de Víctor Hugo aquel favor de ardiente admiración simpática, con Lamartine. Por eso, para revelar con un hecho palpable, con un testimonio asequible á todos, ese homenaje que tributaba él á sus compañeros de gloria (y para afirmar su primacía sobre ellos), había solicitado ó recogido de Lamartine, Dumas padre, Jorge Sand y Balzac, la pluma que sirvió á cada uno para escribir alguna de sus obras maestras, agregando también sus respectivos tinteros. Víctor

Hugo enseñaba una mesa especial, con un agujero en cada ángulo y un cubilete encajado en él para encastrar dichos tinteros, como un recuerdo de su particular aprecio reservado, entre todos, para esos cuatro representantes de las letras francesas en el siglo XIX. Hasta creo recordar que en un pedacito de pergamino atado á cada pluma donada, se leía una firma autógrafa de cada uno de ellos, en confirmación de la autenticidad de aquélla.

Confesemos que era encantador como intención, lleno de gracia como recuerdo; que daba testimonio de una elevación de juicio y una amplitud de ideas que casi llegaba á la serenidad. El desprendimiento de lo personal es tan poco común en el ser humano, que nos obliga á inclinarnos ante quien sabe abstraerse hasta la imparcialidad absoluta, borrándose á sí mismo.

En cuanto á mí, que profesaba rendido culto á Jorge Sand, era entusiasta de Lamartine, admirador de Víctor Hugo, y me sentía hechizado por las narraciones de Dumas padre, pero que, aun reconociendo la hondura de observación de Balzac, tenía menos afecto á sus obras á causa de su crudeza realista por una parte, y de su forma literaria, algo abrupta, por otra, ví en la asociación de esos nombres gloriosos, en esas plumas, que en cierto modo simbolizaban toda la literatura del siglo XIX unida á Víctor Hugo, cuyo tintero podía reivindicar su puesto en el centro de la mesa, á fin de constituir así el grupo de lo que Emerson, el filósofo americano, llama los *Representative Men* (es decir, los representantes de una época, de un país, de la humanidad), ví en ese hecho material, tan sencillo en apariencia, tal elevación de alma en Víctor Hugo, que aún celebraría con emoción su recuerdo, después de más de treinta años, si no se hubiera producido un día cierta sombra para entenebrecer y destruir á la postre mi juvenil ilusión.

¡Ah! ¿Por qué se han de destrozar los dioses ellos mismos? ¿Por qué, al acercarnos al ídolo, ha de enseñarnos bajo el oro de su diadema, bajo su púrpura refulgente, sus pies de arcilla?

¿Por qué el pensamiento, que, cuando sale de nosotros desprendiéndose de toda liga impura, puede subir hacia lo ideal, ser llama y música, tener aroma y color (verdadera flor azul, en una palabra), se torna de pronto, en el mismo ser, brutal, estrecho y mezquino, si toca al suelo, si se pone en presencia de un interés personal ó de la competencia, el rozamiento ó los celos?

¡Ah, el genio no se exime de esas pequeñeces de la humanidad!

Allí donde yo veía una curiosidad literaria que despertar, publicando simultáneamente acerca del mismo maestro *Shakespeare* un tomo inédito de Lamartine y otro tomo también inédito de Víctor Hugo, ambos consagrados á la apoteosis de ese genio sin rival todavía, gracias á lo infinito, vario y profundo de sus obras; allí donde estaba yo contento y orgulloso de poder hacer celebrar doblemente aquella gran gloria inglesa del siglo XVI, llamada á ser eterna y universal, por los dos grandes poetas franceses del siglo XIX; allí donde, lejos de promover una competencia entre dos libros, entre dos autoras, buscaba yo una unidad armónica, como en un dúo musical en que las voces se mezclan, responden y confunden, allí se irritó Víctor Hugo, volviéndose airado contra mí. Me dirigió cargos por esa coincidencia; escribíomelo y me lo volvió á decir después hasta con un poco de cólera, que notaba yo sordamente, aunque reconcentrada.

Sea por escrúpulo de sus antiguas y excelentes relaciones con Lamartine, sea por guardar una compostura exterior, no queriendo emprenderla contra Lamartine y no pudiendo impedir que apareciese la obra de éste, Víctor Hugo la tomó conmigo, editor de ambos á un tiempo. En lenguaje comedido y de fina reticencia, en el fondo del cual rezongaba la amenaza (lo comprendí entonces y lo ví mejor en la continuación de

nuestras relaciones comunes), extrañábase Víctor Hugo de que habiendo tratado con él respecto á su libro *Shakespeare* me hubiese entendido con Lamartine para una obra análoga. No comprendía que así hubiera querido yo dejar que se hiciese un paralelo entre ellos (lo cual, en verdad, distaba mucho de mi pensamiento); en sentir suyo, yo mismo me hacía competencia como editor, haciéndosela al volumen cuyo derecho de publicación por doce años habíale comprado; declaraba que debí habérselo advertido de antemano, comunicándole mi intención, y renunciar más bien á adquirir su *Shakespeare*, cediendo el puesto á Lamartine, *si tanto era mi empeño en ello*.

Estimaba que teniendo la honra de ser el editor de Víctor Hugo, tenía yo el deber de consultarle previamente respecto á ciertos escritores que no debieron figurar junto á él en la serie de autores que comprendía yo en mi Catálogo.

Antojóseme algo excesiva la pretensión; sobre todo porque me usurpaba la libertad de obrar y de elegir, como editor. Jamás la tuve en cuenta en mis diversas determinaciones futuras; prueba de esto, que muy poco después me ví en un desacuerdo mucho más grave con Víctor Hugo. Esta vez estalló la tempestad, bajo formas menos disimuladas y con violencia. Ocasión tendré de narrar aquella escena imprevista y tronante, cuando evoque mis recuerdos acerca de Proudhon; pues ocurrió la disputa á propósito de éste y de sus obras completas, que había empezado yo á dar á luz; y de resultas de ello se inició cierto enfriamiento en nuestras relaciones, tan amistosas siempre hasta entonces.

Por más que se disgustase Víctor Hugo, no renuncié de ningún modo á mi proyecto acerca de Lamartine. Agradábame ver asociados en mi catálogo los grandes nombres del siglo. Me gustaba aproximar sus glorias. Una casa editorial, comprendida con amplias miras, debe ser como un campo neutral donde se fundan los espíritus, se cambien ideas y circulen diversas corrientes.

No me desplazía lanzar simultaneamente al mercado obras

opuestas, de autores diferentes y sobre motivos análogos, tomando al público entero por árbitro y juez del campo. Eso hice, sobre todo con la *Historia de la Revolución francesa*, publicando tres á un tiempo, escritas una por Michelet, otra por Edgard Quinet, y la tercera por Luis Blanc: cada uno de ellos representaba una escuela y señalaba una tendencia desemejante. Publicaba yo á la vez las importantes monografías de Ernesto Hamel acerca de la historia de *Robespierre*, de Alfredo Bougeart respecto á *Danton* y á *Marat*, de Avenel sobre *Anacarsis Cloutz*, de Julio Claretie referente á *Los últimos Montañeses*. Cada uno de esos libros manifestaba á menudo un espíritu muy contrario al de los demás. ¿Qué importa? Aquello era curiosidad é interés para el público, como era libertad de elección para mí mismo.

De igual manera diré algún día una cosa muy chocante que hubo de acontecerme con tres de los más ilustres de esos autores; porque en esos rasgos de detalle es donde aparecen los pliegues más recónditos del corazón humano, y pueden juzgarse los caracteres de los más grandes hombres puestos en competencia y en paralelo. Ellos mismos dan una nota de su alma, verdad que á menudo de un modo imprevisto, y desmienten la aparente plácida serenidad que se les atribuye; el grito íntimo que brota entonces de sus labios revela el verdadero fondo de su ser, y así le es dado al editor que observa y analiza, llegar á ser á un tiempo confesor de esa debilidad y su juez filosófico..... pero también sufrir sus injustos y penosos efectos por tabla. Por eso, habiendo visto muy de cerca á tantas ilustres glorias contemporáneas, habiendo intervenido en las obras, vidas é ideas de más de doscientas notoriedades que han dejado rastro en la política, el arte, la poesía, las letras, ó la ciencia, durante la segunda mitad de este siglo, quizá tenga la suerte de poder publicar curiosos recuerdos acerca de las individualidades de esta época y el movimiento en que tomaron parte; tanto más cuanto que, sin odio ni amor, diré sencillamente la verdad acerca de las cosas vistas, oídas ú obser-

vadas por mí. Será una contribución lo mismo á la historia moral que á la historia literaria; un documento humano, como se dice en el lenguaje de hoy. Pero no levantaré ningún velo indiscreto, y más bien haré valer las buenas partes de grandeza, elevación y mérito que más me atraieron hacia ellos.

Volviendo al incidente Lamartine-Hugo, á propósito de los dos *Shakespeare* en presencia, debo decir que tuve sumo cuidado de guardarme para mí solo las recriminaciones que Víctor Hugo me dirigió. A nadie se las comuniqué, tanto por deber de conveniencia y de discreción, como por delicadeza.

En efecto, Víctor Hugo tenía en la prensa imperialista enemigos políticos, cuya mala intención no hubiera tenido escrúpulo de echar mano de tales detalles, si los hubiesen conocido, para quitarle un poco el pellejo al grande hombre, cuya popularidad les molestaba, porque duplicaba la fuerza de su oposición al régimen imperial. Todo lo que le achicase, hubiera sido un triunfo para ellos y una buena nota en los periódicos de los poderosos del día. No se hubieran andado en chiquitas con el autor de *Los castigos* y de *Napoleón el Pequeño*. Hasta con mucho gusto hubiesen exagerado esa estrechez de miras por su parte, con respecto al competidor libro de Lamartine. ¡Qué bonito motivo de fáciles ataques les hubiera proporcionado yo con una sola palabra imprudente! De sobra profesaba yo respeto á Víctor Hugo y culto á su genio, para no encubrirle aún en esa falta de serenidad. Esta es la vez primera que revelo esos detalles, cuando treinta años han esfumado y suavizado hartas cosas; cuando dos sepulcros ilustres, los de esos dos mismos émulos en gloria y en poesía, antagonistas en el gay saber de un siglo, se abrieron y cerraron ya sobre aquella desvanecida rivalidad.

Tampoco supo nunca Lamartine por mí nada de eso. Por su parte, nunca me vituperó ni me hizo cargo ninguno, directo ni indirecto; antes por el contrario, tomó las cosas con su habitual grandeza de alma. Había publicado yo primero el tomo de Víctor Hugo, por deferencia hacia éste y como remate de sus observaciones, y no hice aparecer el tomo de Lamartine sino algún tiempo después, sin que ni siquiera se quejase con motivo de ese retraso. En el intervalo le llevé el *Shakespeare* de Víctor Hugo, obra que me había manifestado el deseo de ver y de leer. Sólo elogios tuvo para el libro del desterrado de Guernesey; y hasta creo que hubo de escribir algunas frases lisonjeras á Víctor Hugo, sin asomos de envidia manifiesta.

Yo solo fuí quien se entristeció al ver harto de cerca lo que, en el espíritu de mayor alteza, puede engendrar, ya una cuestión de interés privado, ya una sobreexcitación de amor propio ó de orgullo. Y al acordarme de las cuatro plumas hermanas de la mesa de los cuatro tinteros, en mi desilusión, comprendí quizá de sobra la inanimidad de todo aquel aparato..... para los espectadores. Víctor Hugo, aun afectando olvidarse de sí mismo ó no reivindicando más que un puesto al par de aquellos cuatro geniales maestros, no podía menos de considerarse en su fuero interno como el primado de todos ellos.

Tanto más me extrañó en lo que atañe á *Shakespeare*, cuanto que las dos obras no tenían ningún punto de semejanza. El estudio de Lamartine era más modesto, sin pretensiones; era un conjunto de notas sueltas, con numerosas citas (quizá en demasía); una rápida noticia literaria, hecha con harta premura; dijérase que eran hojas desprendidas de sus *Conversaciones familiares de literatura*, y tomadas de las páginas menos buenas. Por el contrario, el tomo de Víctor Hugo se consagraba muy poco á Shakespeare, en su conjunto. El verdadero título hubiera podido y debido ser «La cadena de los grandes genios humanos», con una secreta intención personal que, por lo menos, fué sospechada por muchos críticos,

hasta dicha y echada en cara á Víctor Hugo, imputándole no haber escrito ese libro sino para llegar hasta sí mismo (á pesar de omitirse él en la galería de esos inmortales á quienes celebraba), como confluente supremo del pensamiento genial de los siglos transcurridos y de las naciones extintas. Daba un lugar en él á un representante típico de cada raza, ó á una obra considerada como cima literaria de una época.

Sorprendió mucho que para simbolizar el genio alemán, en un libro consagrado á celebrar exclusivamente la literatura, y en especial á los poetas, guías ó pastores de la humanidad, no encontrase ninguno (y eso que el nombre de Goethe estaba indicado y hasta se imponía en tal orden de ideas), y tuviese que recurrir á poner como representante del pensamiento alemán..... ¿á quién?..... A un músico, á un compositor de genio, sin disputa: ¡Beethoven!..... Pues bien, conviene saber que Víctor Hugo no ocultaba el hecho de no gustar de la música ni comprenderla, y la trataba como un arte inferior..... Entonces, ¿por qué escoger á Beethoven y excluir á Goethe?..... Tuve la clave del enigma poco tiempo después, en el curso de una conversación, en la cual hice cándidamente esa pregunta, que por cierto fué muy mal recibida..... Mas, por una palabra, lo adiviné y lo comprendí todo. En mis recuerdos consagrados á Víctor Hugo tendré ocasión de volver á ocuparme de este rasgo característico de su elevada personalidad. Por muy grande que fuese, pagó tributo á sus debilidades, á sus prevenciones, ¡ay!, á su combatividad misma.

Con frecuencia existen *dos* seres en el ser que creemos *uno*. A Jano, símbolo del año entrante, atribuíale la leyenda dos caras: vuelta una hacia ayer, al pasado; vuelta la otra hacia mañana, al porvenir. Pero ¿no tenemos también dos caras á veces todos nosotros, seamos quienes fuéremos, pobre humanidad terrestre?..... ¡No! Es la misma, es la nuestra propia; pero, en ciertas circunstancias y por ciertas causas, antepónémosla una careta, cuándo de indiferentismo, acá de imparcialidad, acullá de adulación ó de lisonja.....

¡Ah, cuánta razón tenía Shakespeare! Si se escrutase bien el ser interior, ¡qué abismo tendríamos que sondear á veces!

Y estoy por añadir: ¡qué enigma que descifrar!

Pero, esta digresión me ha llevado lejos de mi relato referente á Lamartine. Vuelvo á él, pues aún me falta narrar la continuación y la conclusión de mis relaciones personales ó de negocios con ese insigne poeta.

El disfavor del público continuaba gravitando sobre ese animoso combatiente de la pluma, el cual en vano trataba de remontar la corriente de injusta indiferencia con que se recibían sus trabajos literarios y sus nobles esfuerzos por solventar sus deudas.

Sufrió el contragolpe de esta disposición del espíritu general en la suerte que cupo á su *Shakespeare*, como á las otras *Biografías* escritas por él y que sucesivamente coleccioné en tomos, y aun sus *Obras oratorias*, tan aclamadas en todas partes y reconocidas como sin rivales, tampoco se libraron de esa corriente de indiferencia pública.

Sin embargo, conmoviome en aquellos momentos un paso dado por un joven desconocido á la sazón, viniendo á solicitar el favor de publicar antes que yo (en una Revista que iba á fundar y que tituló *Revista de París*) las primicias de tres ó cuatro de esas monografías inéditas, obras del gran poeta. Aquel joven vino á verme y trató conmigo para comprarme las primicias de *Mirabeau*, de *Danton* ó de *Vergniaud* (no tengo tiempo de buscar el documento que poseo, el contrato particular que celebré con él), mediante un determinado precio que cobraría yo tan pronto como se publicasen en dicha *Revista*, precio estipulado en letras de cambio.

Era Arturo Meyer, director hoy de un gran periódico dia-

ric, *Le Gaulois*, muy leído en los círculos aristocráticos. Desde entonces acá Meyer ha conquistado real importancia y adquirido una posición que no me extraña, pues me sedujo á primera vista (en aquellos lejanos tiempos cuya memoria evoco), con sus bríos, su ardiente entusiasmo por Lamartine, con sus sueños de hacerse una posición literaria por medio de una Revista nueva, bien presentada, de buena redacción; Revista de la cual era director efectivo, á pesar de ser tan joven, asociado, según creo, con un amigo de su edad. Era una tentativa que abogaba en pro de su iniciativa y de sus entusiasmos de literato.

El tomo editado por mi casa con el título de *Los hombres de la Revolución* por Lamartine siguió, por consiguiente, á la publicación anticipada de las mismas biografías en la *Revista de París*.

Me fué grato ayudar así con el nombre de Lamartine los comienzos de Arturo Meyer, á quien ya no había de volver á encontrar hasta veinticinco años después, en el apogeo de su triunfo, y quizá más olvidadizo de ese pasado que yo mismo.

Para acabar esta página de mis *recuerdos*, sólo me falta decir algo acerca de las *Memorias inéditas* que Lamartine me había prometido, y parte de las cuales habíale yo pagado.

Lamartine, según las cláusulas de su contrato con mi casa editorial, fecho en 14 de Abril de 1863, debía entregarme el primer tomo de sus *Memorias inéditas* en Marzo de 1864; entretanto, consentí en pagarle por adelantado 5.000 francos á fin de cada mes, desde Agosto á Noviembre de 1863, ó sea una suma de 20.000 francos á cuenta del precio convenido; el resto había de pagárselo por sextas partes, á la entrega sucesiva de cada uno de los tomos del manuscrito cuya propiedad adquiriríamos así.

La entrega del dinero estipulado efectuóse en las condiciones y épocas prefijadas. Por desgracia, Lamartine no nos dió los tomos con que contábamos.

Ciertamente, si Lamartine hubiera querido escribir su vida con toda sinceridad, hubiese sido eso un gran atractivo para el público. ¡Era tan interesante el hombre mismo como personalidad! Su juventud, sus amores de poeta—*Elvira, Grazietta*—¿no eran toda una novela que cantaba en el espíritu de cada uno?

Lamartine había esbozado algunos recuerdos de esa novela juvenil en sus *Confidencias*, en *Rafael* («páginas de los veinte años»). ¡Qué bellas evocaciones había hecho con su tierna y delicada pluma! Pero aquello no era el cuadro real y completo de toda una vida, sino rincones entrevistos, una punta del velo ligeramente alzada, algo con que hacer entrar á todo el mundo en ganas de mayores golosinas. Porque, á la inversa de muchas gentes á quienes les parecen vituperables tales indiscreciones acerca del ser íntimo, pienso que son documentos preciosos, lo mismo como revelación del estado anémico personal del escritor, que como característica de los sentimientos y del modo de comprender una época ó un medio. Si no tuviésemos todas las confesiones sorprendidas por los contemporáneos de tantos reyes, de tantas grandes señoras, ¿no ignoraríamos en gran parte la vida y las costumbres de un siglo, y la parte más interesante, la más típica, la que verdaderamente da la nota humana, la vibración del ser?

¿Qué son, en efecto, los hechos de la historia si todo se reduce á registrar una fecha, un resultado concreto? Si no inquirimos el móvil recóndito de los sucesos, si de la acción no inducimos la pasión ó el interés causantes de ella, ¿qué nos importa lo pasado, lo extinto, lo muerto, en una palabra? Esos hombres nos interesan, porque fueron vivos antes de desaparecer ellos y las cosas de su tiempo; el fondo pasional humano no varía de ningún modo; pero las diferencias de medio, de educación ó de civilización lo transforman, ó más bien lo apro-

pian de diversa manera. Registremos, pues, al hombre en su fuero interno. A la vez que es una individualidad espontánea, es un reflejo de lo que le ha formado, circuido, envuelto en algún modo: primero su madre, después la primera mujer amada, más tarde toda la corriente de su vida y el contacto con otros seres análogos á él. Siguiendo las leyes de su temperamento, sufre el contragolpe de las influencias exteriores, las cuales le impresionan y aun me atrevo á decir que ejercen presión sobre sus actos. Lamartine es clara prueba de ello; el numen que inspiraba su poesía lírica, lo que le dió ese gran idealismo, ¿no fué la primera fe sencilla grabada en él por su madre, inspiradora de las *meditaciones*, que son un himno á la divinidad; no fué la indeleble huella de sus primeros amores con Graziella, la graciosa pescadora de Ischia, y con Elvira; no fué también la lectura de Chateaubriand, cantor del *Genio del Cristianismo*?

Suprimid todas esas incidencias de la *formación cerebral* de un hombre, si se me permite expresarme de ese modo, y no tendréis ya la lira resonante é instintiva á la vez de Lamartine. Necesítase el rayo de sol para hacer vibrar la estatua de Memnón.

Cuanta más grandeza moral tiene el hombre, cuanto más ha influído en su siglo, cuanto más ha dado la nota de su genio, tanto mayor interés tiene, en sentir mío, el conocimiento exacto de las influencias que aquél repercute.

Falso pudor es el celar algo de sí mismo, ó proponerse disfrazar la verdad acerca de su vida. ¿Qué importa, para quien murió y no tiene ya que defender su amor propio, la indiscreción ó la confesión de sus debilidades humanas, de los secretos móviles determinantes de su conducta? Por el contrario, hay en esa anatomía moral una enseñanza y un provecho para todos. Por eso creo que las *Memorias* de Lamartine, tal como las soñé, y como le pedí que me las escribiese, hubieran conmovido hondamente al público. A él, más que á otro cualquiera, podía permitírsele emitir juicio acerca de sus contempo-

ráneos, pues tenía suficiente alteza de ánimo para no estar celoso ni envidioso de nadie, y sobrada gloria adquirida para no temer exaltar á aquellos mismos que pudieran ser sus rivales en celebridad.

Amarga desilusión me produjo el no ver entregarme nada de aquel tan apetecido manuscrito, ninguno de aquellos seis tomos inéditos que, en primer término y sobre todo, me habían determinado á celebrar con él un contrato. Contaba con ellos, tanto como para un triunfo editorial mío, cuanto como para cebo de un renacimiento de favor por parte del público para con el antiguo ídolo de la Francia de 1848.

Mi casa reclamó en diversas ocasiones á Lamartine ese manuscrito, que tardaba en remitírsenos. ¡Ay! el manuscrito no existía y aún lo aguardaban las páginas en blanco: ya porque, apremiado Lamartine por su familia para que no refiriese nada de su propia vida ni de la de todos aquellos á quienes había conocido, cediera á la presión de los suyos; ya porque las necesidades de sus trabajos cotidianos, para asegurar su existencia material y á la vez, por añadidura, la liquidación de sus deudas, le impidiesen acometer en verdad la empresa de aquella historia íntima de un hombre y de un siglo. Esta última razón (su tenaz trabajo) fué la que me hizo presente para aplazar primero la entrega de las cuartillas reclamadas, y después para declinarla. Pero no pude creer en la realidad del motivo alegado, pues no cabe imaginar siquiera la constancia en el trabajo ante la facilidad de pluma de Lamartine: todo manaba cual una fuente, bajo la inspiración primera; surgían las frases armoniosas, amplias, rotundas y sonoras; el prosista continuaba siendo siempre poeta.

A la postre fué un hecho probado: Lamartine renunció á

escribir y entregarme sus *Memorias*. Al cabo de un año (no á contar desde la celebración del contrato conmigo, sino un año después de la fecha en que debió haber aparecido la obra) me pidió que le dejase romper nuestro convenio.

¿Qué iba yo á hacer sino conformarme, á pesar de los pesares y de mi despecho mismo? Admirador de Lamartine, no me sentía con ánimos para obligarle á cumplir, por sentencia de juez ó tribunal competente, los pactos libremente ajustados por él conmigo. Mis consocios me lo vituperaron un poco, sobre todo teniendo en cuenta los anticipos de dinero que le habíamos hecho desde más de año y medio antes, con cargo á esa misma publicación que se nos iba de las manos. A pesar de todo, firmé la anulación del convenio en lo referente á las *Memorias*, y Lamartine, para arreglo de cuentas por lo menos, y para solventar su deuda con nosotros, firmó á favor de nuestra casa dos pagarés de á 10.000 francos cada uno, en restitución del precio anticipado.

Conservo en mis archivos esos dos documentos, muy sencillos y escritos todos ellos de puño y letra de Lamartine, quien me los entregó en 18 de Abril de 1864, siendo el vencimiento del primero en 15 de Noviembre del mismo año, y el del segundo en igual fecha de 1865 (es decir, para un año más tarde), librados por él como pagaderos en esas fechas, en cumplimiento de nuestro nuevo convenio de aquel día (18 de Abril de 1864), retirables por él previo pago al presentárselos, y que acepté con su firma en papel común. Me bastaban la palabra y la firma de Lamartine.

En consideración á Lamartine, ¿qué importaba que no estipulase el interés del capital prestado, retenido así durante dos años, é inmóvil? ¡Ah! confieso que desde entonces acá me lo echaron á menudo en cara, como impropio de un hombre práctico y positivista. Declaro humildemente que siempre tuve consideraciones y hasta debilidad si se quiere, con los hombres de inteligencia, con todas aquellas personas á quienes amo, honro, respeto ó admiro.

Pesóme de ello entonces, porque llegaron los vencimientos de las dos obligaciones y no se obtuvo su pago. Ya he dicho que Lamartine estaba muy apurado, pero á causa de sus mismas generosidades, de su grandísima caridad, de lo que otros (los malos y los calculistas) llamaron, con ironía ó desprecio, sus prodigalidades de hombre de genio. Trabajaba para salir de apuros, y ¡qué trabajo pertinaz y meritorio el suyo entonces, cuando la vejez le llamaba ya al descanso, bien ganado, de una vida ampliamente ocupada!

¿Era cosa de aumentarle los disgustos? Y, ante todo, ¿puede un discípulo tener valor para perseguir ó atormentar á un maestro á quien respeta y ama? Eso no era acto de editor, ¡conformes! No, de seguro, si por editor se entiende mercader de libros, ó sencillamente hombre de negocios.

En todo caso, para desagraviar por lo menos á mis consocios, tuve que dirigir, de mala gana, una reclamación escrita á Lamartine, por su falta de pago de su primera obligación de 10.000 francos para devolvernos nuestros anticipos.

Ya llevo dicho que vencía en 15 de Noviembre de 1864, y sin queja ninguna ni sombra de procedimiento judicial por parte nuestra, había llegado el mes de Mayo de 1865. Otro pagaré igual (de 10.000 francos) quedaba en nuestras manos para seis meses más tarde, corriendo el mismo riesgo de convertirse en un papel mojado para nosotros, que habíamos entregado los fondos. A la postre, después de mil vacilaciones y luchas, en mi calidad de gerente de la casa y cuentadante de nuestros accionistas, vime «obligado» á dirigir al gran poeta una reclamación dictada en términos un poco fuertes, aunque traté de suavizarlos con todas las consideraciones que sentía despertarse dentro de mí hacia quien meció mi infancia. ¡Ay! La altivez de Lamartine se rebeló contra los términos de la reclamación, por suavizada que estuviese. Hirióle en lo vivo una amenaza de demandarle ante el Tribunal de Comercio, amenaza que me impusieron dirigirle. Sentí la herida más que él mismo; ¡yo, tan bien recibido por él; yo, joven y recién lle-

gado, á quien otorgó el contrato que apetecí; yo, que le quería y obraba contra mi gusto, sólo por deferencia hacia los intereses á mí confiados!....

Sí, no lo disimulo; dos veces me entristeció lo que acontecía. Y aquella breve carta suya respondiéndome (Junio de 1865), la he tenido clavada siempre en el corazón; como injusta para conmigo, que no podía defraudar los intereses de mis consocios, y á quien mi situación imponía tan penoso deber; como dolorosa también para Lamartine, quien, impotente para pagar entonces lo que había reconocido deber (y, en efecto, debía), daba margen de ese modo contra él á una demanda mercantil..... ¡Pero, jamás me presté á esto! Y Lamartine murió sin saber el fondo real de las cosas, jamás perseguido por nosotros, ni aún molestado por un protesto de notario. No me pesa nuestro modo de portarnos, y casi estoy por gloriarme de él. ¡Tan conforme estoy en que el dinero es inferior al genio, en que la gloria y la ancianidad son sagradas, en que el buen recibimiento que tuve siempre en casa de Lamartine me imponía los mayores deberes de delicadeza! En definitiva, las cantidades recibidas por él á consecuencia del contrato que firmó conmigo, las considero como una cuota de la subscripción nacional que en beneficio suyo acababa de abrirse.

Por eso he conservado desde entonces en mis archivos, cual preciosos documentos, aquellos dos pagarés de 10.000 francos, firmados por Lamartine, autógrafos que confirman lo dicho antes por mí, y que de esa manera se convierten en documentos históricos, de papeles privados que fueron.

ALBERTO LACROIX.

(De la *Nouvelle Revue Internationale*.)

VICTOR HUGO Y SAINTE-BEUVE

Ya he dicho que en las *Cartas de Víctor Hugo á Sainte-Beuve*, recién publicadas, por fin se ve el rastro de una novela dolorosa y dramática. Apasiona mucho esa novela, tanto más cuanto que es preciso reconstituirla según se va leyendo, puesto que sólo hay páginas sueltas de ella. No ignoráis el placer que se siente al escuchar á una persona que está junto á un teléfono. Por sus preguntas y respuestas se suponen las de su interlocutor, á quien no oímos. Eso es muy divertido. No hay pasividad por nuestra parte, como en una conversación ordinaria de la cual somos testigos; en ésta se es agente y se está muy despierto. Se colabora, se inquiere, se tantea, se descifra. Desde los tiempos en que hacía yo versiones latinas, nunca he sentido goce más intenso.

Pues bien; leer las cartas de Hugo á Sainte-Beuve es presenciar una conversación ante el teléfono. Tenemos las cartas de Hugo, pero nos faltan las de Sainte-Beuve. A cada carta del primero, es preciso imaginarse la correspondiente del segundo.

Añádase á esto que el mismo Víctor Hugo, como trataba de asuntos delicadísimos y con esa laudable reserva púdica que acaso no empleáramos en nuestros días, habla casi siempre con alusiones y reticencias; lo cual redobla la dificultad, y, por consiguiente, el placer.

Reconstruyamos, pues, con las cartas de Víctor Hugo la novela de Víctor Hugo y Sainte-Beuve desde 1827 á 1833.

Las primeras relaciones de Víctor Hugo con Sainte-Beuve, lo mismo que las últimas, fueron de poeta á crítico. En Febrero de 1827, Hugo, poeta de veinticinco años de edad, en-

seña fragmentos de *Cromwell* á Sainte-Beuve, crítico de veintitrés años. Quince días después contrajeron íntima amistad, apasionada muy pronto, á lo menos por parte de Hugo, como sobrado se ha de ver; y anudóse frecuente y estrecho trato.

En efecto, por las cartas de 1828, se ve que Sainte-Beuve había llegado á ser asiduo concurrente á la casita de la calle de Notre Dame des Champs.

Escribe Hugo á Sainte-Beuve, que estaba de viaje:

«Había adquirido el dulce hábito de verte á menudo..... Dejábame un gran vacío tu ausencia. Casi me despoblaba la calle de Notre Dame des Champs. Han venido tus dos cartas, tan buenas y hermosas como son, á devolvernos algo de tu vida, de tu elevada conversación, de la poesía de tu alma y de tu ingenio.....»

Era encantadora en aquella época la casa de Hugo: una academia familiar, «cual no pudiera apetecerse otra». Iban allí Lamartine, Boulanger, Devéria, David, Rabbe, Sainte-Beuve, jóvenes todos y con tanto talento, que nunca habían de tener más; grandes artistas y grandes poetas todos ellos; pues no debe olvidarse, para la inteligencia de lo que sigue, que por entonces no era Sainte-Beuve un simple crítico. Era á la vez crítico, poeta y novelista, y se ocupaba mucho más de *Joseph Delorme* y de *Volupté* que de los artículos para *El Globo*.

Por aquel entonces (1828) debió de ocurrir, al parecer mío, la «seducción» (pronto veréis en qué sentido entiendo esta palabra estúpida) de la señora de Víctor Hugo por Sainte-Beuve. Pues advierto que en 1829 y primera mitad de 1830, Sainte-Beuve viaja mucho. Es probable que sienta la necesidad de desentumecerse y de aturdirse. Va á todas partes, al Rhin, á Alemania, á Rouen, á la costa del Canal de la Mancha; lo cual nunca estuvo muy en su carácter. Es lo probable que se destierra y se desarraiga. Es probable que *le hayan dicho*: «¡Viajad!» A todos se nos ha dicho que viajemos, en cierto momento de nuestra vida. Es una palabra bastante desagradable de oír.

Pongo, pues, la «seducción» de la señora Hugo por Sainte-

Beuve en el año 1828. Porque Sainte-Beuve estuvo enamorado de la mujer de Víctor Hugo; pero la señora Hugo fué «seducida» por Sainte-Beuve, eso es cierto. Las cartas de Víctor Hugo no permiten duda ninguna acerca de ese punto. En cierto momento (1833) dice: *Yo soy quien era el herido*. Y en otra ocasión (1831) había dicho: «Porque, mira, esto te lo digo á ti solo (subrayado en el texto): ya no soy feliz. He adquirido la certidumbre de que era posible que quien tiene todo mi amor dejase de amarme.» Aun descartando la parte de exageración del dolor, todavía queda en pie el hecho de que Víctor Hugo vió á su mujer desprenderse de él por un instante y sufrir el ascendiente del amigo de la casa. Esto no es dudoso, y todo lo que luego veremos lo confirma con evidencia.

¿Hasta dónde llegó esa «seducción»? Eso es lo que no sabremos jamás, ni siquiera cuando se publique *El libro de amor*, de Sainte-Beuve. Jamás lo sabremos; porque Víctor Hugo no lo ha dicho, su mujer tampoco; y Sainte-Beuve lo dijo un millar de veces, pero su testimonio es terriblemente sospechoso.

Aquel viejo fatuo, de una fealdad inverosímil, tomó tan á pechos el hacer creer á las generaciones jóvenes cómo ninguna mujer de su tiempo se le había resistido, que acabó por convencerse de ello á sí propio por completo. No gustaba del placer secreto (algo cazurro, pero delicado, después de todo), de los recuerdos misteriosos, incubados celosamente en la soledad. Era necesario que todos sus negocios se supiesen á la menuda. Y, como se había vuelto bastante zafiamente libertino, es muy posible y hasta muy probable que, sin darse cuenta tal vez, diese á sus amores de la edad de veintitrés años el carácter y el colorido de sus amoríos de cincuentón. ¡Ah, cómo solemos desflorar nuestros recuerdos sólo con evocarlos; y cómo ajamós á veces nuestros amores juveniles, sin más que volver á pensar en ellos cuando ya no tenemos su edad!

¡No toquen nuestras manos
tan sagradas reliquias!

Sí: él las tocaba siempre, y eran sus manos un poco torpes.

Por esas razones, *nunca* sabremos hasta dónde llegó la seducción de la señora Hugo por el harto joven Sainte-Beuve.

Pero fué seducida, y ahora diré cómo comprendo esta palabra: amó y no supo ocultarlo.

Este es un hecho cierto; por lo demás, ningún agravio causa á su memoria.

Al pronto no lo advirtió Víctor Hugo. En el momento en que probablemente era más dolorosa la herida en la señora Hugo, en el momento en que según mis suposiciones había creído ella prudente hacer viajar á Sainte-Beuve, Víctor Hugo escribía á éste cartas en las cuales se ve cuán profunda era la amistad que le profesaba (Mayo de 1830):

«¡Si supieses cuánto te hemos echado de menos en estos últimos tiempos; cuánto vacío y tristeza hay para nosotros hasta en familia; cómo vivimos aun en medio de nuestros hijos; cómo nos faltaban á cada instante tus consejos, tu concurso y tus cuidados, de noche tu conversación y siempre tu amistad!... Espero que en lo sucesivo no tendrás el mal gusto de abandonarnos, de desertar así de nuestro lado. Esta prueba será buena, por lo menos evitando que vuelvas á intentar otra, y Normandía te libraré de ir á Grecia.»

Por aquella época escribió para Boulanger y Sainte-Beuve la encantadora composición *Hojas de Otoño*:

Amigos, ¿es Ruan, la de vetustas calles,
Es Ruan la que os llama....

.....

Amigos, mis amigos, mi pintor y mi poeta,³
Siempre os echo de menos y os dice mi alma inquieta:
¡Volved, volved aquí!

—

.....

¡Adiós los corazones y espíritus alzados
En quienes hallé siempre, en días muy cuitados,
Tiernísima piedad!

¡Adiós las alegrías que entraban en mis lares:
En ambos, oh dulzura, de genios tan dispares,
Vi idéntica amistad!

.....
Id, hermanos gemelos, apóstol con artista....
Quien copia el Universo, con quien su esencia avista.
Por suerte, entre los dos,
Tenéis en este mundo con qué lograr la palma:
Para el pintor el cosmos, para el poëta el alma
Y para entrambos Dios.

¡Ay!, en Mayo de 1830 Víctor Hugo apremiaba á Sainte-Beuve para que abreviase el viaje. Un poco más tarde le apremiará para que emprenda uno, y lo más lejos posible.

Hacia el final de 1830 comprendió Víctor Hugo lo que acontecía. Sainte-Beuve estaba en París. Con toda evidencia, hallábase enamorado siempre, querido siempre con pasión y... rechazado siempre. ¡Y se tenía por muy sin ventura, y se desahogaba en el seno de Víctor Hugo mismo, y era Víctor Hugo quien le consolaba! Pues bien; esto no es risible, sino muy conmovedor y perfectamente noble, á lo menos por un lado. Lo vergonzoso por parte de un marido, en tales asuntos, es comprender harto pronto y comprender antes de que haya nada. Víctor Hugo no vió más que una cosa: que Sainte-Beuve era desgraciado, y le escribió esta carta exquisita (4 de Noviembre de 1830):

«Acabo de leer tu artículo acerca de ti mismo y me ha hecho llorar. Por favor, amigo mío, te conjuro que no te desalientes así. Piensa en los amigos que tienes; en uno, sobre todo, en quien esto te escribe. Sabes lo que para él eres, qué confianza tiene en ti respecto á lo pasado como á lo venidero. Sabes que tu dicha empañada emponzoña para siempre la suya, *porque necesita saber que eres feliz*. Por tanto, ¡no te desanimas! No hagas escarnio de lo que hay grande en ti, de tu genio, de tu vida, de tu virtud. Piensa en que *nos* perteneces, y

en que hay aquí dos corazones de los cuales tú eres siempre el más constante y querido sostén.

»Tu mejor amigo,

»VÍCTOR.

»¡Ven á vernos!»

Ese «¡ven á vernos!» indica que Sainte-Beuve no se atrevía á ir ya, ó que había recibido una orden de no presentarse allí más.

Entre el 4 de Noviembre y el 8 de Diciembre siguiente fué cuando Víctor Hugo vió claro. ¿Cómo? ¿Ilustrado por quién? No se sabe. Quizá se le escapase á Sainte-Beuve alguna palabra. Tal vez (esto es lo que yo supongo), extrañándose del retraimiento de Sainte-Beuve, interrogaría Hugo á su mujer, quien, acosada, concluyó por decir: «Pues bien, ¡yo soy quien quiere que no venga más!» Frase irreparable, dicha por muchas mujeres más ó menos molidas á preguntas; frase que nunca debieran decir, pues en ese caso es cuando es preciso saber dominarse; aunque comprendo que en ciertas circunstancias es difícil, perseguida por ambas partes y cercada, no dejarla salir de los labios. Por lo demás, ya sabéis cuántas escenas V del IV acto se han hecho con esa frase.

Evidentemente, hubo explicaciones tempestuosas, por viva voz ó por cartas, entre Sainte-Beuve y Víctor Hugo. Todo ello hay que suponerlo acontecido entre el 4 de Noviembre y el 8 de Diciembre.

El 8 de Diciembre..... ¡Ah, qué conmovedora es aquella carta y cuán diversos dolores contiene! Sin duda, entre los conocimientos de Hugo causó extrañeza que Sainte-Beuve desapareciese. Hugo, el pobre joven generoso (casi heroico, á fe mía), disimuló su herida con una sonrisa y respondió con una *ligereza* afectada: «¡Oh, Sainte-Beuve; es un poco *inconstante* Sainte-Beuve!» Esto fué dicho á Sainte-Beuve por alguien, ¡y él es quien se queja! Sí, duélese de que Víctor Hugo haya hablado *ligeramente* de él y le haya acusado de *inconstancia*, puesto que Hugo le responde:

«¿Puedes creer que hablo de ti con *ligereza*? He podido llamarte *inconstante* en materia de arte ú otras pequeñeces, pero no en asuntos del corazón. No sepulremos nuestra amistad; conservémosla casta y santa, como fué siempre. *Seamos indulgentes uno para otro, mi querido amigo. Yo tengo mi herida; tú, la tuya.*»

¡Es admirable esta frase!

«Pasará la conmoción dolorosa. El tiempo lo cicatrizará todo; esperemos que algún día sólo veremos en todo esto razones para querernos más. Mi mujer ha leído tu carta. Ven á verme á menudo. Escíbeme siempre. Piensa en que, *después de todo* (subrayado en el texto), no tienes mejor amigo que yo.»

«Ven á verme á menudo.» Tiene empeño en ello, mucho tiempo lo tuvo. Creyó que eso era posible, lo cual es propio de un buen corazón. Quince días después, parece creer menos en esa posibilidad. Pero, á lo menos, que se escriban: ¡nada de ruptura! Sainte-Beuve le escribe una carta, donde le recuerda los buenos tiempos de la amistad sin nubes. Respuesta (24 de Diciembre): «Bien haces en escribirme, querido amigo; haces bien *por todos nosotros. Leemos tus cartas juntos*, mi mujer y yo, y hablamos de ti con profunda amistad. Los tiempos que me recuerdas están llenos de dulzura. ¿Crees que nunca volverán? Vamos, siempre tendré yo gozo en escribirte, alegría en verte. Sólo hay en la vida dos ó tres realidades, y la amistad es una de ellas. Pero, [es decir, «en cuanto á vernos, es difícil»], escribámonos con frecuencia. Nuestros corazones seguirán viéndose. Nada se ha roto.»

Y en 2 de Enero de 1831, habiendo enviado Sainte-Beuve juguetes á los niños, Víctor Hugo aprovecha á escape la ocasión para rogar á Sainte-Beuve que reaparezca: «Has sido muy bondadoso con mis hijitos, mi querido Sainte-Beuve. Tenemos necesidad, mi mujer y yo, de darte las gracias. Ven, por tanto, á comer con nosotros pasado mañana. ¡*El año 1830 se acabó!*»

No conozco nada más conmovedor y más exquisito que ese «¡el año 1830 se acabó!»

¿Fué á comer? Lo ignoro; pero se ve que aún se abstuvo mucho durante los primeros meses de 1831, puesto que Víctor Hugo sufre en extremo por esa ruptura. Decididamente, de los tres, él fué ciertamente quien mejor amó y acaso más. No puede acostumbrarse á no ver ya á Sainte-Beuve (13 de Marzo): «..... Tengo tantas cosas que decirte, tantas penas que contarte (*dadas por ti*), tantas súplicas que dirigirte desde lo más hondo de mi corazón, á ti, amigo mío, Sainte-Beuve, á quien quiero más que á mí mismo; *tengo tanta necesidad de que aún me digas que me quieres para creerlo*, que habré menester irme una de estas mañanas en tu busca y apoderarme de ti para que hablemos de largo, profundamente y con ternura, acerca de todas estas cosas.....»

No se equivocaba. Sainte-Beuve ya no le quería, lo cual equivale tal vez á decir que ya no amaba á la Sra. Hugo. Pues á esa carta contestó Sainte-Beuve haciendo cargos, sí, y muy duros, como vais á verlo. Víctor Hugo quedóse confundido. «Aguardó varios días» antes de reponder, y á la postre (en 18 de Marzo) escribió así;

«..... No creía que lo pasado entre nosotros, *lo que sólo nosotros dos en el mundo conocemos* (subrayado en el texto, probablemente el perdón, si hubo lugar á perdones, ó la explicación leal y tierna), pudiera jamás olvidarse; sobre todo por ti, Sainte-Beuve, el Sainte-Beuve que yo he conocido. ¡Oh, sí, estás muy cambiado! Debes acordarte de lo que pasó entre nosotros en la ocasión más dolorosa de mi vida, *en un momento en que tuve que elegir entre ella y tú*. Recuerda lo que te dije, *lo que te ofrecí, lo que te propuse* (subrayado en el texto), ya lo sabes, *con la firme resolucion* (subrayado en el texto) de cumplir mi promesa y de *hacer lo que quisieras* (subrayado en el texto). Recuérdalo y ten presente que acabas de escribirme que en ese asunto había yo carecido para contigo de «abandono», de «confianza», de FRANQUEZA. Mira lo que has podido escribir,

tres meses después. Te lo perdono desde ahora. Quizá llegue día en que tú no te lo perdones.»

Sainte-Beuve se disculpó, fué zalamero. Hugo quedó conmovido. Le invitó á comer. Siempre convidaba á comer. Por fin obtuvo lo que con un empeño tan noble, tan conmovedor y tan irrazonable, había ambicionado por tan largo tiempo. Sainte-Beuve reapareció en la casa y la frecuentó como en el pasado.

¡Ah, qué bonito quinto acto para quienes la vida es una comedia! ¿Cómo no había comprendido Hugo que eso no era posible? Porque no era hombre de teatro, porque no era psicólogo, porque tenía demasiado buen corazón para ser moralista. Que aquello era absolutamente imposible enseñóselo la experiencia; y le obligó á comprenderlo la realidad, la triste realidad. Esa vida no era conllevable. Todo el mundo estaba molesto, con espinas, sobre ascuas, en casa de Víctor Hugo. *Todo el mundo*, en la casa de Hugo, deseaba que el Sr. de Sainte-Beuve partiese para Lieja. Por supuesto, preciso es reconocer que lo mismo daba Lieja que cualquiera otra ciudad. Carta del 6 de Julio, noble, conmovedora y generosa como todas las demás, pero exquisito bocado para el moralista, según vais á ver:

«Lo que tengo que escribirte, mi querido amigo, me causa honda pena; pero, sin embargo, preciso es que yo te escriba. Tu marcha á Lieja me hubiera dispensado de hacerlo; y por eso *te he parecido algunas veces desear una cosa* que en cualquiera otro tiempo hubiese sido para mí una verdadera desgracia..... tu alejamiento.... Puesto que no te vas, es menester, amigo mío..... [«¿qué yo te despida?» sí, pero está dicho con más elegancia, porque Víctor Hugo es un estilista], que desahogue mi corazón en el tuyo, *aunque sea por última vez*. No puedo soportar por más tiempo una situación *que se prolongaría indefinidamente con tu permanencia en París* [he ahí lo que se llama feliz empleo de la perífrasis]. No sé si habrás hecho, como yo, la amarga reflexión de que este ensayo de tres meses de una se-

mi-intimidad, mal reanudada y mal zurcida, no nos ha salido bien. No es esa, amigo mío, nuestra antigua é irreparable intimidad. *Cuando no estás aquí, siento en el fondo de mi corazón que te quiero como en otro tiempo; cuando estás, es un suplicio.* Ya no estamos libres el uno con el otro. Ya no somos aquellos dos hermanos que éramos. Ya no te tengo, ni tú me tienes; hay algo entre nosotros..... Todo es ahora para mí un tormento. *La misma obligación, impuesta por una persona á quien aquí no debo nombrar, de estar presente yo siempre que vengas á casa,* me dice de continuo y muy cruelmente que ya no somos los amigos de otros tiempos. Dejemos, pues, de vernos [¡por fin!] ¿Está cicatrizada tu herida? Lo ignoro; sólo sé que la mía no lo está. Algunas veces debe parecerte que ya no soy el mismo. [Atención, que esto adquiere una belleza admirable.] *Consiste en que ahora sufro contigo.* Eso me irrita, primero contra ti, mi pobre y siempre querido amigo, y después *contra otra persona, cuyos deseos quizá también te expreso en esta carta.....* Ten compasión de todas estas ideas sin enlace. Esta carta me ha hecho sufrir mucho, amigo mío. Quémala; que nadie pueda volver á leerla nunca, ni aun tú mismo (1). ¡Adiós!

»Tu amigo y tu hermano,

VICTOR.

«He dado á leer esta carta á la única persona que debía leerla antes que tú.»

Esta vez quedaba Sainte-Beuve muy bien despedido, noble, grandiosa, patéticamente; pero echado á la calle, y por los dos. Esa historia prueba que en casos tales conviene empezar por donde acabó Víctor Hugo.

Pero prueba también que Víctor Hugo tenía un honrado y gran corazón, lleno de debilidades venerables y de elevados

(1) No la quemó: era demasiado artista para eso. Comprendió que era una obra maestra; y una obra maestra del natural, como no hay todos los días ocasión de encontrar otra. La guardó; no puedo vituperárselo.—
(Nota del articulista.)

sentimientos muy hermosos. En otra parte he dicho lo contrario: he dicho que no era bueno, que no sabía perdonar. Acaba de darme solemne mentís. ¡Ay! es que yo no hablaba del Hugo de 1830, sino del Hugo quincuagenario. Dos cosas echaron á perder á Víctor Hugo, una sola de las cuales hubiera sobrado para agriarle: la vida literaria y la vida política. Pero esa es una razón más para referirse á la época en que aún era bueno, generoso, inocente y hechicero, á la época en que pudo decir de sí mismo con candor, pero con justicia:

Pedir todo á la vida: amor, gloria, poder,
Ser fuerte, ser altivo, ser sublime y *creer*
Que todo es puro aquí.

«¡Oh tiempos de ensueños, de fuerza y de gracia!» ¡Nunca duran mucho esos hermosos tiempos.

EMILIO FAGUET.

(De la *Revue Politique et Litteraire.*)

LOS ARCHIMILLONARIOS AMERICANOS

La riqueza nacional de los Estados Unidos en 1896, ha sido valorada por estadísticos y economistas, peritos en la materia, en la suma de unos 76.000 millones de pesos fuertes, *dollars*, (380.000 millones de francos). Los principales tenedores hoy de ese prodigioso tesoro, se sonreirán de lástima leyendo la descripción de las maravillas de la famosa cueva de Aladino y al decirse á sí mismos que su lámpara mágica—el trabajo y el afán de lucro—les ha servido mejor que la del cuento oriental. Los millonarios americanos, como clase, no son un peligro ni

un azote para la nación: no se han enriquecido empobreciendo á la masa del pueblo. El carácter distintivo de casi todos estos modernos Cresos, sin duda como el de todos los hombres que se elevan á una supremacía indisputada por un medio cualquiera (en otro tiempo las armas, hoy los *dollars*), es el deseo de fundar una familia que tenga sus propias costumbres, sus tradiciones mercantiles ó industriales; sus leyes, á las que todos los miembros de ella tengan la obligación de obedecer á ciegas; su genealogía, que se remonta al antepasado ilustre; es decir, al que llegó á New-York descalzo y sin un céntimo en el bolsillo, fué cargador en los muelles de San Luis ó machacador de piedras en California, y murió «valiendo» ya varios millones de *dollars*.

La más célebre de estas familias es de seguro la de los Vanderbilt, cuyo fundador, el hombre que «hizo» los primeros millones, el comodoro Vanderbilt, nació hace un siglo justo. Desde la edad de seis años le fué preciso arreglárselas por sí solo; y, á fe mía, supo amañárselas tan bien, que, diez años más tarde, aparte de su primer capital — la fe en su fortuna futura — poseía otra más palpable, es decir, *100 dollars* con tantes y sonantes. Con ese dinero compró una barquita y transportó hortalizas al mercado de New-York. Se casó á la edad de veinte años y continuó su empresa de transportes, mientras su mujer estaba al frente de una fonda; y vino la suerte con tanta rapidez, que al cabo de tres años de matrimonio «valía» ya la pareja Vanderbilt 10.000 duros. A los setenta años de edad, el comodoro reunía un capital de 70 millones de pesos. Feliz como especulador y como esposo, no podía pretender el dictado de padre feliz, porque su hijo primogénito le causaba grandísimos pesares. No porque William H. Vanderbilt fuese un malgastador, un mal ente que diese aire á los millones de papá. Eso no hubiera sido más que un mal á medias, y sin duda se hubiera dicho filosóficamente el comodoro que es menester divertirse de joven. Pero, no: el muchacha era estúpido, perezoso, ignaro, sin energía, sin entendi-

miento, sin ambición; por eso se le había desterrado á una hacienda lejana y nunca se hablaba de él, ni aun en el seno de la familia. Pues bien, un día, el mozo estúpido, de cuarenta y tres años de edad á la sazón, «sopló» un magnífico negocio al viejo marrullero de su padre, y ganó de una sentada medio millón de duros. Aquel fué el día más hermoso en la vida del comodoro. William fué llamado del destierro y puesto á la cabeza de la casa. Habíale transformado la apacible existencia de la casa de campo: entonces era un trabajador infatigable, de ideas lúcidas y nervios de acero. Diez años después de la muerte de su padre, había hecho William duplicarse «el capital Vanderbilt»; y á su muerte, dejó á sus ocho hijos una fortuna de 200 millones de *dollars* (ó sean 1.000 millones de francos en cifra redonda). Su hijo primogénito, Cornelio, recibió por su parte 59 millones de pesos; Guillermo, 57, y cada uno de los otros seis hijos, 12. La viuda tuvo una renta vitalicia de 200.000 duros anuales y el usufructo de la residencia de familia. La fortuna total de los Vanderbilt se eleva hoy á más de 400 millones de *dollars* (2.000 millones de francos). Dicho sea en honor de esos bienaventurados de la tierra, preciso es reconocer que, juntamente con el respeto al antepasado, conservan sus tradiciones de orden, de trabajo y de liberalidad. Cada uno de los miembros de la familia, desposeído de sus millones, sería capaz de hacerse otra nueva fortuna. Con su energía y su espíritu de iniciativa, han contribuido ampliamente al desarrollo de la prosperidad nacional; cierto es que han amontonado millones, pero no han sepultado en sus arcas esa gigantesca fortuna, sino que la han hecho y aún la hacen fructificar para bien común. Por último, su caridad es inagotable. A vista y á sabiendas de todos, han dado unos diez millones de duros; pero sus larguezas privadas se elevan á una suma mucho más cuantiosa.

La fortuna de los Astor debe su existencia al cerebro de un hombre y al desarrollo de una gran ciudad; porque aquí, en cuatro generaciones, el antepasado John Jacob Astor, fué el

único «hacedor de dinero». Disgustado de su oficio de mozo de carnicería en Waldorf, marchóse, hace ciento diez años, en busca de fortuna al Nuevo Mundo. En el barco entabló conocimiento con un antiguo comerciante en pieles, quien le inició en los secretos del oficio y en las tretas de los indios, principales proveedores en aquella época. Establecióse en New-York, se casó con Sarah Todd, mujer enérgica y económica, que fué para él un precioso auxiliar en su comercio. Los principios fueron difíciles; pero la pareja vivía de una manera modesta, casi miserable, y no escatimaba trabajos para sí. En un país nuevo, la actividad y la severa economía hallan casi siempre su recompensa, como la virtud en las novelas antiguas. En quince años, John y Sarah habían acumulado una fortuna de 250.000 dollars, lo cual equivale á 1.250.000 francos, no lo olvidemos. Una afortunada especulación en papel del Estado duplicó ese capital, modesto aún; y todo ello se consagró á la compra de bienes inmuebles en New-York. La ciudad iba en continuo aumento, y la fortuna de los Astor siguió la misma progresión. Los herederos de John Jacob no tuvieron más que dejar que las cosas siguieran su curso y permanecer fieles al principio transmitido por el gran *money maker*: «No vender nunca propiedades; con el exceso de los ingresos sobre los gastos comprar otras nuevas, y mantener las antiguas en buen estado de conservación.» William Waldorf Astor, el jefe actual de la familia, posee la mayor parte de los «millones Astor», próximamente los cuatro quintos; es decir, que según la típica expresión de sus compatriotas, «vale» la friolera de 400 á 500 millones de duros (*dollars*).

Según el concepto popular, siempre fué California la tierra clásica del oro; el país donde brotan los millones, como en otras partes la grama y la avena loca. Por eso no es extraño encontrar cierto matiz novelesco en la historia de casi todos los millonarios californianos. Son numerosos; pero un grupo, el de los constructores del ferrocarril del Pacífico, podrá dar idea de la clase entera. En 1849 fueron llevados hacia el

Oeste, por lo que se llamó la corriente de la fiebre del oro (*gold fever tide*), cuatro pobres diablos: Stanford, Crocker, Hopkins y Huntington. Como mineros, no les sopló mucho la suerte; entre tanto, Stanford habíase elevado al puesto de gobernador del Estado de California, cuando se concibió la idea de un ferrocarril del Atlántico al Pacífico. Algunos años después, el Congreso resolvió ayudar á quienes se atreviesen á poner en planta aquel gigantesco proyecto, y garantizó una subvención de 16.000 *dollars* por milla en terreno llano y 48.000 *dollars* en las partes montañosas. Agregábanse á esto concesiones de inmensos territorios, como remuneración del trabajo.

Los cuatro hombres vieron que allí podían hacerse millones; asociáronse, y cada uno se encargó de una determinada cuarta parte de la empresa total. A Stanford le tocó construir 530 millas, acabándolas en 293 días, aunque en ciertos parajes, según se asegura, sólo 100 millas de la vía férrea se tragarón más de 20 millones de *dollars*. Sin un céntimo partido por medio en 1850, esos explotadores de la industria se encontraron, una vez dado término á su empresa, con que entre los cuatro poseían una fortuna de 200 millones de *dollars*. Leland Stanford ha fundado una Universidad en memoria de su hijo único, muerto hace unos diez años, y la ha dotado á lo príncipe, con un capital de 14 millones de duros y tres haciendas, que juntas valen otros seis millones. Dos de sus antiguos consocios, Hopkins y Huntington, viven en verdaderos palacios, sitios en la Quinta Avenida de New-York; lo cual equivale á decir que uno y otro poseen un respetable número de millones. Por último, la segunda generación de los Crocker está representada por hombres inteligentes y enérgicos, que no han dejado improductivos los millones encontrados en la herencia paterna.

Recuérdese el estrépito que se armó recientemente contra el famoso sindicato de los petróleos, *Standard Oil Combination*, al cual se acusaba de querer acaparar la producción del mundo entero para poner la ley al mercado. La idea que se formaba acerca del poderío del sindicato era evidentemente

exagerada; sin embargo, preciso es decirlo, ese poder es colosal, y sería peligroso sin la competencia de los petróleos rusos. Hacia 1866, cinco jóvenes de la pequeña ciudad de Cleveland (Ohio), todos relativamente pobres (el capital que lograron reunir no llegaba á 5.000 duros) «olieron que había millones en el petróleo.» Sin juzgar del vocablo, eso era dar pruebas de buen olfato: pues hoy los cinco hombres «valen» juntos 600 millones de duros, y no parecen dispuestos á pararse en tan buen camino. En Mayo último, el *Standard* distribuyó á sus accionistas 10 millones de pesos, ó sea un dividendo del 10 por 100. La cabeza y el alma de esta gigantesca empresa es M. John D. Rockefeller, un buen hombre, de cara rubicunda y jovial, de ojos vivos, de maneras simpáticas, en quien no hay nada del «codicioso acaparador» clásico. Se ha hecho protector de la Universidad de Chicago, y han pasado ya siete millones de *dollars* desde su inagotable bolsillo á las cajas de las diversas Facultades.

A pesar de la justa reprobación que va unida al nombre de Jay Gould, no se puede menos de sentir cierta admiración por ese hombre, que, siendo mozo de labor de una granja, se instruyó sin auxilio de ningún maestro y reunió céntimo é céntimo un capitalito, hasta que llegó un día en que con inaudita audacia se echó al cuello de los gigantes de la especulación y los extranguló. Para el estudio de esa curiosa fisonomía, nada mejor puede hacerse que remitir al artículo publicado por M. de Marigny en la *Revue Bleue* de París (18 de Febrero de 1893), al siguiente día de la muerte del famoso rentista, que otros llaman famoso bandolero. Jamás criatura humana presentó en sí más contradicciones: cruel, vengativo, sin piedad para con las víctimas de sus especulaciones desenfrenadas, sin retroceder ante ningún medio (por desleal que fuese) para arruinar á un competidor molesto, el siniestro personaje de Wall Street podía en verdad ser llamado sin corazón y sin entrañas. Sin embargo, bajo aquella cubierta de bronce latía un corazón; y fuera de aquel antro, donde las lágrimas y las mal-

diciones de los miserables parecían convertirse en millones, el castellano de Irvington era el más amante de los esposos y el más tierno de los padres. Dotado de una memoria prodigiosa, de una vista de buitre y de un olfato de sabueso, era de una ignorancia risible para todo lo que no se relacionase de cerca ó de lejos con los negocios rentísticos. Su inteligencia superior, aún más que su energía indomable, le había hecho salir vencedor en la lucha por la vida, y sin embargo, jamás acertó la verdadera causa del ostracismo que pesaba sobre él: decíase que el mundo le echaba en cara su baja extracción, mancha indeleble á sus propios ojos. A pesar de todo, falleció á la edad de cincuenta y siete años, «valiendo» 75 millones de *dollars*, á despecho del refrán que dice: más vale buena fama que cintura dorada. Su fortuna se repartió con igualdad entre sus seis hijos. Sin embargo, el mayor, Jorge J. Gould, recibió sobre su parte cinco millones de duros, por servicios excepcionales prestados durante los últimos años de la vida de su padre. Aquí vemos un ejemplo de las leyes estrictas que rigen á la familia y que tienden á generalizarse en esa plutocracia americana: al hijo mayor le corresponde la administración general de la fortuna; ningún hijo puede instituir otros herederos sino sus propios hijos, ni aun casarse sin el consentimiento de la mayoría de sus hermanos y hermanas.

Los millones de J. Pierpont Morgan son fruto de una carrera mercantil y bancaria honrada á carta cabal; y conviene oponer este nombre, tan ventajosamente conocido en Londres como en Nueva York, al tristemente célebre de Jay Gould, para probar que una fortuna lo mismo puede cimentarse en dar valor á los fondos públicos que en su desvergonzada depreciación. J. S. Morgan, el fundador de la casa, fué primero mozo de granja, como Gould, después dependiente de una casa de novedades, y, por último, de una casa de banca. A la edad de treinta y ocho años, algunos ahorros conseguidos á fuerza de trabajo y de privaciones le permitieron abrir en Boston una casa de comercio, que muy pronto figuró entre las más

importantes de la República. A los cuarenta y tres años de edad, durante un viaje á Londres, conoció á Jorge Peabody. Quedó tan admirado éste de la actividad é inteligencia de Morgan, que le ofreció asociársele á su casa de banca. Al fallecimiento del gran filántropo, la firma Jorge Peabody y Compañía fué sustituida por la razón social J. S. Morgan y Compañía. Morgan permaneció algunos años en Londres; y durante esa residencia se esforzó, no sin buen éxito, en aumentar el crédito de los Estados Unidos. A su regreso en 1877, sus colegas de la alta banca, por gratitud hacia los servicios por él prestados, le ofrecieron un banquete en el cual dícese que los convidados presentes representaban en junto una riqueza ¡de *mil millones de duros!* Murió en 1890 en Monte-Carlo, dejando 10 millones de *dollars* á su hijo Pierpont, poseedor ya de una honrada fortuna personal, y que «vale» hoy de 70 á 80 millones de *dollars*.

La Compañía Parisiense de los Ómnibus, tan orgullosa con su monopolio (del cual usa y abusa), debe, no obstante, mirar con ojos de envidia al omnipotente Carlos T. Yerkes, *el rey de los tranvías*. Este Yerkes perdió hasta el último *dollar* en el pánico que siguió al gran incendio de Chicago; no se desanimó por tan poco. Con algunos miles de pesos que le prestó un amigo, dispúsose á conquistar otra nueva fortuna. Y lo consiguió: «vale» hoy 15 millones de *dollars*, y á fin de este año irá á vivir en su nueva casa de la Quinta Avenida, en New-York, que le cuesta tres millones de duros. Recientemente ha dado 500.000 *dollars* para construir el telescopio más grande que habrá en el mundo. Su galería de cuadros es una de las curiosidades de New-York. ¿Cómo se las arregló este mago para hacer brotar así de la tierra los *dollars* por millones? Puede resumirse en estas dos palabras: ocurriósele una idea, trabajó. La idea fué que había pasado la época de la tracción animal para los transportes públicos, y que muchos tranvías, explotados con pérdida, llegarían á ser un manantial de cuantiosos beneficios si la tracción antigua pudiera sustituirse por la

tracción mecánica. En este dominio, como antes en el de la luz, el hada Electricidad hizo prodigios. En cuanto al trabajo, fué espantoso: todos los días, incluso los domingos, estaba Yerkes en su oficina á las seis de la mañana. Preténdese que un hombre no puede conservarse bien de salud trabajando más de sesenta horas por semana, y algunos llegan á decir que cuarenta y ocho horas. El tenaz *yankee* trabajó durante más de diez años á razón de diez horas por día, con una tarea encarnizada, febril, que exigía una continua tensión de espíritu, y está hoy tan firme como el puente de Brooklyn. Cuando la fortuna comenzó á sonreír á Mr. Yerkes, convidó un día á comer á sus antiguos acreedores (cuando hubo la catástrofe que devoró su primera fortuna, era agente de cambio), y cada invitado encontró debajo de su plato un cheque representando el valor de la deuda primitiva, aumentado con los intereses compuestos al seis por ciento. Y, sin embargo, en derecho estricto, el rey de los tranvías ya no debía nada; el *Bankrupt Act* habíale puesto desde largo tiempo atrás á cubierto de las persecuciones.

Citaremos también, como recuerdo, á Phil Armonz, el archimillonario salchichero, carnicero, tratante en granos, director de Compañías de ferrocarriles, capitalista universal, que tiene á sus órdenes un personal más numeroso que el de un ministerio, dividido en cinco departamentos, al frente de cada uno de los cuales hay un director con 20.000 duros de sueldo; á Pullman, el «rey de los *sleepink-cars*» (vagones-camas), famoso hasta en Europa; á James J. Hill, que, de humilde cargador en el muelle de San Pablo (Minnesota), se ha elevado al valor de 70 millones de *dollars*; á los cuatro «reyes de Bonanza», Flood, O'Brian, Mackay y Fair, que diez veces estuvieron á pique de morir de hambre en Golden Gate (California), antes de encontrar el famoso filón de Bonanza, de donde sacaron oro y plata por valor de 200 millones de duros; á Tommy Cruse, otro aventurero y minero famoso, que en pocos años pasó de ínfima miseria á una fabulosa riqueza, é invi-

tó á su boda á todo Montana (ya se comprende que nadie faltaría al llamamiento, y la población masculina del distrito se emborrachó de tal modo, que en ocho días no pudo volver á ponerse en pie y en estado de trabajar); á Daniel B. Fayerweather, zapaterillo remendón, el cual, obligado á dejar el puesto á causa del «cólico de los zapateros», que le atormentaba, recorrió á pie todo el Sur, y murió siendo el mayor comerciante en curtidos de América, y dejó por testamento millón y medio de duros para repartirlos entre veinte colegios, medio millón entre catorce hospitales, y seis millones entre sus herederos.

Pero una sencilla enumeración exigiría páginas enteras, y bien pronto llegaría á producir fastidio. ¡Son demasiados!..... Se calcula su número en unas 4.000 personas, lo cual da un promedio de diez millones de pesos para cada individuo de la clase. Detengámonos, porque eso da vértigos. A fuerza de alinear millones y millones de duros, acabaríamos por imaginarnos (¡peligrosa ilusión!) que el Pactolo brota de nuestra pluma. Algunas reflexiones que hace al final *Americanus*, de quien tomamos las anteriores noticias, son adecuadas, por fortuna, para traer de nuevo nuestras ideas al camino de la sana razón y de la filosofía. Ante todo, advertiremos que hasta el adorador por excelencia del becerro de oro, ese *yánkee* que fija el «valor» de un hombre por el número de millones que tiene en circulación ó en caja, confiesa, sin embargo, que ese hombre no es el poseedor de los millones, sino que los millones le poseen á él. Además, reflexionaremos que si es falso ver en la riqueza la inseparable compañera de la perversidad, de la mollicie ó de la corrupción (ahí está, para probar lo contrario, el ejemplo de una multitud de millonarios americanos que reúnen una rara energía, una honradez austera y una generosidad sin límites), la riqueza en sí misma no deja de ser un elemento destructor y corruptor, con igual título quizá que la miseria.

Por último, nos preguntaremos si aquellos Cresos son feli-

ces en medio de sus millones, y habremos de contestar que sí en un sentido y que no en otro. Son felices, sobre todo, porque pueden satisfacer los menores deseos y antojos de la mujer y de los hijos á quienes adoran; son felices por el contraste entre su situación presente y las luchas, los apuros, las angustias del pasado (nos referimos aquí á los «*self made*» millonarios, los únicos interesantes á nuestros ojos). Pero estamos convencidos de que los pesares no les perdonan más que al resto de los mortales. Cambian ellos mismos muy poco en su antigua manera de vivir; pero la nueva generación tiene otras aspiraciones. La mujer y las hijas salen á caza de relaciones nuevas, y muy pronto les parece que su marido y padre apenas pertenecen á «la clase de ellas»; los hijos corren en busca de sus placeres, y queda roto el círculo de la familia. Concluye *Americanus* diciendo: «He visto de cerca á muchos millonarios, y puedo afirmar que son poquísimos los que no echan de menos la antigua vida sencilla y tranquila en el hogar humilde, cuando ni siquiera el espejismo de los millones futuros había aparecido aún en el horizonte de su existencia.»

G. ART.

(Según *Americanus*, en *Cornhill Magazine*.)

LAS ESCUELAS EN RUSIA

Hace dos años (en Marzo de 1894) publicó la *Revue Britannique* un resumen de las fuerzas productivas de Rusia. El corresponsal á quien debe aquellas interesantes comunicaciones le remite el análisis de un documento estadístico oficial publicado por el Ministerio de Hacienda con motivo de la Exposición de Nijni-Novgorod, y se propone continuar este estudio, con el fin de dar á conocer los lados débiles y fuertes de ese inmenso país, que está llamado á representar en lo sucesivo tan importante papel en Europa.

Desde unos diez años ha, el Ministerio de Instrucción pública en Rusia, á pesar de un presupuesto muy restringido, se esfuerza en elevar el nivel intelectual del país. Así, ha creado un número bastante grande de escuelas técnicas y profesionales, ha abierto cursos nocturnos y dominicales en esas escuelas, ha fundado escuelas parroquiales y elementales, ha dispuesto exámenes oficiales en las escuelas superiores, ha fundado la Universidad de Tomsk, un Instituto tecnológico en Kharkof y proyecta en estos momentos inaugurar cursos superiores de Medicina para las mujeres.

I

El número de Escuelas superiores en Rusia (excluida la Finlandia) es de 52; de ellas, 9 son Universidades. Las demás son establecimientos especiales que dependen del Ministerio de la Guerra, del de Estado ó del de Marina, ó establecimientos técnicos ó filológicos.

En el año escolar de 1893-1894, concurrieron á todos esos diversos establecimientos 25.166 estudiantes, entre ellos 983 mujeres. Los cursos más frecuentados eran los de Medicina (24,8 por 100), los de Derecho (23,8 por 100) y los Establecimientos técnicos (18,4 por 100). La Universidad en que se matricularon más alumnos fué la de Moscou (3.761); la última de todas fué la Universidad de Odessa (506). Las Universidades donde tiene mayor tendencia á ir en aumento el número de discípulos son las de Moscou y Kief; la de Yurief (Dorpat) está en decadencia desde que perdió su carácter alemán y se da en ella la enseñanza en ruso. Si se compara el número de estudiantes que han frecuentado las diversas Facultades durante los quince últimos años, se ve que las Facultades de Medicina están en decrecimiento (de 46 por 100 á 37 por 100), aunque siempre conservan su lugar preponderante; las Facultades de Ciencias permanecen estacionarias; las de Historia y Filología son cada vez menos frecuentadas (de 11 por 100 á 5 por 100); por el contrario, las de Derecho siguen una marcha ascendente muy marcada (de 22 por 100 á 36 por 100).

Todas las estadísticas están de acuerdo para probar que la nueva ley universitaria de 1884 ha ejercido una influencia poco favorable en el aumento de los estudiantes. En los diez últimos años, ese aumento sólo fué de 1.787 oyentes en las Universidades de Moscou, Petersburgo, Kief y Yurief; en las demás la cifra de los estudiantes ha disminuído en 782, lo cual reduce el antedicho aumento á 1.002; cifra muy débil cuando se sepa que desde el año 1880 al 1885, es decir, con anterioridad á la aplicación del nuevo reglamento, las Universidades rusas tuvieron un aumento de 3.946 estudiantes.

II

Los Establecimientos de segunda enseñanza ofrecen una variedad como no se encuentra en ninguna otra parte, y que hace muy difícil una clasificación regular. En 1894 se distribuían de la manera siguiente:

Gimnasios de hombres.....	177
Progimnasios de hombres.....	58
Escuelas reales.....	104
Seminarios.....	55
Escuelas del clero para hombres.....	186
Gimnasios de señoritas	163
Escuelas del clero para señoritas.....	61
Institutos de mujeres de la emperatriz María.....	30
Gimnasios de señoritas de la emperatriz María.....	30
Escuelas secundarias dependientes de Guerra.....	34

El número de sus alumnos se descompone así:

Gimnasios y progimnasios de hombres.....	63.420
Escuelas reales	23.991
Gimnasios de señoritas	44.157
Institutos de señoritas de la emperatriz María	7.706
Gimnasios de señoritas de la emperatriz María.....	9.945
Seminarios y escuelas del clero para hombres.....	49.512
Escuelas del clero para señoritas.....	13.745
Escuelas secundarias del ministerio de la Guerra... ..	11.701

Ó sea un total de 148.624 varones y 75.553 hembras.

Si se compara la cifra de las escuelas secundarias con la de la población y con la superficie de Rusia, se encuentra como promedio una escuela de hombres para 405.000 habitantes y 53.000 *verstas* cuadradas, y una escuela de mujeres para 640.000 habitantes y 88.000 *verstas* cuadradas. Otra compara-

ción da como término medio un alumno para 1.585 habitantes y una alumna para 2.200 habitantes.

Los cambios sobrevenidos en el número de escuelas secundarias desde 1880, son desfavorables para las escuelas clásicas y muy satisfactorios, por el contrario, para las escuelas reales y los gimnasios de señoritas:

	1880	1894
Progimnasios	76	58
Escuelas reales	61	101
Gimnasios de señoritas.....	76	163

Este cuadro y las cifras siguientes prueban que las escuelas clásicas en Rusia ven disminuir el número de sus partidarios en beneficio de las escuelas reales; también prueban que la mujer rusa tiene cada vez más afán por instruirse.

	1885	1894
Gimnasios y progimnasios.....	72.592	63.004
Escuelas reales.....	20.517	23.555
Gimnasios de señoritas	35.205	45.544

Es bastante grande el número de los alumnos que han abandonado las escuelas secundarias sin terminar sus estudios. En 1891 representaba del 13 al 17 por 100 de la cifra total de estudiantes. Las explicaciones que contienen los documentos oficiales, con el fin de ilustrarnos acerca de esta situación anormal, no satisfacen por completo. Según las Memorias del Ministerio de Instrucción pública, son múltiples las causas que explican esta situación. Proviene del aumento de precio de los estudios, de las nuevas exigencias de los exámenes, de la extensión dada á los programas y de una circular (que se hizo célebre), según la cual el ministro dió la orden de eliminar á los alumnos pertenecientes á las clases inferiores de la sociedad, y que, por tanto, no necesitaban de una educación clásica.

Por eso se notan resultados curiosísimos, cuando se estudia en qué proporción están representadas las diversas clases de la sociedad que dan alumnos á las escuelas secundarias. Así, en los gimnasios y progimnasios, es decir en las escuelas clásicas, la clase de los nobles y de los funcionarios es la que está representada en la mayor proporción (56 por 100); en las escuelas reales ya no es más que de 38 por 100. Por el contrario, la población de las ciudades perteneciente á la clase media abandona cada vez más las escuelas clásicas, para enviar á sus hijos á las escuelas reales. Así, los alumnos de la clase media, que en 1880 representaban el 33 por 100 del efectivo de las escuelas clásicas, ya no representan en 1892 nada más que el 31 por 100. Respecto á las escuelas reales, esa proporción, que en 1880 era de 37 por 100, sube en 1892 al 43 por 100.

Cuando se analizan las Memorias del ministerio de Instrucción pública relativas á los gimnasios y progimnasios de señoritas, adviértense también resultados bastante curiosos. Así, en 1892, la proporción de niñas católicas que concurrían á esas escuelas era de 5 por 100; la de niñas protestantes 7 por 100, y la de niñas judías, 8 por 100; al paso que la de las niñas ortodoxas, que en 1884 era de 80 por 100, bajó en 1892 á 76 por 100.

Otro hecho extraño, cuya explicación no consta en los documentos oficiales, consiste en que los créditos puestos á disposición del Ministerio de Instrucción pública para los gastos de las escuelas secundarias han disminuído en los dos últimos años. Así, esos créditos, que en 1884 llegaban á la cifra de 16.148.173 rublos, ya no eran en 1894 más que de 14.573.826 rublos, aunque había aumentado el número de las escuelas.

De todo lo que antecede pueden sacarse las siguientes conclusiones:

La proporción entre el número de las escuelas clásicas y de las escuelas reales, tiende á aumentar cada vez más en provecho de estas últimas.

El número de los alumnos que frecuentan las escuelas clásicas tiende á disminuir, al paso que el de los que concurren á las escuelas reales va en aumento, aun cuando sin llegar á cubrir el déficit que se nota en las escuelas clásicas.

El número de los alumnos que abandonan los Establecimientos de segunda enseñanza sin acabar sus estudios, no es ya tan grande como hacia 1880.

La expulsión, antes de acabarlos estudios, por falta de aplicación, mala conducta ó deberse el pago de la pensión, representa una cifra bastante cuantiosa.

La distribución por clases sociales de los alumnos que asisten á las escuelas clásicas y á las escuelas reales se han modificado notoriamente en los doce años últimos, en el sentido de que en las primeras de esas escuelas pertenece la mayoría á los hijos de los nobles y de los funcionarios, al paso que en las segundas está representada esta mayoría por los hijos de las clases medias.

III

Las escuelas donde se da la primera enseñanza en Rusia difieren entre sí por su tipo, su organización y su nombre. Esta variedad proviene de que esas escuelas dependen de varios Ministerios ó Administraciones. Así, el Ministerio de Instrucción pública, el Santo Sínodo, la Administración de los Establecimientos de la emperatriz María, los Ministerios de la Gobernación, de Agricultura, de la Guerra, de Hacienda, de la Corte y de las Pensiones; las municipalidades de San Petersburgo, de Moscou y de Odessa tienen bajo su dependencia escuelas donde se da la instrucción primaria. Esta variedad en la organización de la escuela elemental en Rusia explica por qué es difícil clasificar estos diversos establecimientos y fusionarlos en varios tipos.

Con el fin de simplificar nuestra tarea, sólo nos ocuparemos de las escuelas de primeras letras existentes en las 34 provincias que tienen Diputaciones provinciales, es decir, en las provincias exclusivamente rusas. Esas escuelas, que dependen unas del Ministerio de Instrucción pública y otras de las Diputaciones provinciales, pertenecen á dos tipos muy distintos. La primera enseñanza superior se da en las escuelas de las capitales de provincia y de distrito. Para ser admitido en ellas, es preciso saber leer, escribir y las cuatro reglas de la aritmética. Los estudios duran seis años. Enséñase en ellas religión, historia sagrada, lengua rusa, aritmética, geometría, geografía, historia rusa, historia universal compendiada y dibujo. Sólo se admiten niños del sexo masculino.

Las escuelas de primera enseñanza elemental, ya dependan del Ministerio de Instrucción pública, ya de las Diputaciones provinciales, admiten alumnos de ambos sexos. En esas escuelas rurales duran los estudios tres inviernos en las escuelas de una sola clase, y cinco inviernos en las de dos clases. Enséñase en ellas religión, lectura, escritura y las cuatro reglas de la aritmética. El mismo programa rige en las escuelas elementales de parroquia, dependientes del Santo Sínodo.

Ocupémonos primero de la primera enseñanza superior, que se da en las escuelas de las capitales de provincia y de distrito, según hemos indicado.

Las 34 provincias rusas dotadas de Diputaciones provinciales (*zemstwot*) cuentan 567 ciudades y villas, con 291 escuelas de ciudad y 103 escuelas de distrito, ó sea un total de 394 escuelas de primera enseñanza elemental, frecuentadas por 36.817 alumnos aquéllas, y 8.615 alumnos éstas. Por tanto, resulta que 173 ciudades no poseen establecimientos de primera enseñanza superior, y tienen que contentarse con escuelas elementales.

Las escuelas de primera enseñanza elemental dependientes del Ministerio de Instrucción pública y de las Diputaciones provinciales existen (para 34 provincias) en 231.626 pueblos,

y son en número de 14.978, ó sea una escuela para 15 pueblos. De esas 14.978 escuelas, 1.078 dependen del Ministerio de Instrucción pública; las demás están sostenidas por las Diputaciones provinciales. En 1894, esas escuelas daban enseñanza á 345.620 niños y 102.387 niñas. De ese número, 743.498 abandonaron la escuela en los dos primeros años, 18.720 después del tercero, 8.720 después del cuarto y 5.316 después del quinto. Recordemos que la palabra «año» se emplea aquí impropiamente, pues en las escuelas inferiores los niños no van á clase más que en invierno; durante seis meses apacientan las bestias de sus parientes. El grandísimo número de niños que dejan de ir á la escuela después del primero ó del segundo invierno, se explica por las condiciones económicas de la vida de los labriegos y nos da una idea de la instrucción que poseerán semejantes discípulos.

Llegamos ahora á las escuelas parroquiales dependientes del Santo Sínodo.

En 1894 había escuelas de esta clase en número de 17.503, en las treinta y cuatro provincias del Imperio ruso; en ellas recibían enseñanza 549.982 niños (441.615 varones y 108.367 niñas). Las estadísticas oficiales no nos dicen durante cuántos inviernos frecuentan esas escuelas los hijos de los campesinos. Añadamos, por nuestra parte, que es casi nula la instrucción que reciben, y muy pronto olvidan lo poco que aprenden.

Resumiendo: en las treinta y cuatro provincias rusas que forman el nucleo del Imperio ruso, con una superficie de 2.514.784 *verstas* cuadradas, y una población de 66.089.000 habitantes, encontramos 39.435 escuelas de todas especies, que instruyen á 2.061.404 niños. Comparando esta cifra con la de la población, obtenemos el coeficiente 3,119 por 100 para la instrucción pública. Existe una escuela por 63,77 *verstas* y por 1.675 habitantes. Pero, como ya hemos dicho, los 2.061.404 niños distan mucho de adquirir instrucción completa, puesto que el mayor número sólo van á la escuela uno ó dos inviernos.

El coeficiente de instrucción pública (3,119 por 100) aún es inferior en las otras provincias de Rusia que no tienen Diputaciones provinciales y donde la población es más heterogénea, como, por ejemplo, en las provincias del Oeste. En cambio, se eleva (5,89 por 100) en las provincias bálticas, sometidas, como se sabe, á la influencia alemana.

En resumen: en la Rusia europea, el 3 por 100 de la población recibe una instrucción elemental más ó menos completa. Si se calcula que los niños en edad de ir á la escuela forman el 11 por 100 de la población, se llega al triste resultado de que el 8 por 100 de la población (es decir, casi 9 millones y medio de niños) está por completo ayuno de letras.

El cuadro siguiente nos hace ver el lugar que ocupa Rusia, desde el punto de vista de la instrucción elemental:

	<u>Coeficientes.</u>
Estados Unidos.	22,36
Suiza.....	19,00
Alemania.....	18,80
Inglaterra.....	16,60
Francia.....	14,70
Finlandia	12,65
Japón.....	7,57
Italia	7,01
Bulgaria.....	5,45
Portugal.	3,27

Según vemos, Rusia ocupa el último lugar, pues Turquía no se cuenta.

Añadamos á esas estadísticas algunas observaciones acerca de la situación del maestro en Rusia, observaciones que resultan de nuestra experiencia personal.

En general, la situación del maestro es muy precaria y está mal retribuido. Por eso, la mayor parte proceden de los venidos á menos, que no pueden hallar otra colocación ó que

se ven excluidos de los empleos públicos por su mala conducta.

Desde ese punto de vista, las escuelas retribuidas por las Diputaciones provinciales, son las que están mejor dotadas. Sus maestros y maestras se escogen con cuidado. Muchos de ellos, sobre todo entre las mujeres, se distinguen por su aplicación y por un espíritu de abnegación muy raro. Encuéntrense entre ellos jóvenes de uno y de otro sexo pertenecientes á las clases superiores, á quienes la pobreza ha obligado á aceptar un destino tan penoso, pero que desempeñan sus funciones con una abnegación y con un ardor dignos de elogio; sin embargo, en general, son mal vistos por la policía local, que, viendo en ellos socialistas disfrazados, les promueve todo linaje de dificultades.

Los profesores de las escuelas de primera enseñanza elemental, sobre todo de las que dependen del Santo Sínodo, están por debajo de toda crítica. Su única justificación es la de que esos empleos están pobrísimamente retribuidos y les pone bajo la dependencia de los campesinos y de un alcalde (*starschina*) ignorante. Por eso, la mayoría de ellos son individuos poco instruídos, que se entregan á la bebida y dan muy malos ejemplos á sus discípulos.

C. COURRIERE.

(De la *Revue Britannique*.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS.

La science et l'Art en Economie politique, par RENÉ WORMS. Petite encyclopédie sociale, économique et financière, vol. XX de 131 pags.—Paris—V. Giard y E. Brière, 1896.

Cuando me disponía á dar cuenta á los lectores de LA ESPAÑA de este interesante trabajo del Sr. Worms, vino á mis manos el último número (Septiembre) del *Journal des Economistes*; en el cual se inserta un juicio del Sr. Puynode sobre el libro del distinguido sociólogo francés. Su lectura me ha confirmado más y más en la opinión que ya tenía yo formada del estudio del Sr. Worms. Y eso que el Sr. Puynode expresa un parecer totalmente contrario; pero precisamente el parecer contrario del crítico del *Journal* es lo que me ha hecho ratificarme en la opinión primeramente formada. Iba yo á empezar, en efecto, ponderando la utilidad del trabajo del señor Worms, por considerar que pocos conceptos generales se hallan tan necesitados de detenido examen y de definición adecuada, como los de ciencia y arte, aplicados á las disciplinas y actividades del orden sociológico, é iba además á aplaudir la tendencia en que el autor se coloca, tanto al determinar las nociones de la ciencia y del arte en general, cuanto aplicadas á la Economía política. Ahora bien, el Sr. Puynode opina: 1.º que el trabajo del Sr. Worms no tiene utilidad—á lo menos él *no ve* su utilidad,—y 2.º que hay diferencias entre ciencia y arte admitidas por todos, diferencias que á su vez difieren de las que el Sr. Worms señala, y á las cuales él, el Sr. Puynode, se atiene.

De veras hubiera deseado que el crítico del Sr. Worms, deteniéndose algo más en el examen del trabajo de éste, nos hubiera indicado cuáles son las nociones corrientes, y admitidas por todos, de la ciencia y del arte económicos: yo por mi parte las desconozco, y en cambio, lo corriente es no distinguir adecuadamente, como á M. Federico Passy le ocurre, el aspecto científico y el artístico de la Economía política. Generalmente, en Economía y en la ciencia política y social, no suelen verse los aspectos prácticos con la debida precisión: es muy común, por el contrario, creer que hay ciencias teóricas y ciencias prácticas, y lo que suele denominarse arte no pasa, á mi modo de ver, un capítulo de la ciencia, como parte integrante de la biología especial de un objeto real dado—lo político, lo económico, etc., etc.

Pero dejando á un lado estas indicaciones, que por lo menos justifican como útil el trabajo del Sr. Worms, veamos en brevísimas líneas su contenido. El propósito del mismo lo indica claramente el autor: quiere indagar en qué consiste: 1.º la distinción de la ciencia económica y del arte económico; 2.º las relaciones entre esas ramas de la Economía política. El desarrollo de este propósito verificase del modo siguiente: la orientación está en las definiciones que respectivamente nos da el Sr. Worms de la ciencia y del arte: la ciencia es el conjunto de principios *del conocimiento*, sacados de la realidad por la observancia y la inducción; el arte es el conjunto de principios de *la acción*, sacados por deducción del ideal que el hombre se forma. No estoy completamente conforme con los términos de estas definiciones, porque el arte *no es* nunca cosa de principios; pero si no son aceptables los términos todos de las definiciones, sí lo es la base de distinción que el señor Worms ofrece al referir la ciencia al *conocimiento* y el arte á *la acción*; siendo aún más aceptable la manera como luego, á partir del capítulo segundo, expone con todo detenimiento el alcance de la distinción indicada.

En efecto, el Sr. Worms determina en primer lugar la *base*

orgánica y sociológica de la distinción, y esa base orgánica y psicológica la encuentra en el elemento sensible y en el elemento motor de la inteligencia y de la voluntad, lo que implica una insistencia felicísima en la distinción antes señalada: la ciencia es conocimiento; el arte es acción. El capítulo III es el desarrollo del concepto del arte, fundando este concepto en la experiencia y distinguiendo, cosa que no suele hacerse, el arte y la práctica, la práctica empírica y la práctica reflexiva. En el capítulo IV estudia un punto de verdadero interés, que entraña la base general de las relaciones entre arte y ciencia. Desde el capítulo V inicia lo que viene á ser la parte especial del trabajo: el Sr. Worms indica la distinción entre el arte y la ciencia en los diversos dominios—el mundo inorgánico, el orgánico y el social,—empezando en el VI á exponer sus doctrinas acerca de la distinción y relaciones entre el arte y la ciencia en la Economía política, para terminar en el capítulo XII con una breve indicación de las consecuencias de su doctrina.

A. POSADA.

Problemas pedagógicos, por Clemente Bravo.—Un vol. de 215 páginas.—Herederos de Angel González; León.—Precio, 2 pesetas.

El libro que lleva por título el que transcrito queda se publicó ya en Marzo, y no dimos antes de ahora cuenta de su contenido á los lectores, por imperdonable olvido.

Desde luego se observa, al leer los *Problemas pedagógicos*, que no se trata de un trabajo profundo, minucioso, monográfico, en suma, acerca de una especialidad pedagógica. Es un estudio curiosísimo, referente á la ciencia de la pedagogía en sus comienzos, á los problemas generales que se ofrecen á la investigación racional, al determinar los conceptos; conoci-

mientos producto de la primera operación del pensar, que considera al objeto de un modo unitario.

El autor del libro estudió con afición hace pocos años la carrera de maestro superior en la Escuela Normal de Madrid, y hace mucho menos tiempo todavía la de Derecho en la Universidad de Oviedo. Del aprovechamiento con que realizó estos estudios, dió ya muestras gallardas escribiendo sobre asuntos literarios, ejerciendo con reputación envidiable la abogacía y publicando libros como el que nos ocupa y algún otro sobre asuntos de crítica.

En el prólogo explica sus propósitos, que cree osados; sólo como estímulo publica su trabajo, que ha de tomarse como esbozo de cuestiones interesantísimas, definidas con vaguedad y ligereza en los textos castellanos de pedagogía. Después trata en varios capítulos del concepto de esa ciencia, de su definición y carácter, del concepto de la educación, de su definición, de la crítica de algunas de las definiciones admitidas, de la idea de la enseñanza, de su ideal, de la instrucción, su necesidad y carácter.

El contenido de los varios artículos que integran la obra lo forman consideraciones muy estimables sobre los asuntos indicados en sus títulos, á las que el autor llega investigando racionalmente, valido de su propia iniciativa, los conceptos que se propone, ó abordándolos por la refutación de textos y opiniones que tiene á la vista. La doctrina, expuesta con claridad y elegancia en ellos, no es, francamente, la que pregona la pedagogía modernísima, aunque con ella simpatiza la mayor parte de las veces. La prueba de esto último es que adecua en muchos puntos con la sustentada por A. Fouillée y M. Guyau.

No suscribiríamos nosotros todo lo que el autor afirma, porque ni llamamos del mismo modo muchas cosas, ni convenimos en todos los conceptos, ni juzgamos acertadas algunas de las apreciaciones históricas que hace; pero reconocemos con sinceridad el valor de la publicación á que nos referimos y los méritos de su autor, que son muchos. No es de estos el que

E. M.—*Enero* 1897.

menos importa el de mirar con cariño y tratar en serio de la educación, el de poner todas sus energías en ilustrar á los encargados de educar á los niños; á los niños, que, según un famoso pedagogo (1), deben representar á nuestra vista las generaciones que llegan, indecisas é inciertas, como el porvenir, que nosotros mismos decidimos con la educación.

LEOPOLDO PALACIOS.

Howard Association Report, 1895. London.—Folleto de 24 páginas.

The Paris prison Congress, 1895. SUMMARY REPORT, issued by the Howard Association. London.—Folleto de 16 páginas.

Some general observations on the penalty of death, by WILLIAM TALLACK. London, 1893.—Folleto de 4 páginas.

Charles Dickens' prison fictions. London, 1894.—Folleto de 4 páginas, issued by the Howard Association.

Indian prisons. London, 1894.—Folleto de 4 páginas, issued by the Howard Association.

European and American progress in penal reform, by WILLIAM TALLACK. London, 1895.—Folleto de 4 páginas.

Prisons and criminal treatment, by WILLIAM TALLACK.—Folleto de 4 páginas, issued by the Howard Association.

La benemérita *Howard Association*, sociedad existente en Londres para arbitrar los medios mejores de prevenir y de combatir el delito, la embriaguez, la vagancia, el pauperismo, etc., sociedad compuesta de personalidades eminentes y de hombres magnánimos, y á la que se deben ya mejoras sociales y penales de gran eficacia en Inglaterra, publica á menudo hojas ó folletos de propaganda, debidos casi siempre á su ilustre y activo secretario Mr. William Tallack, y en los cuales se trata, de una manera breve y ceñida al asunto, alguno de los múltiples problemas de índole social que hoy preocupan á los estudiosos, singularmente problemas penales y penitenciarios, en cuanto la acción de la sociedad se dirige muy

(1) Guyau, en *La Educación y la Herencia*. Trad. de A. Posada, página 27. (Publicado por LA ESPAÑA MODERNA.)

principalmente á estos últimos órdenes, ó sea á continuar la obra del filántropo cuyo nombre ha adoptado, de Juan Howard.

De ese género son todos los folletos ú hojas cuyos títulos quedan copiados al comienzo de esta nota. En el primero de ellos se hace una reseña de los trabajos, gestiones, informes y demás, realizados y emitidos por la Sociedad durante el año de 1894-95. En el segundo se da cuenta sumaria del Congreso penitenciario de París de 1895, personas que á él asistieron, cuestiones principales que en él se trataron, resumen de las ponencias y discusiones relativas á ellas, etc. En el tercero se exponen algunas dificultades prácticas que encuentra la aplicación de la pena capital. El cuarto es una reivindicación del buen nombre de las prisiones de Filadelfia, contra las invenciones contenidas, respecto á ellas, en las *American Notes* de Carlos Dickens, quien habló de la prisión de Estado de Filadelfia sólo por la impresión que le produjera una visita de dos horas que hizo á la misma en 1843, y en la cual visita le dieron informes engañosos los penados. El quinto folleto habla de las prisiones inglesas en la India, mejoras que ya se han hecho en ellas y defectos que aún tienen y deben ser urgentemente corregidos. En el sexto demuestra el autor que todos los progresos que se han hecho en Europa y en América en punto á la reforma penal han representado la dirección de la línea media, resultante de la lucha de extremas tendencias. Y el séptimo es una compendiosa abreviación de una Memoria leída ante la *Howard Association* por su secretario Mr. Tallack, acerca de los siguientes puntos: *Los intereses de las víctimas de los delitos; La responsabilidad de los padres en los casos de delitos cometidos por jóvenes; El buen tiempo viejo* (crítica de las prisiones en el sistema antiguo); *El sistema del aislamiento (solitary); Sistema de separación, pero no de aislamiento; El trabajo en las prisiones; La necesidad moral para las prisiones en el sistema de separación; Reformas necesarias; Prevención.* A cada uno de estos asuntos se consagra sólo algunas líneas.

P. DORADO.

Le socialisme et la science sociale, por Gaston Richard, Agregé de Philosophie, Docteur es lettres. 1 vol. 200 págs. París, 1897: 2 fr. 50.—Felix Alcan, editor.

Hay varias maneras de considerar el socialismo. O como una panacea con que habremos de curar los males sociales, propios del régimen moderno, ó como un partido político que debe ser combatido ó apoyado, ó como una esperanza remota de reforma integral del sistema de Gobierno burgués, ó como un gran peligro y una gran superstición, ó, en fin, como un estado del espíritu colectivo explicable por mil concausas y motivos, dignos de su estudio imparcial y severo. La infinidad de libros y folletos que en estos últimos tiempos se publican acerca del socialismo, pocas veces se detienen á contemplarle de esta última manera. Predomina en ellos ó la pasión del sectario socialista ó el odio del burgués, ó el criterio cerrado del individualista, ó la burla despiadada del anarquista. El Sr. Richard, en el libro cuyo título va al frente de estas líneas, quiere considerar el socialismo, no de un modo político, ni como partido al que es preciso combatir ó servir, sino como «un estado de espíritu confuso que importa dilucidar.» Distínguese, pues, el trabajo de puro examen del Sr. Richard, de la mayoría de los trabajos que sobre el socialismo se publican. Y no se crea que el Sr. Richard no hace crítica, limitándose á una pura exposición objetiva de las doctrinas socialistas, nada de eso: nuestro amigo critica el socialismo; pero sin el ardor polémico de los adversarios, que no ven en el socialismo más que el partido temible. Para Richard, el socialismo, más que un partido, es una situación del ánimo, una precipitación científica, una manera de ver las cosas que entraña presupuestos limitados y desprovistos de verdadera base doctrinal.

Por lo demás, el mismo título del libro que examino señala muy bien la orientación de la crítica de su autor: *Le socialisme y le science sociale*, esto es: el *socialismo ante las conclu-*

siones, procedimientos é ideas de la ciencia social. El socialismo, conjunto de opiniones sobre la sociedad, debe comparecer ante la ciencia de la sociedad para responder de la lógica, de la verdad y de la oportunidad de sus creencias; sólo de ese modo puede aspirar al respecto de la filosofía y legitimar su intervención en la política y su aspiración de reforma fundamental del Estado.

La obra del Sr. Richard comprende tres partes. En la primera (págs. 1-11), expone el autor un resumen histórico del socialismo, hace un análisis de sus doctrinas y procura reducir á fórmulas sintéticas las varias direcciones de la tendencia. Es un trabajo muy claro en general, aunque no enteramente completo. Para definir el socialismo—tarea difícil, si las hay—el Sr. Richard comienza por procurar distinguirlo de la economía cristiana y de la nacionalización del suelo. Para el sabio publicista francés, el socialismo es cosa distinta de toda la economía cristiana; por lo visto no cabe un socialismo cristiano, ó lo que sería igual, no es posible ser cristiano y socialista: cosa que no se compagina muy bien con el hecho notorio de las medidas de socialismo de Estado, que los católicos patrocinan por doquier. Además, Henry George, para el Sr. Richard, no debe ser socialista. Pero, ¿entonces qué es el socialismo?

Tiene esto muchos variantes: «el mutualismo, el socialismo de Estado, el colectivismo materialista de Marx, el colectivismo altruista de Blanque y de Malon, el comunismo *libertario* de los anarquistas, y por fin, la teoría de la asociación mixta de A. Loria, he ahí las principales formas del socialismo científico; esto es, «apoyado, en apariencia, sobre el estudio histórico de los hechos económicos». Mas ¿qué hay de común entre todas estas formas para que se las considere á todas como socialismo? «El socialismo, se pregunta el Sr. Richard, ¿es una expresión abreviada para designar una multitud incoherente de sectas económicas ó políticas, ó bien las divergencias de escuelas y de grupos ocultan una unidad profunda?» Aun cuando al pronto parece que lo primero es lo cierto, sin embargo, el au-

tor opina que «después de un examen profundo se ve que detrás de ese telar móvil de escuelas y de sectas, existe un fondo de ideas, un conjunto de argumentos y de prejuicios, en que convienen los adversarios más apasionados. Y ahí está la unidad del socialismo, que luego el autor define diciendo que «es la noción del advenimiento de una sociedad *sin concurrencia*, gracias á una organización de la producción sin empresa capitalista y á un sistema de distribución, en el cual, la duración del trabajo sería la única medida del valor» (pág. 79).

Ahora bien, sobre la base de esta preparación histórica, y tomando como punto central de su examen la definición del socialismo que queda copiada, el Sr. Richard, haciendo caso omiso de la argumentación contraria de los economistas, desarrolla su crítica del socialismo. El Sr. Richard quiere estudiarlo con el método mismo que la doctrina emplea, á saber: con el método histórico y comparativo, procurando poner en parangón la afirmación capital socialista, con las conclusiones más importantes que la ciencia social ha formulado, merced precisamente al empleo del referido método. La crítica ocupa las otras dos partes del libro del Sr. Richard. En la una somete á un examen sociológico la teoría del capital; en la otra, cómo el socialismo trabaja para el porvenir y se pone como aspiración y como ideal; el autor estudia el socialismo desde el punto de vista de la previsión sociológica. Estas dos partes del libro del Sr. Richard, son, sin duda, las más importantes, las que contienen más ideas, más apreciaciones aprovechables y más puntos por donde una contracritica podría oponer no pocos reparos. De todas suertes, con todos los reparos que se quiera, á nombre del socialismo y desde fuera del socialismo, la crítica no deja de ser interesante.

Aunque el libro del distinguido escritor francés es principalmente de examen y de crítica, hay en él parte positiva, constructiva. A través de la crítica, vese claro cómo piensa el autor del problema de reorganización social que ha determinado el socialismo. El autor no es individualista, ni menos

anarquista; combate al socialismo desde el terreno imparcial, aunque no indiferente, de la ciencia; el autor es un sociólogo, y á nombre de la sociología, es decir, á nombre del estudio desinteresado de los hechos sociales, y del conocimiento de sus leyes históricas, conceptúa al socialismo como «una de esas ilusiones colectivas apasionadas, de que tantos ejemplos nos ofrece la Historia.....» Es la ilusión producida por la ciencia, ó mejor, por la forma científica aplicada á los problemas sociales; por otra parte, el socialismo «es un error sinceramente profesado, salido fatalmente del estado imperfecto de los conocimientos sociológicos.» En el fondo, el Sr. Richard combate al socialismo á nombre de las grandes ideas del liberalismo, pero de un liberalismo de ancha base, no del liberalismo económico, que odia al Estado y quiere que todo se resuelva por la ley de la concurrencia. «Estado, libertad, atenuación de la concurrencia, son, dice, como tres compañeros de viaje que marchan cogidos de la mano.» «El socialismo, escribe luego, plantea la cuestión social; únicamente el liberalismo puede resolverla..... porque el liberalismo, campeón de la personalidad humana y al propio tiempo de la cultura racional, es partidario de una lenta modificación de la división del trabajo social, afirmando que el Estado debe á la persona del proletario, no solo la libertad, sino la ayuda, el concurso que se resume en *la idea de la educación.*»

Aún pudiera copiar otros párrafos en que se manifiestan más claramente todavía por el autor sus ideas positivas, pero esta nota se ha alargado más de lo de costumbre, y preciso es terminar. El libro del Sr. Richard merece ser leído y estudiado; en él encontrará el lector preparado motivo para hacer no pocas salvedades y algunas lagunas; pero, sin duda, esto no obsta para que el autor haya logrado exponer, en términos de una gran concisión, mucho de lo substancial del socialismo, así como también que haya conseguido someterle á una crítica severa é imparcial, desde puntos de vista á veces originales.

ADOLFO POSADA.

Las prisiones, por Pedro Kropotkine.—Traducción y notas de J. Martínez Ruiz.—Valencia, 1897.—Folleto de 34 páginas.

La sustancia del libro, con cuyo espíritu y hasta con la mayoría de cuyas principales afirmaciones no puedo menos de estar conforme, es la siguiente: Las prisiones actuales, en todas partes, no pueden ser más detestables, y los efectos que necesariamente tienen que producir y producen sobre los que ingresan en ellas son nocivos en el más alto grado. Hay, pues, que suprimirlas de raíz, y en lugar de convertirlas, como algunos quieren, en casas de salud ó de mejora para los reos, con lo que nada se lograría, ya que de este modo habría necesidad siempre de poner trabas á la libertad individual, cosa mala y perniciosa de por sí, lo que debe hacerse es curar el delito en sus fuentes, atajando las causas de donde proviene, singularmente las sociales. ¿Cómo? Aquí es donde me parece que el autor debería haber sido un poco más explícito. Los actuales lugares de pena, en vez de ser útiles á la sociedad, la están causando muchos daños: conformes. Por consecuencia, deben ser suprimidos, no transformados: conformes también... hasta cierto punto. El delito debe ser considerado como una enfermedad social que todos hemos contribuido á producir, y no puede ser racionalmente combatido sino por medio de la persecución de sus causas: enteramente de acuerdo. Pero ¿cuáles son los procedimientos de que se debe hacer uso para que tal persecución sea eficaz y no se empleen en ella más fuerzas que las estrictamente necesarias? Aquí está para mí el nudo de la cuestión; y de esto el ilustre sociólogo anarquista apenas dice palabra, pues á tanto equivale lo de echar mano de la consabida «libertad», voz sumamente vaga, á la que por lo mismo cada cual atribuye diferente contenido.

P. DORADO.

Prehistoria de los indoeuropeos.—Obra póstuma de Rodolfo Ihering.— Versión española, con un estudio preliminar de Adolfo Posada.—Madrid, librería de Victoriano Suárez, 1896.—Un vol. de xxxi-523 páginas, 8 pesetas.

Si la enseñanza fuera una verdad, es á saber, una preparación seria del espíritu para acostumbrarlo á acometer los problemas de la ciencia y de la vida, y no, como entre nosotros ocurre, una maquinaria dispuesta unánimemente para vomitar en el menor tiempo posible el mayor número posible de examinados y graduados, los «libros de texto» de que en ella se hiciera uso deberían ser todos de la indole de éste, del insigne romanista. Es decir, en lugar de manuales hechos con el exclusivo propósito de facilitar el examen (y tras esto, con el de vendérselos á precio subido á quienes los necesitan), serían libros que enseñarían á adquirir aquel espíritu de que se debe hallar penetrado todo hombre de ciencia digno de este nombre, y del que tan escasos suelen andar nuestros estudiantes cuando salen de las Universidades poseyendo ya su título de licenciado ó de doctor. La *Prehistoria de los indoeuropeos* tiene á mis ojos, desde este punto de vista (para no hablar de otros), un mérito excepcional. Leyéndola, no sólo aprende uno multitud de cosas concretas, que ordinariamente ignoran hasta las personas de gran cultura, sino, lo que importa más todavía, adquiere un cierto sentido, á la vez histórico y filosófico, es decir, un verdadero sentido orgánico, que por lo general sólo es patrimonio de hombres superiores. Cuando uno ha recorrido este libro, ha visto cuál es el procedimiento que el autor emplea para la resolución de las cuestiones de que trata, y se halla, por consecuencia, en disposición de hacer él otro tanto cuando se le ofrezcan cuestiones análogas: ha aprendido, pues, á estudiar por sí sólo, á gobernarse por sí mismo en una particular esfera científica. Y como este debe ser cabalmente el fin de toda enseñanza y de los libros de que en

ella se hace uso, de los «libros de texto», he aquí por qué el de Ihering se podría muy bien considerar como modelo en su clase. Por mi parte, creo que, aun no teniendo nada de historia del Derecho español, y poquísimo de Derecho romano, lo preferiría de texto para estas cátedras mil veces mejor que muchos tratados que se refieren directamente á las respectivas materias.

Y Ihering pensaba también así, según lo demuestra su propia conducta. Él era un romanista, y, sin embargo, se creyó obligado, para explicarse el Derecho romano, á estudiar algo más que Derecho romano, cosa diferente de lo que por éste se suele entender; ó, mejor dicho, se creyó obligado á mirar el Derecho romano por otros prismas de aquellos estrechos por los que suelen verlo los espíritus miopes, al intento de descubrir enlaces que ese Derecho mantiene con otros y con otros órdenes, y los cuales enlaces han pasado y pasan inadvertidos para todos ó casi todos los cultivadores del referido Derecho histórico.

Cuando yo oigo decir, ó leo en un tratado de Derecho romano, por ejemplo, que el orden de suceder *abintestato*, según la ley de las doce Tablas, era este: herederos suyos, agnados y gentiles, y el expositor no pasa de ahí, puedo perfectamente decir: «Eso no es enseñar ni penetrarse del Derecho romano, ni la razón del estudio de este Derecho histórico puede ser el que uno aprenda tres ó cuatro docenas de cosas un tanto raras, ó de instituciones ya desaparecidas, cuya sustancia no se comprende, y que por lo mismo no ofrecen el menor interés.» El saberse la instituta justiniánea, que es á lo que suele reducirse entre nosotros la enseñanza y el aprendizaje del Derecho romano, sirve de bien poco, si sirve de algo; lo que sirve es el conocimiento de la génesis de las instituciones, de los motivos que les dieron vida, de los vínculos que mantenían entre sí y con otras al parecer extrañas: es decir, el conocimiento del espíritu del Derecho romano, y mejor aún de la vida entera del Derecho romano. Esto es lo que Ihering ha venido ha-

ciendo en sus diversas obras, y tal es también el fin á que se encamina la presente, aun cuando por su título, y hasta por la mayor parte de su contenido, parezca una obra extraña al Derecho romano, como en efecto lo será para aquellos que entienden el Derecho romano al modo ordinario, para aquellos que no hallan otro fundamento que justifique su estudio, sino el de que buena parte de las instituciones jurídicas privadas de la Roma imperial pasaron á nuestros antiguos Cuerpos legales y se hallan vivas todavía en el vigente Derecho civil.

Muy notable es la *Prehistoria*, según se ha publicado después de la muerte de Ihering y conforme al original incompleto que el autor dejó; pero ¡qué obra tan magistral y tan interesante sería si el mismo Ihering la hubiese terminado y retocado, y hubiese dirigido su publicación!

Del contenido de ella no puedo yo decir nada, pero su título indica por sí bastante.

P. DORADO.

La sociologia, i suoi metodi e le sue scoperte, per A. Asturaro, professore dell' Università di Genova.—Opera premiata dalla R. Accademia delle Scienze Sociali e Politiche di Napoli.—Genova, 1897.—Parte prima; sezione prima: I metodi generali.—Un vol. de 257 páginas, 4 liras.

El autor de la presente obra es uno de los que en el día de hoy estudian con verdadera competencia y con gran espíritu científico los problemas tocantes á la sociología, sobre todo los problemas más generales, como son los relativos á la delimitación del campo propio de esta disciplina, á distinción del de las ciencias sociales particulares, la determinación de la índole de esta ciencia nueva, etc. Sus libros *Gl' Ideali del positivismo* y *La sociologia e le scienze sociali*, de que ya hace tiempo di cuenta en notas bibliográficas, están consagrados,

especialmente el último, según lo indica su mismo título, á dilucidar puntos de carácter sociológico.

El que ahora acaba de ver la luz es no más que una sección de la primera parte de una obra, donde el profesor genovés se propone, en primer término, examinar los métodos propios de la sociología general y de las ciencias sociales particulares, y después exponer sistemáticamente los descubrimientos ó resultados obtenidos por la sociología general, ó al menos los que ya á estas horas presenten un cierto grado de evidencia científica. En esta sección primera de la primera parte estudia el Sr. Asturaro, con mucho rigor científico, la cuestión del método en la sociología, para lo cual comienza por abordar el problema de la clasificación de las ciencias y de los métodos propios á cada clase de ellas, examinando luego cuáles son los métodos generales de la biología y de la psicología, para venir, por último, á tratar de los métodos de la sociología y de la clasificación de la sociología humana, que son las materias á cuyo examen está dedicada la mayor parte del trabajo. Resulta, por lo tanto, éste un tratado de metodología general, y sobre todo de metodología sociológica, que merece ser conocido y muy estudiado por todos los que á semejantes materias tengan afición.

P. DORADO.

OBRAS NUEVAS

- Almanaque-Album de *La Ilustración* para el año 1897. Año XXIV. En 4.º mayor: 95 págs. á dos columnas: 2 pesetas.
- Arenal (C.).—Obras completas *Tomo XIV*. En 8.º, 267 páginas: 2 pesetas.
- Armstrong (W.).—Velázquez, a study of life and art by Walter Armstrong. En 4.º, 104 y 104 páginas. 2 partes en un vol. con fotograbados. En tela: 18 pesetas.
- Arniches (C.) y Lucio (C.).—El cabo primero; zarzuela En 8.º, 42 págs.: 1 peseta.
- Galería dramática de Hidalgo.
- Asuar y Moreno (J.).—Geometría práctica. En 8.º, 144 págs., encartonado: 2,50 pesetas.
- Auto lírico-religioso en dos actos, representado todos los años en la parroquia de Santa María (de Elche). En 4.º mayor; 8 páginas de Introducción de D. Adolfo Herrera y 20 del texto y la música del Auto.
- Tirada aparte no puesta en venta.
- Bernal de O'Reilly (A.)— En tierra santa: la Judea, la Samaria y la Galilea. En 4.º, 306 págs.: 4 pesetas.
- Biblioteca Vascongada. *Tomo IV*. Euskariana, parte primera: Historia á través de la leyenda, por Arturo Campión. En 4.º, 229 páginas: 2 pesetas.
- Blanco García (P. F.)—Segundo proceso instruído contra Fr. Luís de León, con prólogo y notas. En 4.º, 55 págs.: 1 peseta.
- Borrero (F.)— Cuestiones filipinas. En 4.º, 57 págs.: 2 pesetas.
- Bretón de los Herreros (M.)—Lustspiele (Comedias) von D. Manuel Bretón de los Herreros. Deutsch von Johannes Fastenrath. Leipzig. Ramm et Seemann. 1897. En 8.º, xxxii-253 págs.
- Calderón de la Barca (P.)—Semiramis, arreglado y refundido por José Echegaray. En 8.º, 70 páginas: 2 pesetas.
- Castañón (F.)—A caza de pretendiente, pasillo cómico. En 8.º, 28 páginas: 1 peseta.
- Cervantes Saavedra (M. de)—Teatro completo. *Tomo I*. En 8.º xv-372 págs.: 3 pesetas.
- Biblioteca clásica. *Tomo 197*.

Cinto y Martínez (B.) — Páginas prácticas para la aplicación de las leyes de enjuiciamiento civil, criminal y otras de uso vigente. En 8.º, 424-xiv págs.: 3,50 pesetas.

Clemente y Guerra (L.) — Elementos de fisiología general. En 4.º, 214 págs.: 5 pesetas.

Compaired (C.) — Algunos consejos á los aficionados al canto. En 4.º, 15 págs.: 2 pesetas.

Cotarelo y Mori (E.) — Estudios sobre la historia del arte escénico en España. María Ladvenant y Quirante, primera dama de los teatros de la corte. En 8.º, 205 páginas: 2 pesetas.

D'Ayot (M. L.) — La Iberiada, poema en prosa, original. *Canto V. Sevilla*. En 4.º (Págs. 117 á 159): 0,50 pesetas.

Díaz de Escovar (N.) — El teatro en Málaga; apuntes históricos de los siglos XVI, XVII y XVIII. En 4.º, 116 págs.: 2,50 pesetas.

Die y Mas (J.) y Lapoulide (J. L.) — Ley reformada de reclutamiento y reemplazo del ejército. En 4.º, 189 págs.: 4 pesetas.

Doria y Bonaplata (E.) — Música bella. En 8.º, 200 págs.: 3 pesetas.

Elices Montes (R.) — Sanlúcar de Barrameda. En 8.º, 142 págs.: 2 pesetas.

España (G. R.) — Tratado práctico del testamento ológrafo. En 8.º, 170 págs.: 1,50 pesetas.

García de Galdeano (Z.) — Las modernas generalizaciones expresadas por el álgebra simbólica. En 8.º, 142 págs.: 2 pesetas.

González Llana (F.) y Francos Rodríguez (J.) — De México á Villacorneja; juguete cómico en dos

actos. En 8.º, 55 págs.: 1,50 pesetas.

González Fernández (A.) y Gómez Candela (P.) — Mancha que..... mancha; parodia de Mancha que limpia, en un acto y en verso. En 8.º, 31 págs.: 1 peseta.

González Serrano (V.) — España en Filipinas. En 4.º, 99 págs.: 1 peseta.

Gullón (E.) y Curros (R.) — Cambio de almas; fantasía cómico-lírica. En 8.º, 40 págs.: 1 peseta.

Jaques (F.) — El señor barón; zarzuela. En 8.º, 38 págs.: 2 pesetas.

Jiménez de la Espada (M.) — La jornada del capitán Alonso Mercadillo á los indios chupachos é iscaicingas. En 4.º, 40 págs.

Legis Romanæ Wisigothorum-Fragmenta ex codice palimpsesto Sanctæ legionensis ecclesiæ protulit illustravit ac sumptu publico edidit Regia Historiæ Academia Hispana. En folio mayor, 4 hojas sin numeración, xxvii-439 páginas: 25 pesetas.

Reproducción en facsímile con la impresión moderna al frente.

León (N.) — Catálogo bibliográfico y crítico de autores y escritores referentes á vegetales de Méjico y sus aplicaciones, desde la conquista hasta el presente. En 4.º, 372 págs.: 20 pesetas.

López Ferreiro (A.) — Galicia en el último tercio del siglo xv; *Segunda edición corregida y aumentada. Tomo I*. En 8.º, 371 págs.: 3 pesetas.

Biblioteca gallega. Tomo 45.

Mari (L. de). — Narraciones rápidas. En 8.º, 12 págs.: 2 pesetas.

Medina (J. T.) — Francisco de Aguirre en Tucumán. En 4.º mayor, 3 hojas, 53 págs.: 7 pesetas,

- Montes de Oca y Obregón (I.)—Elogio fúnebre de los obispos de la provincia mejicana. En 4.º, 33 páginas.
- Nieto Serrano (M.)—Historia crítica de los sistemas filosóficos. En 4.º, vi-366 págs.: 4 pesetas.
- Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española. *Tomo VI*. En folio, cXL-643 páginas: 20 pesetas
- Peláez (P. L.)—Anatomía normal de la médula espinal humana. En 8.º, xv-544 págs.: 10 pesetas.
- Riva Palacio (V.)—Cuentos del General. En 8.º, 291 págs.
- Roca (L.)—Provincia de Guipúzcoa. Memoria de valoraciones para el año de 1893. En 4.º, 282 páginas.
- Rodríguez Landeira (F.)—Estudio sobre la geografía de la Isla de Cuba. En 4.º, 226 págs.: 5 pesetas.
- Romañá (I.)—El patriotismo y el billete de Banco. En 8.º mayor, 116 págs.
- Roques (J. M.)—Novísimo curso completo de francés. En 4.º, vii-240 págs.: 5 pesetas.
- Sánchez (R. E.)—Biografía del Excelentísimo Sr. D. Marcelo de Azcárraga y Palmero. En 8.º, 192 páginas: 2 pesetas.
- Taboada (N.)—Estudio biográfico-político del Excmo. Sr. D. José Elduayen, marqués del Pazo de la Merced. En 4.º, 103 págs.: 3 pesetas.
- Torrents y Monner (A.)—Tratado de Economía política. En 4.º, 172 páginas: 6 pesetas.
- Val (L. de).—La lucha por la existencia. En 4.º, 477 págs.: 4 pesetas.
- Vidal y Careta (F.)—Curso de paleontología estratigráfica. *Tomo I. Era primaria*. En folio, 164 páginas: 26 pesetas.
- Willmann (C.)—La magia moderna de salón. En 4.º, 436 págs. 7 pesetas.

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>El saludo de las brujas</i> , por Emilia Pardo Bazán.....	5
<i>Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja</i> , por un Soldado viejo.....	47
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	63
<i>El teatro de D. Manuel Bretón de los Herreros</i> , por José María Asensio.....	79
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	101
<i>Crónica internacional</i> , por Emilio Castelar.....	115
<i>La prensa internacional.—Recuerdos de un editor: Lamartine</i> , por Alberto Lacroix.— <i>Victor Hugo y Sainte-Beuve</i> , por Emilio Faguet.— <i>Los archimillonarios americanos</i> , por G. Art.— <i>Las</i> <i>escuelas en Rusia</i> , por C. Courriere.....	142
<i>Notas bibliográficas</i> , por Adolfo Posada, Leopoldo Palacios y P. Dorado.....	190
<i>Obras nuevas</i>	205